

se hubieran puesto de acuerdo, me decían: “¿Madrugó, eh?”. Otro, que todavía bostezaba, me preguntó: “¿Se cayó de la cama?”. Y uno, mirándome con cierta pena y desperezándose, me dijo directamente: “Yo no sé lo que es no poder dormir. Debe ser incómodo para uno y para los demás, debe ser”.

Cuando regresé a mi casa, sobre mi escritorio lucían sus expresivas carátulas los libros tónicos. A ellos les debía haber perdido dos horas que podía haber utilizado como lo hacía siempre, tomando mate, leyendo bien el diario, hojeando libros no tónicos, afeitándome gozosamente; o no haciendo nada como le llaman al mirar las nubes, ver cómo se forma una tormenta en el Este o el humo que fuman las chimeneas o el vuelo de las gaviotas —patinadoras del aire. O mirando la calle por la que las gentes pasan y repasan como peces de un acuario.

Y por estas líneas me dirijo a todos los compatriotas que me hicieron esperar. Y al tiempo que hago un paquete con los libros tónicos —y los aprieto fuerte, muy fuerte, con un grueso cordón— digo mascando las palabras: “O los leemos todos o no los lee nadie”. Y les hago, todavía, un nudo más.

MIRANDO VIAJAR

Los progresos sucesivos de la mecánica son causa de nuevos hábitos de vida, pero algunos de estos —por risueña paradoja— significan una regresión de la especie humana. Cuando se me ocurrió esta reflexión, pensé, como es de práctica entre los escritores, adjudicármela —para darle autoridad— a Goethe, a Kant o a Bergson. Estos son —como se sabe— los autores de la mayor parte de los pensamientos célebres, y siguen siendo una especie de testaferros que ponen su firma a lo que otros —tímidos o poco conocidos— no se atreven a lanzar como elucubración propia. Dado que debí prestar el volumen de “Diccionario de los Pensamientos Célebres”, no puedo sino lanzar como mía la máxima referida: “El avance de la mecánica produce en muchas manifestaciones humanas un atraso en sus hábitos de vida”. Y paso a su desarrollo, lo que ya es hora.

Manejar un auto es volver al cuadrumano primitivo. Por un avance lento y paciente que llevó algunos milenios, el hombre al verticalizarse había limitado a sus dos extremidades inferiores —que antes eran posteriores (y que en algunos vuelven a serlo)— la función de trasladarse, esto es, la locomoción. El balanceo de los brazos que acompaña a la marcha (el brazo de un lado que se adelanta cuando también lo hace la pierna del otro lado) era un resabio que quedaba en nuestra marcha de la participación que los miembros superiores (anteriores) tenían en el paso o la carrera de nuestros lejanos antepasados no verticalizados todavía. In-

D'
U

Este volumen de la colección
Bolsalibros Arca, fue impreso
en los Talleres Gráficos de
A. Monteverde y Cía. S. A.,
Treinta y Tres 1475, Monte-
video, en el mes de agosto
del año 1969.
Comisión del Papel. Edición
amparada en el art. 79 de la
ley 13.349.

Con discreto humor, con perspicaz mirada, Más de Ayala traza un singular retrato del Uruguay y de los uruguayos a quienes la mudanza de mar y viento modela geográfica y psicológicamente.

Y POR EL SUR

EL RIO DE LA PLATA

Isidro Más de Ayala



bolsilibros ARCA

Primera edición: 1958

Y POR EL SUR EL RIO DE LA PLATA

Isidro Más de Ayala

© 1969 - by Editorial Arca

Colonia 1263, Montevideo

Queda hecho el depósito que marca la ley

Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

bolsilibros ARCA 73/74

PROLOGO

En el año 1845, Jean Louis Saurel, médico de la Marina Francesa, que permaneció con su nave en la rada de Montevideo durante la Guerra Grande, escribía que nuestro clima es tan variable que en un solo día pueden experimentarse las cuatro estaciones. Si Saurel hubiera bajado a tierra y alternado con nuestros compatriotas, hubiera agregado que el carácter del nativo es tan variable y contradictorio que en un día pasa por los más diversos caracteres.

Por la mañana, entusiasta; a medio día, escéptico; al atardecer, abúlico; en la noche, pesimista. Para ser, a la mañana siguiente, de nuevo emprendedor, y continuar, como en una danza de las horas, la "suite" de sus variaciones. Inteligente y perezoso, meridional y realista, burlón y susceptible, generoso y, a la vez, carente de grandes ideales, ingenioso e imprevisor, necesitado permanentemente de una libertad sin límites con la que, después, no sabe qué hacer, es este hombre del paralelo sur 35 una síntesis de cualidades dispares y antagónicas, sólo comparables a las que se ven en el curso de ciertas adolescencias que se prolongan en demasia.

Muy pocos datos escritos existen sobre la caracterología del uruguayo. Por otra parte, tan susceptible e indómito es el sujeto en estudio, que hay que ir acercándosele con el mayor cuidado, como lo hace el paisano con un corcel receloso y arisco. A su vez, tema tan delicado corre el riesgo de ser desvirtuado si se pretenden rápidas conclusiones, fáciles generalizaciones o afirmaciones de complaciente autohalago. Al modo como ya hemos salido, en el estudio de nuestra historia, del período ingenuo de la leyenda, y los historiadores nacionales actuales están en la etapa objetiva, científica, es

menester, en un estudio de la indole del que emprendemos, abandonar el candoroso y primario estado de espíritu que satisfaga nuestros deseos, y ponernos, con modestia, en la tarea de conocernos. Para ello, en esta especie de GEOGRAFÍA PSICOLÓGICA del nativo de esta región, hemos empleado tanto los lentes de observación como nos hemos servido del espejo.

Hemos dicho GEOGRAFÍA PSICOLÓGICA porque, a medida que hemos viajado y conocido diversidad de tipos regionales, creemos, cada vez más, que ellos son la consecuencia, en buena parte, del paisaje telúrico, incluyendo en tal, no sólo lo geográfico, sino también el sol, los vientos y todo lo que entra por la piel y los sentidos. Hemos visto en los bares de Nápoles rubios daneses bebiendo vino y cantando canciones. Hemos visto en las calles de Oslo napolitanos nostálgicos que no cantaban canzonetas. ¿Cómo queréis que nosotros, los que tenemos al sur el Río de la Plata, mar nervioso, que se sacude como un león atado a la costa, cómo queréis, repito, que tengamos la serenidad —madre del orden y de la euritmia— que tuvieron los griegos, cuyo mar —medida de todas las cosas— no se altera jamás, no cambia su altura, es un lebel manso que lame sumiso las costas y tiende, en el fondo de todos los paisajes, un horizonte azul como un permanente ejemplo de equilibrio y medida?

Somos lo que la geografía ha querido que fuéramos. Ya los primitivos habitantes de estas costas —los charruás— tenían nuestro mismo tornadizo carácter. Unos mataron a Solís, otros recibieron a López de Souza con los ojos llenos de lágrimas y lo despidieron nadando junto a las naves o siguiéndole por la costa con gestos de amistad. Ellos tenían ya nuestra agresividad y aquella (y nuestra) disconformidad que les hizo irse de todas partes, hasta llegar a este fondo de saco, bolsón sin salida, que es nuestro país rodeado de aguas sin límites al

este y al sur. Como espero que quienes me lean sean, especialmente, mis compatriotas, creo ocioso poner ejemplos en los siglos XIX y XX de nuestra agresividad, esto es, espíritu de lucha, combatividad, ánimo de pelea y de polémica, que otros llamarían fuerza vital irruptora, instintividad no domeñada.

Nuestra ambición hubiera sido que esta obra fuera para nuestro país en lo psicológico lo que en lo físico nos dejó José María Reyes en su "Descripción Geográfica de la República", visión orgánica de nuestra tierra y sus accidentes: sus ríos y arroyos, sierras, valles y colinas, pueblos y ciudades, con sus árboles y sus flores. Pero, nuestro primer geógrafo, que recogió, durante casi treinta años, elementos de nuestra realidad geográfica, había recorrido el país en todas direcciones. Nosotros somos hombres de la costa, que hemos recorrido palmo a palmo, husmeando con los cinco sentidos. El medio siglo de nuestra existencia lo hemos vivido a lo largo de la costa oriental del Río de la Plata, viendo pasar los grandes barcos y, a veces, subiendo a ellos para ver cómo eran las costas de otros países y de otros hemisferios.

Lo dicho explica el título de este libro y la limitación que nos imponemos. Una paralela frecuentación con las ciencias físico-naturales nos ha dado el hábito de la precisión. No conocemos la parte norte de nuestro país en la misma medida que la parte sur, y limitamos con el título las referencias de este libro al paisaje y al hombre de la región costera de nuestro río magno.

Y hemos querido aludir en el título de este libro al río que bate la costa sur de nuestro país porque él está implícito en la mayor parte de estas páginas. Alternativamente, manso y agitado. Unas veces tiende en las ensenadas y en las extensas playas la amplia alfombra dorada de sus arenas con gentileza asiática, y, otras veces, gigante en cólera tonante, lanza durante días y días, contra los cabos y las escolleras empenachadas caballe-

rias de tumultuosos escuadrones. Amigo y enemigo, a un tiempo, él es a la vez, nuestro orgullo y nuestro destino. En él está la razón de nuestra independencia como nación. Por el mar han llegado los conquistadores, los colonizadores, la cultura y los sabios. Por él, han partido los nuestros para la aventura, el progreso, la evasión o el destierro. Y corriendo por su superficie, como rápidos delfines, nos llegan los vientos. Vientos del polo, del océano y de la cordillera. Esos mismos vientos que hicieron bailar en nuestra rada, durante días y días, a la fragata de Jean Louis Saurel. Y que tanto nos explican sobre nosotros mismos.

Cuenta Van Loo que escribió su "Geografía del Mundo" ayudado únicamente por un globo terráqueo de juguete, de esos que están en el extremo de un sacapuntas para lápices. Para escribir este libro no hemos querido utilizar otro mapa que el que se ha ido formando en nuestra mente con la imagen de los sitios por donde hemos pasado. Los bosques de pinos, el borde del mar, las quebradas de las sierras, los montes criollos, los pueblos y las ciudades. Con las redes abiertas de nuestros sentidos, hemos caminado mucho. Y las páginas que van a leerse refieren lo que hemos recogido en ellas.

I

L A S C O S T A S

ESTE NUESTRO MAR

¿Podemos llamar nuestro a un mar que jamás se ha entregado a quienes vivimos en su ribera y que, por el contrario, en todo tiempo y en cualquier momento, nos sorprende, como un gran neurasténico, con sus cóleras en las que irrumpe inesperadamente?

Nuestra costa sur, en efecto, es hostilizada muy frecuentemente por el embate de muy altas olas, un viento agresivo y sábanas de niebla que la envuelven aun en días de verano. El mar ataca a la tierra con los millones de flechas de sus arenas voladoras como para barrer de ella la presencia del hombre, y, tan tenazmente, que pulimenta o hiende con su lima incansable las rocas que encuentra en la costa.

Los nombres de algunas calles recuerdan en el plano de Montevideo el avance de médanos y de arenales en la ribera de lo que fue después la ciudad metropolitana. Hace setenta años el tranvía de caballos del Este llegaba sólo hasta la estación Pocitos —actualmente Rivera y Soca—, pues detrás de ella y hasta el mar se extendían grandes y blancos médanos de arena. Conocimos hace cuarenta años tal aspecto en Malvín, donde las dunas llegaban hasta la actual avenida Italia. Al Hotel Carrasco, entonces en construcción, se llegaba subiendo y bajando altos arenales y todavía tenemos en los ojos la imagen de Monsieur Racine, el gran planta-

dor del Parque de Carrasco, llegando hasta los esteros y bañados en un breack tirado por un par de caballos. Y, luego, desde Carrasco hasta la frontera con el Brasil, médanos y más médanos, que pueden verse en toda la costa de Maldonado y de Rocha.

Hasta que Mister Burnett plantara los pinares que defienden a la ciudad de Maldonado de los embates de arena que le envía el mar, las arenas llegaban en los temporales hasta la misma ciudad y pasaban debajo de las puertas como notificaciones judiciales de desalojo. No fueron razones estéticas, como ahora podría pensarse, las que motivaron las extensas plantaciones de pinos, ni tampoco las razones comerciales actualmente vigentes: fueron razones de vida o muerte, fue la única forma de sobrevivir que tenía la ciudad. Y toca a nuestros sentimientos nacionales la labor tan eficaz de este súbdito inglés en la defensa de Maldonado, cincuenta años después que sus compatriotas Popham y Auchmuty, allí mismo, habían hecho todo lo contrario.

Una construcción en la costa sin pinares de defensa sería totalmente sepultada por los arenales. Todos hemos podido ver, hace pocos años, cómo en el Parque del Plata —en las cercanas costas del departamento de Canelones—, una casa desaparecía enteramente tapada por la arena. Por no atender, justamente, aquellos oficios judiciales del desalojo que oportunamente el mar, mediante el viento, le había hecho llegar hasta su puerta.

Todos los uruguayos —pescadores, navegantes o turistas— que han vivido en el litoral platense conocen el modo cómo el mar irrumpe en sus improntus. En un día sin viento y de cielo azul, que se le diría de calma total, llega en pocos minutos desde el sudoeste un vendaval, al tiempo que el cielo se cubre por entero de nubarrones bajos. Hemos visto pescadores sorprendidos en el extremo de las escolleras y a quienes, además, la

rápida creciente les ha cortado el paso, que han debido ser rescatados en bote con grandes dificultades.

Se comprenderá que tales temporales bruscamente formados —llamados *turbonadas*— les crean a los navegantes dificultades y peligros mayores. Ya Gaboto, en su diario de viaje, en 1527, decía refiriéndose a las contrariedades que por esta causa les sobrevinieron en nuestro estuario: “Pasamos muchos trabajos y peligros, cuanto más que se levantan grandes tormentas y se tiene muy poco abrigo.”

Y en su obra, “Naufragios Célebres”, Antonio Lussich, hace referencia a estos temporales de formación rápida. Las barcas inglesas “Anglaia” y “Georgina” habían encallado en el Banco Inglés. El “Emperor” y el “Plata”, vapores de salvataje, iban en su auxilio. “A la una p.m., más o menos, de aquel día (21 de agosto de 1889) notaron que empezaba a dibujarse en la parte Sudoeste del horizonte una leve franja parda, que de la superficie del mar, a medida que avanzaba, iba extendiéndose paulatinamente por las alturas. El barómetro estaba muy bajo y el termómetro marcaba 19° centígrados, a pesar de hallarnos en pleno invierno; estos signos de elevada temperatura hacían presagiar cercana tormenta. A las cuatro p.m. se encapotó el cielo totalmente, despidiendo las preñadas nubes gruesas gotas de lluvia y fuertes descargas eléctricas que se cruzaban en la atmósfera, acompañadas por el trueno, que hacía oír su ronco estampido: el mar, hasta entonces en calma, comenzó a bramar y a encrespar sus olas amenazantes; el crepúsculo de aquella tarde inolvidable iluminaba con tintes sombríos aquel imponente cementerio (el Banco Inglés), en cuyos antros tantas vidas y tantos buques se sepultaron.”

Si el Río de la Plata es nuestro progenitor, a quien debemos nuestra existencia y a quien está ligado nuestro destino, es, en todo caso, un padre gruñón y malhumorado.

rado a quien no le gusta que sus hijos jueguen. Durante el verano, los clubes de yachts y los de motonáutica programan para un domingo determinado, competencias acuáticas, sin recabar previamente la necesaria autorización del mar ni poner siquiera —¡temerario olvido!— en los programas, como se hace en las corridas de toros y en los circos: "Si el tiempo y la autoridad lo permiten". Se dispone, así, del anchuroso estuario como si fuera una piscina cubierta o una pista de patinaje. Y el mar, con sobrada razón, se enoja y aquellas pruebas no se realizan.

Y no son necesarias ni la estación invernal ni las costas oceánicas como condiciones de tiempo y de lugar para estos temporales de consecuencias a menudo dramáticas. Hace quince años se realizaban frente a Buenos Aires las regatas rioplatenses. Una turbonada brusca destruyó en media hora la mayor parte de las velas e hizo zozobrar a muchas embarcaciones. En 1957, en el mes de enero, un temporal de esta índole, bruscamente formado frente a las costas de Colonia, hundió a un remolcador, un yacht y arrastró dos balsas, costando catorce vidas. Con estos datos, nos parece ociosa la discusión empeñada entre nuestros indigenistas sobre si los charrúas usaban o no usaban canoas.

No le agradan a nuestro mar las exhibiciones de la vanidad ni las exteriorizaciones del orgullo. Hace unos años, un yacht tripulado por cuatro compatriotas había hecho, con toda felicidad, la travesía desde Southampton hasta Punta del Este y, partiendo de este puerto, se aprestaba a llegar triunfante en la tarde de un domingo a Montevideo donde le esperaba una brillante programación transmitida radiotelegráficamente. Llegado a la altura de la Isla de Flores, y cuando ya enfilaba al puerto del Buceo, se desencadenó tan súbito y violento temporal que debió el yacht referido virar en amplia bordada y buscar refugio de nuevo en Punta del Este. La violencia del temporal hizo zozobrar a un yacht salido

al encuentro de los triunfadores. Y éstos debieron hacer su entrada en Montevideo con toda modestia un martes por la mañana, sin pompa alguna. Otro tanto le pasó, pocos años antes, a los dos guardacostas, "Maldonado" y "Salto", traídos de los Estados Unidos. A su llegada al Río de la Plata, entraron previamente al puerto de La Paloma a los efectos de borrar las huellas dejadas en su casco por la travesía y recibir nueva pintura. Así preparados enfilaron para Montevideo; mas, los tomó un temporal que los dejó en peores condiciones que a su llegada a La Paloma.

El margen de violencia de los temporales platenses es muy amplio y va desde los que acabamos de referir, que afectan a yachts y embarcaciones menores, hasta aquel temporal del 10 de julio de 1923 que está en la memoria de todos los montevideanos de entonces. La costa de Montevideo quedó destruida como con un sacabocado, casas de Pocitos dejaron al aire sus intimidades como después de un terremoto o un bombardeo y en toda la costa sur quedó un gran número de barcos de carga que fueron deshechos. En la primera mitad de este siglo fue éste el episodio de mayor violencia de este irascible cónyuge de nuestra costa, en cuya cólera rompió toda la vajilla. Por las razones expuestas, existirá siempre —y pese a los mejores esfuerzos— cierto número de accidentes marítimos inevitables, puesto que son debidos a una fatalidad geográfica a la que debemos resignarnos como si se tratara del mal carácter de un progenitor.

En tales condiciones, volvemos a hacernos la pregunta inicial: ¿Podemos llamar nuestro a un mar que jamás se ha entregado a quienes vivimos en su ribera y que, por el contrario, en cualquier momento, nos sorprende con sus cóleras, en las que irrumpe inesperadamente?

CONTADORES DE PATRIAS

Desde la torre del edificio de la dirección del Parque Santa Teresa —elevado sobre un cerro de piedras rodeado de monte criollo— se contempla uno de los paisajes más hermosos y variados de nuestra tierra. Al frente, suaves serranías verdes llegan hasta la Laguna Negra; en ésta, las barrancas de Potrerillo; y, más lejos, los cerros azules de Navarro. Del otro lado de la laguna, se divisan las lomas que suben y que bajan por el Camino de los Indios, que transcurre entre estancias con mangueras de piedras y palmeras y cañadas de aceradas espadañas y achiras florecidas. Del lado opuesto, el océano bate y reniega contra las rocas de las puntas o se acuesta manso en las playas. A la izquierda, serranías de apretadas gramillas, abras con palmas y compactos montes de pinos y eucaliptos. Y a la derecha, el bosque de dos millones de árboles: el Parque Santa Teresa, y sobre el montículo más prominente, la Fortaleza histórica.

Cuando bajamos del mirador, acaban de llegar de Montevideo los periódicos y revistas. Hojeamos los semanarios artísticos. Un extenso artículo sobre las estatuas griegas. Una sutil disquisición sobre el paisaje en la pintura florentina pre-renacentista. Una escritora compatriota en viaje por Europa, envía una bien hecha descripción de la Provence y el castillo de los Papas en Avignon. Y es que, a falta de descripciones de temas nacionales hechas por nuestros artistas, los semanarios deben nutrir sus páginas con temas foráneos escritos por europeos o por compatriotas en viaje, y que nos describen —¿hasta cuándo?— los pinos y las fuentes de Roma, la luz dorada de Florencia, los castillos del Loira y la gruta azul de Capri.

Y es entonces que, con más fuerza que nunca, comprendo la razón con que Gabriela Mistral escribió: "Yo no sé que haya un empleo mejor de nuestras potencias que decir el terrón natal: cuando escribimos en América con pretensiones de universalidad suele parecerme un vagabundaje sin sentido, un desperdicio de la fuerza y un engaño infantil de nuestras vanidades criollas. Va siendo tiempo de que algunos dejen el oficio universal de poetas y se den con una modestia servicial a contar la tierra que les sostiene juntamente los pies trajinados y la densa pasión."

Y, sin duda alguna, un contador de patrias tendría que afincar aquí, en esta geografía hecha historia, entre la Laguna y el Océano, y recogería de estas piedras relatos de nuestra nacionalidad. Llegan los indios, hacen sus paraderos y talleres junto a los cerros de piedra, y pasan. Llegan los conquistadores que sojuzgan a los indios; sus armas de fuego vencen a los arcos cuyas flechas llevan en su extremo trozos de estas rocas; y los conquistadores pasan. Le siguen los colonizadores: portugueses, españoles, y desaparecen de estas serranías como los actores después de cumplida su parte. Luego, las luchas de la independencia, combates de criollos y de brasileños, que luchando se van por uno u otro lado de la Angostura, dejando siempre las mismas piedras. Así las encuentra, solas, con la lejana compañía de los médanos, un gran plantador. En treinta años, se plantan dos millones de árboles que trocan en verde el color gris, ocre o violáceo —según la luz del día— de estos cerros de piedras. Y el plantador también pasa.

Y pasará esta luna y la otra, y doscientas y dos mil lunas más; y quedarán las piedras, siempre las mismas piedras, con esa quietud geológica como viviendo en un tiempo de horas inconmensurables, en la órbita de largas eras telúricas. Y resulta que lo que pareció muerto,

y que el turista pisa y ni siquiera mira —las rocas— es lo único que no desaparece, cuando ya el turista siga el camino del guerrero patrio, del conquistador y del indio. Y son estas rocas de Santa Teresa, parte de la fisonomía natal, que el contador de nuestro suelo ha de relatar. Y yo invito a mis compatriotas hábiles en describir los castillos de Francia y las ruinas del Partenón, que vengan con sus valederos medios de expresión y su sensibilidad indudable a ponerse en contacto con paisajes como los de estas sierras, y la naturaleza hablará a su través.

Justamente estas rocas —muchas de las cuales se tiñeron de rojo en las luchas por la libertad— deben inspirar también la liberación del colonialismo artístico en que todavía se vive y del cual es un síntoma esta creencia de que lo nuestro no tiene color y sí lo extranjero ya loado. El artista, esto es, el hombre con la máxima capacidad de captación y de expresión, encontrará temas que promuevan su función de arte tanto en la Plaza del Sol de Madrid como en nuestro Cordon, en el "Bois" como en nuestros bosques y parques, junto a los lagos del norte de Italia o en nuestras lagunas y costas marinas. Y, justamente, cuanto más humilde sea el tema, más valiosa será la obra. Fijáos con qué pocos elementos Utrillo hace sus cuadros modestos, sencillos y llenos del encantamiento artístico que le supo transfundir el autor.

Mientras los hispano-americanos sigan escribiendo sobre los castillos de Francia y los ríos alemanes —lo que nunca podrán hacer como los escritores allí nacidos— los europeos nos seguirán mirando con una no velada sonrisa de mayorvalía, y les dará la razón nuestra incapacidad para el hallazgo de temas propios —en nuestra América, que alienta viva toda la riqueza de fauna, geografía, flora e historia— y poder expresarlo con la modulación propia y natural.

Transcribo, a propósito, un relato de Gabriela Mistral que debe ser leído por todo artista de América: "Un hombre ha vivido veinte años al lado de su madre, bajo las costras sordas y ciegas del hábito, sin descubrir nunca la belleza de sus rasgos, sin darse cuenta de sus gestos, archinobles por cargados de esencia racial. En un accidente de excursión, la madre y el hijo quedan solos en el campo. Entonces, en la novedad del paisaje y a una claridad de luna sobrenatural, él ve a la madre de golpe y como por primera vez. Una felicidad estrenada, inocente, que no es sino el despeño de toda su infancia, sube de su ser, bañándolo, remeciéndolo como un torrente."

Esta región, desde Castillos hasta la frontera con el Brasil, es parte valiosa de la fisonomía materna. Los indios aplicaban el oído a la tierra para recoger datos que les importaban. Estas piedras de Santa Teresa pueden referir cosas de valor a quien sepa escucharlas. El artista se encontrará en un escenario —taller y museo a un tiempo— y si mantiene todavía su inocente capacidad de hallazgo, verá cosas de interés auténtico y podrá referirlas luego. Y, entonces, no pareceremos sordos junto a una naturaleza que nos está llamando a gritos.

GRANDEZA Y DECADENCIA DEL MAR DE SOLÍS

Como el lector no lo habrá olvidado todavía, cuando hace algunos centenares de milenios de siglos, allá por el Cenozoico, el Continente Sudamericano se separó del África, ampliando así la cuenca atlántica, el bloque continental deslizado hacia el occidente plegó su frente de avance y, de este modo, se formó la cordillera de los Andes. Y ésta —formidable columna vertebral de América del Sur— iba a decidir la repartición de tierras y de mares, no sólo a causa del ya referido levantamiento, sino por nuevas plegaduras, nuevos balanceos y otros movimientos de tierra que le serían, desde entonces, característicos.

El bloque de Brasilia, esto es, la gran meseta central que constituye el Brasil, no sufrió nada en la mudanza de referencia —lo que era de temer, pues es una gigantesca mesa de mármol— y, por suerte, quedó entero y rígido, formando el cuerpo del país norteno. De tal modo quedaba así la extensa llanura Chaco-pampeana entre los contrafuertes andinos al occidente y el referido bloque de la Brasilia a su oriente. A esta extensa llanura entraron las aguas atlánticas en tropel y, de este modo, se constituyó el Mar de Solís, en su máximo esplendor en esos tiempos, que correspondían a la época terciaria.

Comprendemos que pueda parecer gran anticipación llamar a este enorme mar intracontinental con el nombre de un navegante que milenios más tarde —y ya aquel mar en franco retroceso— lo descubriría para los europeos, quienes ignoraban su existencia. Pero Solís fue el primer visitante procedente de la llamada civilización europea occidental, que es la que ha hecho nuestra historia y los libros de geografía por los que debemos

guiarnos para poder entendernos. Por otra parte, en el mismo caso están todas las otras denominaciones dadas por los descubridores —entre ellas, la propia América— nombre puesto recién a mitad del siglo XVI a un continente ya entonces viejo en siglos y ya bautizado en consecuencia por los pobladores que en él se sucedieron.

Pero, no nos saltemos eras, y volvamos al instante en que los movimientos del bloque preterciario dieron paso al extenso mar intracontinental formado por la entrada de las aguas atlánticas en pleno Continente Sudamericano, en la llanura Chaco-pampeana, de la que emergieron como islas las sierras pampeanas, hermanas menores de los Andes.

Si al uruguayo, siempre incrédulo, no le convencieran las anteriores afirmaciones de la Paleontología, deberá rendirse a los descubrimientos y revelaciones de la Paleolimpnología. En perforaciones realizadas en diversas provincias argentinas —Córdoba, Santa Fe, Santiago del Estero y hasta Catamarca— se han encontrado restos fósiles de tiburones y ballenatos, fauna submarina de la salinidad atlántica. El estudio de la sucesión de capas de diferentes orígenes —marino, lacustre, fluvial— permite la localización y ubicación en el tiempo de descensos o emersiones del suelo. Y todo ello demuestra que el vapor de la carrera que actualmente, después de una noche de viaje, conduce al pasajero que se acuesta en Montevideo y se despierta en Buenos Aires, en aquellos tiempos lo hubiera podido llevar hasta las sierras cordobesas o a las termas de Santiago del Estero. Claro, que el precio del pasaje no sería el mismo.

Los hallazgos incontrovertibles de la Paleolimpnología afirman la existencia de bancos de ostras en aquellas provincias. Restos fósiles de crustáceos y de peces atlánticos reafirman la grandeza del Mar de Solís en aquella época, y cuyas aguas, que ahora contenemos

con escolleras y diques fluviales, llegan a batir, por un lado, los contrafuertes andinos y, por el otro, los pies del coloso del norte. Mas, "sic gloria transit..." Nuevos levantamientos y plegaciones, el relleno por acumulación secular de materiales fueron reduciendo cada vez más los límites de su dominio acuático, y así fue que el Mar de Solís iba viendo que poco a poco —con maneras suaves, pues había mucho tiempo por delante— se le iba dando el desalojo del continente.

La vivacidad que en mi memoria adquieren estos recuerdos del Eogeno me hacen ver con cierta melancolía que ya estoy entrando en la edad en que los recuerdos remotos adquieren un brillo de primer plano, en detrimento de la memoria para los hechos recientes. Pero, otro tanto les pasa, por lo que veo, a los demás geólogos, y debo resignarme. El tiempo, en tanto, sigue su marcha.

Comienza, pues, la regresión del Mar de Solís. Durante el Pleistoceno muy grandes extensiones que le pertenecían quedan en seco: fangos de remanso, arenas de costas batidas, lagunas cegadas por arcillas, médanos de altura creciente, aluviones de cuencias fluviales acumulados en cursos de mansas corrientes, consolidaron el suelo sumergido, hicieron posible la vegetación herbórea y fueron visitados por animales terrestres. Junto a las ostras aparecieron mamíferos, lo que ahora también puede verse.

Y tuvo lugar entonces un hecho que hoy continúa repitiéndose. De árbol caído todos hacen leña: los ríos Paraná y Uruguay, que hasta entonces no habían dicho esta boca es mía, cuando el desalojo del Mar de Solís se hizo manifiesto, aparecieron y empezaron a quedarse con lo que se liquidaba. Y hasta contribuyeron a correr al "viejo": con sus sedimentos de aluvión en los deltas y en los bancos fueron sacando cada vez mayor espacio,

hasta que —me salteo algunos años— el Mar de Solís —esplendoroso otrora— es este río de la Plata de nuestra época que algunos han cruzado a nado, se transita fluvialmente a horario fijo, y pronto empezará a rematarse.

En efecto, en virtud del arrastre fluvial, que continúa sin cesar, los bancos situados en el río son cada vez más extensos y más altos. Si no fuera por el continuo dragaje, ya los canales no serían navegables. Hay barcos que no pueden entrar a Buenos Aires ni a Montevideo. La geología enseña que en el futuro —dentro de algunos años— tales bancos aflorarán, y ya los geógrafos anticipan las formas y dimensiones de las nuevas tierras en lo que todavía es agua dulce. El montevideano se despertará un día y leerá sobre el Banco Inglés: "Piría vende" o "Braglia remata".

En esta rápida sinopsis, en la que quizás nos salteamos algunos detalles, hemos podido ver cómo en el curso de su patética regresión aquella extensión marina intracontinental ha ido cambiando de nombre tal como lo harían las mujeres del cuaternario después de cada nueva visita al Registro Civil. "Mar de Solís" lo llaman actualmente los geólogos a aquel mar intracontinental. En 1512, Solís, que no sabía que ya tenía su nombre, le llamó "Mar Dulce". Los que aquí llegaron después, no a visitarnos, sino en busca de la plata del Cerro del Potosí, que por aquí salía, le llamaron "Río de la Plata". Afirman los historiadores que para los indios era "Paraná Guazú". Esto es: "río ancho como el mar". Pero, ¿cómo sabían los indios lo que era un mar? Un geólogo serio no debe formular preguntas perturbadoras. Sólo debe hacer afirmaciones. Si todo el mundo se pone a hacer preguntas, nadie escribe la historia, ni hace la geología.

A fines de febrero de 1502 las aguas del Paraná Guazú, por las que hasta entonces nadie había navegado, fueron hendidas, por primera vez en su historia, por las proas de las tres carabelas portuguesas de la flota que comandaba Gonzalo Coelho, y en la cual venía el florentino Américo Vespucio como cosmógrafo. Entraron en un estuario que bautizaron Río Jordán —escribe Vespucio a Lorenzo de Médicis, su protector— e internándose más, llegaron hasta un promontorio que fue llamado *Pináculo Detentio* o pináculo de la detención, pues allí hicieron un alto, es decir, en lo que correspondía a la bahía que después fue llamada de Montevideo. Como estas tierras, de acuerdo a lo convenido entre los monarcas lusitano y español, correspondían a este último, los marinos de la expedición portuguesa que integraba Vespucio tenían severas órdenes de no descender en ellas. Sin tocar tierra, pues, prosiguieron su viaje siempre bordeando la costa hasta la altura de la Patagonia.

Debían transcurrir diez años más para que los indios que poblaban la costa vieran de nuevo esas apariciones sobre el mar. En 1512 llegó Solís por primera vez y en 1516 hizo su segundo viaje. Magallanes y Gaboto no hicieron sino pasar junto a la costa de estos territorios, calificados de "tierras sin ningún provecho" por no proceder de ellas oro, plata ni brillantes. Recién dos siglos después, llegaron los españoles a instalarse, fundando, al efecto, fortines, reductos, misiones y pueblos.

Al modo como la existencia de los hijos comienza no en el día de su nacimiento —fecha que interesa al

Registro Civil— sino en aquel instante en que quienes serían sus padres se encontraron por primera vez y sus ojos cruzaron una mirada de amor, nuestra existencia de latinoamericanos comienza realmente cuando los indígenas que estaban en sus paraderos de la costa —era en febrero o en marzo de 1502— vieron que sobre el mar aparecían grandes embarcaciones de infladas velas y, sobre ellas, distinguían hombres con vestiduras de colores o con brillantes armaduras; y éstos, a su vez, divisaron en las costas arenosas o sobre las piedras de los cabos unos nativos semidesnudos y de piel bronceada que se movían curiosos, sorprendidos por su aparición. Es en tal instante que nace el germen de lo que sería nuestro país. Y es éste el aniversario que debería festejarse como celebran los padres su encuentro inicial.

Entendiéndolo de este modo, no tiene significación para nosotros ese 12 de octubre que debería ser celebrado sólo en España por corresponder al aniversario de la toma de posesión para los Reyes Católicos de las tierras descubiertas por Colón.

Imposible es para nosotros representarnos la impresión que la vista por primera vez de las naves europeas debió producir en los indígenas que en el verano de 1502 se encontraban en las playas del Paraná Guazú. Nuestro compatriota Homero Martínez Montero la describe así: "Un día, ante las atónitas pupilas de los charúas congregados en la playa la mano extendida en pantalla sobre las cejas para atenuar la reverberación del mar, han pasado unos monstruos fantásticos. Surcan el agua como enormes peces y, cual alguna de sus variedades, tienen inmensas aletas dorsales; blancas éstas, hinchadas al viento. Y mientras los viejos hechiceros de la tribu celebran sus ritos exorcizando el espíritu de Añang, los fieros guerreros se alinean en la rocosa costa, agitan sus masas y boleadoras y tienden sus ar-

cos hacia los monstruos que el espíritu maligno ha lanzado contra la tribu intrépida. Mas, los extraños seres se alejan hacia el Poniente, se pierden tras el horizonte azulado, siempre hinchadas al viento sus blancas alas dorsales”.

La impresión opuesta, esto es, la de nuestros indios vistos por primera vez por los navegantes europeos, está muy bien descrita por Pero López de Souza, marino portugués que recorrió en 1531 nuestra costa platense desde el arroyo Pavón, en Colonia, hasta la barra del Maldonado, y ha dejado en su diario de navegación un relato, casi milla por milla, de lo que iba viendo. Afirma que al aproximarse por primera vez a la costa, los indios con gestos les hicieron cordial recibimiento, ofreciéndoles presentes y luego, cuando los europeos bajaron a tierra, y estuvieron en contacto con los indígenas, la emoción del encuentro fue para éstos tan grande que muchos de ellos lloraban. Los portugueses fueron provistos de pescados y frutas y luego, cuando las naves se alejaban todavía los indios corrieron largo trecho por la costa saludándolos con alegría. De este modo Pero López de Souza destruye con sus minuciosos relatos la leyenda de la antropofagia de los indios charrúas que desde la muerte de Solís era dicha y repetida en todos los tonos.

Solís en su segundo viaje a estas regiones venía con instrucciones expresas del rey de España. Nadie debía bajar so pena de muerte en los territorios correspondientes al rey de Portugal, esto es, al Este del meridiano que pasaba por Santa Catalina. Y tal como lo hizo Colón, que volvió a la Corte con varios indios tomados en la tierra de su descubrimiento, Solís debía regresar con algunos aborígenes, testimonios así de su conquista. Los compañeros de Solís, que se alejaron prestamente de la costa a la muerte de su jefe, dicen que éste pereció bajo las flechas indígenas. Pero no dicen ni tampoco lo niegan que el hecho pudo tener lugar cuando el Piloto

Mayor iba a cumplir su propósito de arrebatar algunos indios a sus compañeros, como lo hizo Colón, y fue luego hábito de los conquistadores. Y más tarde aún: recuérdese que en 1831 el sabio francés Cuvier regresó a París con cuatro indios, que fueron expuestos como ejemplares zoológicos a la curiosidad parisién en el Jardín de Aclimatación y que murieron de tuberculosis.

Cuando en los primeros cohetes interplanetarios lleguen los primeros conquistadores terrestres a Marte, querrán volver a la Tierra con algunos marcianos. Y si perecen al querer dar cima a tal propósito, repetiremos durante mucho tiempo que los marcianos son antropófagos. Sobre todo, si entre los caídos está algún Piloto Mayor, que no puede, naturalmente, morir de una muerte sin prestigio.

LOS NOMBRES DE NUESTRA GEOGRAFÍA

Puede juzgarse la mentalidad de los padres a través de los nombres que le han puesto a sus hijos. Del mismo modo, toda una caracterología de los pobladores sucesivos de nuestro país podría deducirse de las denominaciones que le han dado a los ríos, cerros, pasos y arroyos.

Como es lógico pensar, antes que los europeos descubrieran estas tierras ya los indios habían dado nombre a los lugares geográficos. Las designaciones guaraníes que han llegado hasta nosotros tienen todas un carácter descriptivo, no exento de poesía, con alusiones a elementos naturales, en especial la flora y la fauna. Arapey: río de los camalotes; Cuareim: río que brota de un hoyo; Chuy: río de las tortugas; Aceguá: cueva de los gritos; Tacuarembó: riacho de las tacuaras.

Los primeros navegantes que durante el siglo XVI llegaron a estas tierras, librados en débiles veleros a la suerte del mar, y enfrentados de continuo con la muerte, eran muy religiosos, y diéronles a los accidentes geográficos nombres de santos, tomados de las fechas del calendario: Santa Candelaria, Santa María, San Antonio son algunos de los muchos ejemplos.

La primera denominación culta recibida por el río de la Plata fue la de Río Jordán, dada por la expedición de Coelho en la que venía Vespucio, en 1502, y por ello Varnhagen sugiere que debieron entrar en sus aguas el 13 de enero, día del bautismo de Cristo. Y, luego, la primera denominación recaída en nuestro territorio fue la de Pináculo Detentio, puesta al cerro de Montevideo: pináculo ante el cual se detuvieron las carabelas. Bautismo hecho por un cosmógrafo culto, ¡y en latín!

Los conquistadores que vinieron después llegaban con la obsesión de minas y de metales, y en los nombres que dieron a los estuarios, ríos, regiones e islas aparecen sus apetitos y ambiciones: Montaña del Oro, Río de la Plata, Argentina, Cerro de la Plata, Río de las Esmeraldas.

Nuestro nativo ha sido especialmente gráfico en la toponimia de su escenario. El gaucho que pasó por los valles y los pasos tropeando el ganado, que tomó su descanso a la vera de un arroyo o a la sombra de un monte, ha hecho las denominaciones de los lugares geográficos de acuerdo con sus sentidos, y ¡qué sencillos y humildes resultan estos nombres! Abrid el mapa, y juzgad por vosotros mismos.

En aquel arroyo se destacaba un sauce, en éste un sarandí, en el otro un tala, en el de más allá unos molles. En aquel paso había arena, en el otro piedra, en éste una carreta o un molino. Y así resultan docenas de arroyos y de pasos con el mismo nombre, lo que puede confundir a quien viaja por todo el territorio, pero no a los paisanos que no se alejaban de su perímetro. En la república hay docenas de arroyos llamados Sauce, Molles, Laureles, Guayabo, Matajojo, Cañas, Quebracho, Arrayán, Espinillo. Otro tanto puede verse en las denominaciones de los pasos: Paso de la Arena, de la Cruz, de los Carros, de la Horqueta, de las Carretas, de la Cálera, son nombres que se repiten múltiples veces en nuestra geografía.

Dijimos que los nombres han sido puestos con los sentidos: Cerro Largo, Punta Fria, Laguna Negra, Cerro Pelado, Aguas Dulces, Isla Redonda, Zanja Honda. En otros casos, la designación está ligada a la fauna: Quebrada de los Cuervos, Isla de Lobos, de las Gaviotas, del Tigre, Rincón de las Gallinas, La Paloma. O al nombre de simples pobladores: Rocha, Maldonado, Abra de Perdomo, de Zavaleta.

Los nombres son sencillos, y, como vemos, carecen de énfasis. En otros países latinoamericanos existen muchas denominaciones superlativas, altisonantes. En el Brasil, los nombres de los cerros y hasta de las calles son tan altisonantes que es preciso ser muy elocuente para pronunciarlos. En nuestro país, son modestos. Llamamos lagunas a extensiones acuáticas que en otros países serían lagos. La Laguna Negra de Rocha es tan grande como el Lago Zurich. Muchos arroyos nuestros —el Cuaró, el Tacuarembó chico, el Caraguatá— en otros países serían llamados ríos.

En ciertas ocasiones el nombre señala una acción: el arroyo Quitacalzones, la Sierra de Mal Abrigo, el arroyo Salsipuedes, la Punta del Diablo, el Rincón de las Sepulturas. Pero, creo no engañarme al sospechar que fueron los españoles, quienes dieron estos nombres en los que va implícita una advertencia. O un destino inexcusable, como el de la picada llamada de los Contrabandistas, en el arroyo de la Invernada, en la frontera de Artigas con el Brasil.

No cuadra al carácter del nativo la altisonancia de algunas denominaciones dadas por el español. La Zanja Real, llamada así por los hispanos y que cruzaba por la actual Unión, fue llamada por los paisanos Zanja Reyuna. Son también muy escasos los diminutivos, que abundan, por el contrario, en otros países de América donde existió el indio dócil o el negro esclavo, origen, sin duda, del Juncalito, Tronquito, Conito. Preferimos decir Isla Chica, Canelón Chico.

Ya hemos dicho en otra ocasión que el espíritu de nuestros compatriotas es mesurado, sin énfasis y hay en él una medida que no es dable encontrar en otras latitudes. Y decíamos que a tales rasgos de carácter le induce con sus ejemplos una naturaleza sensata, que no da saltos ni sorprende con accidentes geográficos desproporcionados o súbitos. Las denominaciones sencillas,

naturales, a menudo sensorialmente descriptivas, también traducen esa misma característica que parece haber sido propia en todo tiempo de los habitantes de esta tierra que nos tocó en suerte en los repartos de Dios.

Decía Gabriela Mistral que en estos países de congresos y conferencias, bien podía celebrarse alguno con el fin de poner nombres —o confirmar los que tienen— a los ríos, arroyos, montes y cerros. Pero, en tal congreso deberían sesionar los poetas, los baqueanos —troperos, mineros, peones, vagabundos— esto es, gentes que hayan recorrido despacio esos lugares sintiéndolos en las plantas de los pies. En efecto, en las geografías hechas por profesores cultos no se habla del canto de los pájaros ni en sus mapas está el perfume de los árboles y plantas, ni el color de los valles y de los cerros, ni sentimos los vientos, que están, en cambio, a menudo en los nombres que le han puesto los indios o los paisanos, unos y otros actuando sólo con los sentidos —la vista, el oído, el olfato— y una imaginación suelta. Punta Ballena, Carreta Quemada, Sierra de las Animas, Penitente, Campanero, son nombres que no han sido puestos por los geógrafos. Y nuestro propio nombre Uruguay (río de los caracoles o de los pájaros pintados) es anterior al Descubrimiento. En cambio, el lector podrá recordar la duración efímera y sin arraigo que han tenido nombres dispuestos por decreto. La Villa del Cerro se sigue llamando así, no obstante haberse dispuesto nuevas denominaciones.

¿Y los nombres de las calles? Al hombre de la ciudad se le han debilitado los cinco sentidos por la falta del ejercicio para el que han sido creados. Y, en cambio, le han aparecido deseos propios de la vida en colectividad. Las denominaciones en la ciudad han sufrido así un cambio significativo. Ya no existen aque-

llos nombres: Calle de la Piedad, del Carmen, de las Artes. Se les ha sustituido por nombres y apellidos. Por ello, a veces se tiene en las manos el plano de la ciudad y se cree haber caído sobre su guía telefónica.

Lenguaje claro de los nombres geográficos que permite, como a través de los tests psicológicos, inquirir de sus autores, ora su prurito de cultura, la avidez de conquista, la ensoñación india, el ejercicio directo de los sentidos del gaucho o la necesidad de recordar nombres y fechas a la memoria olvidadiza de los hombres.

LOBOS, FAROS Y ALBUMES

La necesidad de un faro en la Isla de Lobos —erizada de peligrosos arrecifes— fue reclamada en todo tiempo por los navegantes y hasta por las autoridades diplomáticas. No obstante ello, recién a principios de nuestro siglo fue instalado de un modo permanente, cincuenta años después que ya tenía el suyo la península de Punta del Este.

La razón de esta sinrazón está en lo que un amigo llama "el materialismo histórico", representado, en este caso, por el utilitarismo en demasía de quienes especulaban con la matanza de lobos y que temían que la luz de un fanal ahuyentara a los anfibios que tan buenas entradas le significaban.

Ya Liniers, en 1790, proyectó la construcción de torres y atalayas en la Isla de Lobos, así como en la de Gorriti y en sitios costeros con el fin de que los navegantes evitaran los escollos de la entrada del Río de la Plata. Más de medio siglo después, en 1852, el presidente Giró proyecta la construcción de un faro en la Isla de Lobos. Y recién en 1858 pudo lograrse, aunque por pocos años, tal propósito con la condición —sin duda, aconsejada por algún óptico de la época— de que el faro tuviera una pantalla que interceptara los rayos sobre la propia isla. Se trataba de no disgustar a los lobos, a quienes se trataba como electores. Pero, ni aún así quedaron conformes los arrendatarios de la matanza, y lograron en 1875, apenas a 17 años de instalado el faro, el traslado fuera de la isla. Ello, a pesar de las peticiones de los navegantes europeos y americanos. Pero, ¿queréis saber a cuánto alcanzaba la utilidad de los anfibios? En sólo ocho años los arrendatarios sacaron de la isla 165.262 pieles y 403.141 ki-

los de aceite de lobo. Este es "el materialismo histórico" a que se refería mi amigo, el sociólogo. Un nuevo contrato de arrendamiento para la matanza de lobos en 1895 establece que es con la condición expresa de que no debe construirse el faro proyectado. Finalmente, recién en 1906, entró a funcionar el faro que actualmente existe.

De modo, pues, que desde el año 1875 a 1906, esto es, durante más de treinta años, no existió faro en la Isla de Lobos. Don Carlos Seijo, de quien tomamos estos datos, refiere que en 1892 ocurrieron en esa isla y sus arrecifes catorce naufragios. Porque, como lo dice Riudavets en su Manual de Navegación, "sucedió que los buques de ultramar cuando cruzaban, de noche, en el deseo de evitar las restingas de la isla se desviaban hacia el sur, embicando muchas veces en las arenas del Banco Inglés, y el peligro aumentaba cuando el escollo y las proximidades del Banco se ocultaban entre espesas brumas".

Y todo esto resulta más sorprendente si se considera que la supuesta emigración de los lobos por causa de la luz no hubiera tenido lugar. En efecto, en otras islas, por ejemplo, en las costas del sur de Chile, los lobos viven a la luz de los fanales sin hacer cuestión de ellos. Por otra parte, en la isla de que tratamos, los anfibios no hubieran tenido otro remedio que acostumbrarse a la luz (como nos pasa a nosotros en algunos hoteles), pues, si emigraban, ¿adónde iban a ir? Ciertamente, no a la costa, ni a la Isla de Gorriti, pobladas ya, una y otra, por una especie más temible, si que dialéctica, que los propios anfibios.

En cambio, el faro de Punta del Este tuvo la amable acogida a que dispone el regocijo feliz que se respira en la península. Proyectado durante el gobierno

del general Flores, en 1854, fue entregado al servicio de la navegación el 17 de noviembre de 1860.

Francisco Acuña de Figueroa, cuyos ripios poéticos abarcaban ramos generales, le dedicó naturalmente una oda:

*"En la Punta del Este hoy se levanta
Esa torre magnífica y gigante,
Que en lejana distancia al navegante
Es un faro de guía y salvación".*

La torre se mantuvo en pie. Quedaba probada, en esa forma, la solidez del material empleado y su resistencia a los taladros líricos.

Tiene este faro características especiales. Los otros faros de nuestra costa sur se hallan en contacto con el mar. En Cabo Polonio y José Ignacio están metidos en el océano. Los de las Islas de Lobos y de Flores lo están naturalmente. Asimismo, el modesto faro de Punta Carretas entra al agua todo lo que puede. El de Punta del Este, sin duda, queriendo participar en la vida mundana de festivales, se ha retirado de la punta de la península y ya está a cinco cuadras de ella, a una cuadra del cine y rodeado de varias manzanas de chalets que lo separan de las aguas. No nos extrañaría, una noche, encontrarlo a la salida del Country o entrando en la ruleta de San Rafael.

Su torre es elegante y se sabe bella. Debía tener —y lo tuvo— su complemento: un álbum. A principio de siglo, todas las señoritas hermosas de la sociedad poseían un álbum, donde poetas, diplomáticos y admiradores escribían un pensamiento, una dedicatoria, una poesía. Y, ¿qué decía el álbum del faro de Punta del Este?

Hay en él pensamientos proféticos. En él escribió don Emilio Guani en 1907, hace justamente medio si-

glo: "Esperamos que la luz del faro de Punta del Este alumbre en breves años la primer ciudad balnearia de América del Sur".

Los hay románticos: "Que este faro no sea para los buques lo que la luz para las mariposas".

Aquel escritor bohemio, de corbata flotante y chambergó alado, Leoncio Lasso de la Vega, escribió:

*"Aunque el subir cuesta caro
Me gusta subir a un faro,
por ver, con dolor profundo
que sea el hombre tan avaro
siendo tan pequeño el mundo".*

Un precursor de las greguerías dijo: "Punta del Este es la nariz bonita del Uruguay".

Ya no hay álbumes. Como me dijo el farero, el domingo último: "Ahora trabajamos sin álbum". Sin embargo, en la cal del balcón más alto vimos dos nombres entrelazados. Y es que, mientras exista el amor, habrá siempre un álbum. De un estilo más telegráfico, naturalmente. Porque —como afirma otro amigo—, "Ahora hasta la historia se ha vuelto más rápida".

LA REGIÓN DE LOS ALTOS MÉDANOS

A uno y otro lado del Cabo Polonio, un mar rudo y bravo, permanentemente malhumorado, bate las playas con altas olas, y los vientos oceánicos lanzan sobre la costa, que ninguna vegetación defiende, la fina metralla insistente de la arena voladora. Y en una extensión de diez hectáreas —entre el Cabo Polonio, el arroyo Valizas, el Océano y la laguna de Castillos— se encuentran los médanos más altos de toda esta costa tan abundante en dunas y grandes arenales.

Allí, de un lado, está el Cabo Polonio, áspero y fuerte, que entra en el mar en auxilio de las tres islas que, frente a él, parecen zozobrar. Totalmente de piedra, con muy escasa vegetación, el Polonio debe haber sido el escenario de una lucha de ciclopes. Enormes piedras del tamaño de casas, redondeados sus ángulos por el agua de siglos, y de un color rosado, están al borde del mar, y dejan entre ellas grandes grutas donde se amplifican los rugidos del océano, herido por esta empuela de piedra clavada en sus ijares. Y, todo ello, con un permanente ruido de fondo: en la isla de la punta los gritos, a veces casi humanos, de los lobos, en este momento en su periodo de celo, y en una batalla de la que se ven las víctimas. Sobre la playa, cada tantos metros, achatados y quietos, yacen lobos de todos los tamaños, en el cuello y en el vientre feroces dentelladas, por donde se les ha ido la vida en su lucha por perpetuarla.

Vamos atravesando por aquellos arenales en dirección a la laguna de Castillos. Se extienden a la vista

centenares de médanos, buen número de ellos de una altura poco menor que el cerro de Montevideo. Es una mañana de sol, el cielo es azul y las grandes nubes, redondeadas y luminosas, conjugan con las formas de estos enormes cerros de arena. No hay vegetación, no hay un ave y la naturaleza es aquí por entero mineral. La arena, el viento, las nubes, el cielo. A veces, un banco de conchillas, secas y vacías. Otras veces, algún esqueleto de lobo, pero ya sus huesos blancos y dispersos forman parte, de nuevo, del mundo mineral.

En medio de tan vasto escenario inanimado, podría ser llevado a decir que la tierra, como en los días primeros de "El Génesis", está desordenada y vacía. Pero, no tal. Si vacía de vida orgánica; mas, no desordenada. Hay una acordada orquestación en las grandes formas de los médanos, los amplios cañadones entre ellos, las nubes redondeadas quizás por el mismo viento, un cielo sin un ave y el fuerte bramido del mar que llega aunque ya no se le ve. Está este escenario como lo estaría la tierra entera antes que la ocupara la vida animada. Mas, la naturaleza tiene allí un orden telúrico, mineral, tal como debe existir en los mundos planetarios donde la vida está excluida.

Con los diversos ángulos de iluminación de un sol que se va levantando, este paisaje de dunas cobra aspectos distintos. Cuando sombras cónicas se proyectan tras de cada cerro, componen una plástica abstracta deshumanizada. Si el sol dora ya las alargadas curvas, éstas toman la forma y la calidez mórbida de miembros y torsos de mujer. Y los cerros distantes, con las huecas que dibuja el viento en su arena, semejan colinas de nieve por donde han pasado esquiadores.

A mitad del camino hacia Valizas, los cerros, que van tomando más altura, son ahora de piedra. De

grandes piedras poliédricas, cuyas facetas están pulimentadas y sus ángulos redondeados por el trabajo incesante de las limas de arena en las manos del viento. Los dientes de arena recortan las rocas en formas caprichosas. Aquí el pico de un ave, allí la cabeza de un águila, más allá un alero. Otras enormes rocas aparecen quebradas por los rayos, de los que serán en este mundo vacío los únicos fijadores.

Desde el cerro Buena Vista, el más alto cerro de piedras, se abarca una amplísima extensión. A lo lejos ha quedado el Polonio, del que se distingue apenas la torre del faro. De allí parte la línea del mar, que se angula en las rocas de la Punta del Diablo, erizada de arrecifes, tiene enfrente dos islas, llamadas Castillos; sus formas almenadas, con torreones y contrafuertes sobre las rocas evocan imágenes de las costas del País de Gales. Y la Punta del Diablo da razón de su nombre mostrando —como un pescador que abriera sus redes— en sus playas, de uno y otro lado, dos grandes barcos naufragos, cautivos de la arena en la que, de pie todavía, han quedado presos sus cascos. Hierros que asoman cuando el mar baja, restos de alguna caldera en los arrecifes son pesca menor.

Y cuando, siempre avanzando, se llega sobre un gran cerro de arena que domina el valle del arroyo Valizas, se revive una impresión leída en los libros de los conquistadores. Hasta ahora, todo era yermo, inánime, solitario. Ahora se extiende ante la vista un mundo vegetal poblado. Allá lejos, los bosques de pinos de los viveros; luego, la laguna, rodeada por su orla de montes; más cerca, unas poblaciones, con sus cejas de eucalipto; y a los pies del arroyo, de curvo curso, que se corta antes de llegar al mar, y, en su barra, cabañas de paja de los pescadores con sus redes y lonjas de bacalao secándose en los tendales. Y es sorprendente el contraste tan neto a uno y otro lado de esta altura. A espaldas, ha queda-

centenares de médanos, buen número de ellos de una altura poco menor que el cerro de Montevideo. Es una mañana de sol, el cielo es azul y las grandes nubes, redondeadas y luminosas, conjugan con las formas de estos enormes cerros de arena. No hay vegetación, no hay un ave y la naturaleza es aquí por entero mineral. La arena, el viento, las nubes, el cielo. A veces, un banco de conchillas, secas y vacías. Otras veces, algún esqueleto de lobo, pero ya sus huesos blancos y dispersos forman parte, de nuevo, del mundo mineral.

En medio de tan vasto escenario inanimado, podría ser llevado a decir que la tierra, como en los días primeros de "El Génesis", está desordenada y vacía. Pero, no tal. Si vacía de vida orgánica; mas, no desordenada. Hay una acordada orquestación en las grandes formas de los médanos, los amplios cañadones entre ellos, las nubes redondeadas quizás por el mismo viento, un cielo sin un ave y el fuerte bramido del mar que llega aunque ya no se le ve. Está este escenario como lo estaría la tierra entera antes que la ocupara la vida animada. Mas, la naturaleza tiene allí un orden telúrico, mineral, tal como debe existir en los mundos planetarios donde la vida está excluida.

Con los diversos ángulos de iluminación de un sol que se va levantando, este paisaje de dunas cobra aspectos distintos. Cuando sombras cónicas se proyectan tras de cada cerro, componen una plástica abstracta deshumanizada. Si el sol dora ya las alargadas curvas, éstas toman la forma y la calidez mórbida de miembros y torsos de mujer. Y los cerros distantes, con las huellas que dibuja el viento en su arena, semejan colinas de nieve por donde han pasado esquiadores.

A mitad del camino hacia Valizas, los cerros, que van tomando más altura, son ahora de piedra. De

grandes piedras poliédricas, cuyas facetas están pulimentadas y sus ángulos redondeados por el trabajo incesante de las limas de arena en las manos del viento. Los dientes de arena recortan las rocas en formas caprichosas. Aquí el pico de un ave, allí la cabeza de un águila, más allá un alero. Otras enormes rocas aparecen quebradas por los rayos, de los que serán en este mundo vacío los únicos fijadores.

Desde el cerro Buena Vista, el más alto cerro de piedras, se abarca una amplísima extensión. A lo lejos ha quedado el Polonio, del que se distingue apenas la torre del faro. De allí parte la línea del mar, que se angula en las rocas de la Punta del Diablo, erizada de arrecifes, tiene enfrente dos islas, llamadas Castillos: sus formas almenadas, con torreones y contrafuertes sobre las rocas evocan imágenes de las costas del País de Gales. Y la Punta del Diablo da razón de su nombre mostrando —como un pescador que abriera sus redes— en sus playas, de uno y otro lado, dos grandes barcos naufragos, cautivos de la arena en la que, de pie todavía, han quedado presos sus cascos. Hierros que asoman cuando el mar baja, restos de alguna caldera en los arrecifes son pesca menor.

Y cuando, siempre avanzando, se llega sobre un gran cerro de arena que domina el valle del arroyo Valizas, se revive una impresión leída en los libros de los conquistadores. Hasta ahora, todo era yermo, inánime, solitario. Ahora se extiende ante la vista un mundo vegetal poblado. Allá lejos, los bosques de pinos de los viveros; luego, la laguna, rodeada por su orla de montes; más cerca, unas poblaciones, con sus cejas de eucaliptos; y a los pies del arroyo, de curvo curso, que se corta antes de llegar al mar, y, en su barra, cabañas de paja de los pescadores con sus redes y lonjas de bacalao secándose en los tendales. Y es sorprendente el contraste tan neto a uno y otro lado de esta altura. A espaldas, ha queda-

do un escenario vacío, como encontraría a Marte el viajero que llegara en un cohete interplanetario. Al frente, se extiende un mundo verde y animado, donde el creador ha colocado ya los peces, las flores, los árboles, las aves y el pájaro que habla.

Nos atardamos en la laguna, en la contemplación de las garzas rosadas, los cisnes negros y los flamencos, y cuando, de regreso, debemos atravesar de nuevo la zona de los más altos médanos, una tormenta que viene del mar se aproxima al Polonio. El cielo de ese lado ha tomado un color pizarra oscuro. Llega a los médanos un viento bajo, y la arena voladora es ahora cortante y nos hiere los tobillos. Sobre el Polonio acaba de quebrarse la pizarra del cielo en una súbita rasgadura eléctrica. El viento redobla su fuerza, y zumba con todos sus contrabajos en los oídos. De las cumbres de los cerros salen ahora, como el humo del volcán, cerquillos de arena. Sobre la playa, todo el cielo se ha oscurecido; el agua tiene un tono verde claro, sus olas más altas levantan espumas que como grandes brazadas de algodón siguen rodando sobre la arena. Un enorme gigante bárbaro, que no se ve, rasga ahora el cielo a latigazos. Con estrépito resonante de metales, con chasquidos de fustas, con cristales que se rompen, con golpes de platillos enormes. Un viento en vértice llega por los cañadones y ulula en los remolinos. Comienza a llover, y ¡en qué formal la lluvia adecuada a este escenario neolítico. Se es calado hasta los huesos, el agua corre por la columna vertebral, el calzado pesa como plomo. Y ahora es el agua que en tropel baja desde lo alto de los médanos y forma súbitas corrientes que avanzan ve-

loces. Queremos mirar al Faro y no vemos a cinco metros. Entramos en una prisión líquida, y con ella avanzamos trabajosamente.

Cuando, en el Faro, retorremos las ropas empapadas, pensamos que hemos escapado a los intentos de un mundo mineral que quiere reducir, todo lo que a él llega, a su propia mineralidad.

POSADA EN EL FARO

El ómnibus os ha dejado en el sitio más próximo al Cabo Polonio, a una legua y media. Después de pasar unos médanos, que están entre el carretero y la playa, debéis continuar por ésta a pie hasta el faro que véis allá, a la distancia, sobre un promontorio de rocas que se perfilan en el mar.

Camináis así bordeando la orilla, que las olas, en continuo vaivén, festonean con sus ondulaciones de espumas. Os llama la atención, a lo lejos, una masa oscura, férrea, como un enorme tanque de guerra, que está allí, mitad en la arena, mitad en el agua, y al cual os váis aproximando.

Cuando estáis cerca véis que es un carguero encallado. Y, como soís curiosos, habéis ascendido a él por la escala de cuerdas que cuelga a un lado, y allá arriba habéis encontrado al guardián y os ha referido el naufragio.

Llegáis a saber así que es una barcaza de desembarco que sirvió a los americanos en Europa. Podéis ver su vientre —que llevaba tanques— y las compuertas de su proa, por la que aquéllos bajaban. Quedó encallada en Normandía, y fue puesta a la venta. La compró un comerciante argentino para el transporte de maderas del Brasil. Ya había hecho varios viajes. Generalmente, con una balsa a remolque para mayor carga. Hasta que un temporal la arrojó a la costa, en la Punta de las Calaveras. Se intentó zafarla, pero volvió a encallar en la playa próxima, donde ahora está retenida por la arena. Y ha ido perdiendo sus útiles: los botes, los faros, las barandas; y pronto quedará reducida a su casco.

El guardián, que está solo a bordo, tiene deseos de conversar. Cuando le dejáis, ya está anocheciendo y debéis apresuraros para llegar con luz al faro.

Sale a vuestro encuentro un perro ovejero que, sin conoceros, os hace fiestas. Llega con alegría hasta vos, refriega su lomo en vuestras piernas, y su cola se mueve con regocijo. El perro no os ha ladrado. Le habláis y, a vuestra voz se abre una puerta y soís invitado a entrar.

Y, dando las buenas noches, pasáis a una cocina-comedor donde un hombre encorvado vigila una olla en el fuego. Otro hombre, junto a una mesa de madera, corta tajadas de pan. Don Andrés, el farero, es aquél. Don Valentín, su segundo, es éste.

No os preguntan de dónde venís, ni las novedades que traéis del pueblo, ni si portáis periódicos. Apenas si os preguntan si habéis encontrado el campo muy seco, si creéis que lloverá pronto, y luego os piden que os sentéis a la mesa.

Cuando se trae la olla donde humea la sopa, el viajero, que es cronista, comienza a preguntar. Sabe así que el farero lleva cuarenta años de trabajo. Que pasa años sin ir al pueblo. Cuando va, se aburre, y vuelve al faro. En verano, suele venir la familia. Su hijo, que está en el liceo. El invierno lo pasa en compañía de su perro, que ahora está a sus pies.

—Es un animal raro. No ladra a los que llegan. Más bien, va a su encuentro moviendo la cola.

El segundo farero dice que durante el invierno pasan semanas enteras sin que nadie llegue.

Don Andrés habla poco. Tiene largos silencios. Muy serio y concentrado. Hace largas pausas, mientras os dice que no saldrá de este Cabo. Siente que su corazón le golpea cada vez más al subir a la torre a prender y apagar la gran linterna. Deberá jubilarse. Pero va haciendo, despacio, un rancho de adobe, allí cerca, para cuando deje su puesto.

La sopa termina. Y es entonces cuando don Valentín, a quien le gusta conversar, os cuenta la historia de las dos palomas blancas de la Isla Encantada.

Una de las islas de arrecifes que están frente al cabo se llama La Encantada. En ella hay un casal de palomas. Dos palomas blancas que llegaron hace cerca de un siglo. Don Valentín se lo oyó decir a su padre, y éste se lo oyó al abuelo. Las veréis mañana, cuando aclare. Y esas palomas hacen milagros.

—Hace unos años, estuve muy enfermo de la garganta. Me apretaba cada vez más y tenía las fiebres. Ya había decidido ir al pueblo. Estaba sobre unas rocas cuando pasaron las palomas, y una de ellas casi me rozó la garganta. Me curé. Y ahora no sé lo que es un dolor. Otra vez, esperábamos una carta...

Fuera ruge el mar. Debe haberse levantado niebla porque don Andrés, pidiendo permiso con muchas finuras, nos abandona un instante, y luego escuchamos sonar la sirena del faro. Periódicamente ulula una larga nota grave. Os sirven más vino, y cuando os interesáis por los naufragios, don Valentín cuenta:

—El último fue el año pasado. El barco que usted habrá visto en la playa. Ya anocheciendo vimos llegar, buscando refugio en la ensenada, una barcaza de carga con una balsa a remolque. Son las que llevan maderas del Brasil a Buenos Aires. Venía luchando con el temporal. Se desprendió la balsa y se perdió. Vimos desde la costa cómo la buscaba con sus faros. Siguió en su busca para el norte, y a la otra madrugada volvió. La balsa con cuatro hombres fue a encallar en Río Grande, después supimos. El temporal seguía. Desde el faro, don Andrés y yo seguíamos las maniobras. La barcaza era llevada y traída por el temporal. Finalmente, vino a encallar en las rocas de la Punta del Diablo. Yo le había oído a mi padre que mi abuelo con el lazo había hecho salvatajes. Me acerqué a caballo todo lo que pude. Tiré el lazo y enlacé un farol. Y por el lazo se fueron viniendo los seis hombres que estaban a bordo.

Y luego el naufragio del "Santa Elena", que está

del otro lado en la playa de Aguas Dulces. Y el "Traverso", del que mañana os mostrarán lo que queda de sus calderas.

Afuera, la sirena sigue sonando. Un resplandor pasa y vuelve a pasar por la ventana de la pieza donde váis a dormir. Habéis comido bien, y quizás bebido un poco de más. Os dormís en seguida. Y soñáis con un perro amigo que os hace fiestas, dos palomas encantadas y, tirando el lazo a unos naufragos, desde la costa, don Valentín.

LA REGIÓN DE LOS ESPEJOS LUMINOSOS

Cuando, en los años escolares, debíamos dibujar el mapa de la República, al llegar a nuestra costa oceánica señalábamos con lápiz azul, una a una, la serie de lagunas sucesivas y de tamaño creciente que se inicia con la Laguna del Sauce y termina, en la frontera, con la de Merim. Llenábamos de azul estos bolsos —huecos de los departamentos de Maldonado y de Rocha— y sintiendo pena por tanta agua contenida, que llegaba hasta la más próxima vecindad del mar y no desaguaba en él, estábamos tentados de decretar, en un golpe de estado sobre la geografía, con un grueso trazo azul, su desembocadura en el mar, por el que pasan grandes vapores que van y vienen de Europa, América del Norte, China y Japón. Y las lagunas debían quedarse estáticas, con sus inmensos ojos líquidos, viéndolos pasar una y cien veces.

Recorrimos muchos años después esta costa oceánica, y hemos encontrado a las lagunas tan inmóviles como en el mapa, y nos hemos preguntado las razones de esta fatalidad geográfica. Y las hemos encontrado en el mar, este nuestro mar oceánico, gruñón, recio y violento, al que está unido para siempre nuestro destino. Recorred la costa de Maldonado y Rocha, y veréis con qué fuerza el mar está batiendo las rocas y la arena. Siempre es más fuerte el embate de las olas oceánicas que las corrientes mansas de agua dulce que quieren verse en aquéllas y que son rechazadas. Además, los vientos Sur y Este, predominantes durante el año, y con saña tenaz, forman dunas y arenales de altura considerable. Hace poco veíamos en Parque del Plata, junto a Atlántida, cómo desaparecía una casa bajo un médano que, finalmente, la cubrió por entero y para siempre.

Se forma así, junto a la misma costa —y esto puede verse ya desde las playas de Montevideo— una trinchera de arena, cuya altura va en aumento y que se opone a la desembocadura de los cursos de agua, de mansa corriente, dado que corren por terrenos de muy escasa inclinación. Es cierto, a veces las lagunas se unen brevemente al mar en sus llamadas *barras*; mas, ello es mediante la intervención del hombre para evitar inundaciones en sus márgenes, y en tales operaciones, siempre de breves días, debe aprovecharse momentos de bajantes, porque, de inmediato, vuelve el mar a subir y entonces entra en aquellas lagunas y aumenta todavía su volumen. En la Coronilla puede verse hasta dónde penetra el mar, cuyas aguas se recogen en las salineras.

En rigor de verdad no puede hablarse de la vertiente del Río de la Plata para la cuenca de nuestras costas. Ya el arroyo Arazatí, en el departamento de San José, encuentra, durante las lluvias invernales, dificultades para su desagüe y, de allí, sus bañados. Las aguas del Santa Lucía tienen en su desembocadura un ancho embalsamiento. En el primer plano de la Ensenada de Montevideo, obra del ingeniero Domingo Petrarca, en 1719, se señala ya el ensanchamiento que el arroyo de la Estanzuela (que corría por la actual calle Acevedo Díaz), tiene antes de llegar al mar (Playa Ramírez) y del que resultó el actual lago del Parque Rodó. Con éste, pues, comienza la serie de lagos y lagunas de nuestra costa, lo que, dicho sin la aclaración previa, hubiera parecido una simple ocurrencia. Seguid la costa y veréis qué dificultades encuentran, y cómo deben andar buscando la vuelta para entrar en el mar, los arroyos Malvín, Carrasco, Pando y Solís, todos ellos, por eso mismo, con bañados y de desembocaduras variables en su unión con el mar. La fuerza del Océano, se hace mayor, los médanos son cada vez más altos, las tierras colindantes de los cursos de agua más planas, y ya los arroyos no desembocan. Y sus aguas que se acumulan se extienden

a esas bellas lagunas cuya dimensiones aumentan a medida que se avanza en la costa Este y culminan en la Laguna de los Patos, la mayor de todas, pero ya en territorio brasileño.

El uruguayo, sorprendido y admirado por la fuerza y la belleza del inmenso mar en las costas del Este, no ha reparado todavía en la belleza más íntima y recatada de sus lagunas. El océano, sonoro y bullente, está golpeando allí como un gigante en la entrada de un circo y no deja reparar en atracciones menores, pero que por ello tienen un encanto más recoleto. Cuando os fatiguéis de tanto ruido y bulla —que, a menudo, se trocan en persistentes y molestos vientos sudoestes— id a las lagunas y entonces, estoy seguro, advertiréis su encanto.

La Laguna del Sauce es la más luminosa y está siempre coloreada: de lila, de violeta, de esmeralda. Las serranías de las Animas, que se continúan hasta el mar, le hacen marco por un lado y, por el otro la sierra de la Ballena la decora con sus perspectivas ricas en planos suaves y lejanos. Existe en todo este escenario una equilibrada orquestación latina, una armonía mediterránea y no es un azar que se vea pasar, deslizándose, una vela blanca, tal como entre las islas de un archipiélago hace veinticinco siglos. Las márgenes de esta laguna han sido embellecidas aún más por la obra de hombres que han sentido la atracción de este cristal esmeralda y lo han decorado con un cuidado marco vegetal.

La Laguna José Ignacio es un limpio espejo cuyo mango es el faro que entra en el mar. Sobre ella se refleja la costa —la Costa Brava de Maldonado— con la serie de balnearios desde la Barra hasta el Cabo José Ignacio. La Laguna Garzón es la primer muchacha

rochense que se ha puesto de codos en el balcón del mar para mirar pasar los transatlánticos. Le sigue la Laguna de Rocha, cuyas aguas, que tampoco desembocan, ocupan su tiempo en el cultivo de peces y mariscos. Como también, por las mismas razones, está la Laguna de Castillos en sus tareas del mayor criadero de aves acuáticas de nuestro país. Sus costas de bañados la hacen inaccesible, y allí pueden chajás, bandurrias, garzas, flamencos y cisnes crecer y multiplicarse. Y como variación final de este tema "Lagunas", la llamada Negra o de los Difuntos muestra su extensión marina, sus esteros, sus montes criollos y los paraderos indios que la rodean.

Víctimas de esta monomanía de los porqués, nos hemos preguntado por qué son tan bellas nuestras lagunas. Creemos que es la misma razón por la que los viajeros europeos encuentran también muy bellos, pero con una belleza especial, los ojos de las mujeres criollas. La monotonía de una vida fácil y apagada, una existencia cerrada, un curso vital estancado, una riqueza anímica sin salida: todo ello sube a los ojos y se transparenta en las miradas de los grandes ojos de algunas mujeres criollas. Y todo ello está también en la belleza recoleta, en la hermosura contenida de estas lagunas que ven pasar a su vera blancos transatlánticos en largos y soñados viajes, observan por la noche cómo conversan los faros con los navegantes, y ellas se quedan allí —mudas y estáticas—, escuchando al viento que las turba con aromas extraños y reflejando las nubes que también pasan y las aves y los pájaros que pueden volar. O, diciéndolo con el verso del poeta:

—"Tú lates para siempre definida en tu anillo
¡Agua que no desemboca!"

EL MILAGRO DE LA ANGOSTURA

Hay tan aquietada paz entre estos cerros y sobre estos bosques que se escucha el sonar del badajo de los bueyes que arrastran la carreta bajando aquella loma. Una majada de ovejas, mordiendo la apretada gramilla, se desliza lenta en las faldas de estas colinas. La Laguna Negra extiende una luz enturbiada de espejo anti-guo. Y, sobre ella, las sierras de San Miguel tiñen de azul sus crestas.

También las masas de árboles de este parque guardan un compacto silencio. Se pensaría que nunca nada ha turbado la serenidad de este manso reposo. Sin embargo, allá, sobre una alta loma y destacándose todavía sobre los árboles de un monte, se ve el perfil recio de la Fortaleza de Santa Teresa, que nos recuerda que en estos mismos campos sonaron los tambores de guerra, rasgó el aire el estrépito del cañón, se oyó la voz bronca de los guerreros y, luego, los adoloridos ayes de los heridos.

Porque la Angostura —esta estrecha lengua de tierra apenas unos pocos kilómetros de ancho entre la Laguna Negra y el Océano— ha tenido en la historia una importancia estratégica singular. Ha sido el camino de las invasiones del Brasil a las Provincias Platinas y de éstas al Brasil. Por este camino de la costa, que hacía posible la colaboración de una escuadra, se realizaron las penetraciones portuguesas de los siglos XVIII y XIX. Por esta angostura invadieron la Banda Oriental Diego de Souza en 1811 y el Barón de la Laguna en 1816. Y, en sentido contrario, por esta misma ruta había sido la invasión española al Brasil comandada por Ceballos en 1762. No se exagera, pues, si se dice que la impor-

tancia militar de esta ruta es comparable a la del peñón de Gibraltar para la entrada y salida del Mediterráneo.

Así lo habían entendido hace dos siglos los portugueses y, luego de una audaz invasión en 1735, que les permitió la posesión de estos lugares, en el sitio más estrecho de la Angostura, sobre una eminencia que la domina, el conde de Bobadela hizo levantar la Fortaleza de Santa Teresa, ejecutando su orden el Coronel de Dragones Tomás Luis Osorio. Como se sabe, no estaba terminado todavía el baluarte y, en guerra de nuevo España y Portugal, fue tomado por el poderoso ejército del General español Pedro de Ceballos. A éste se debe el plano actual y la magnitud que puede verse en la reconstrucción que levanta sus piedras ocre, violetas y rojizas de sus anchos muros y numerosos bastiones. En las habitaciones de su interior, transformadas en museos, se hallan juntas aquellas figuras adversarias que lucharon a muerte. El historiador —objetivo, imparcial— clasifica los hechos por periodos cronológicos, y hemos visto salas de museos donde figuras que se odiaron a muerte y hasta aún mismo una dio muerte a la otra —lo que sería razón sobrada para no mirarse más— se encuentran allí, frente a frente, día y noche, para siempre. Y allí están, atrapados en imagen, el astuto conde de Bobadela, diplomático portugués, junto al general Pedro de Ceballos y el coronel Osorio, este último bien ajeno al hecho de que la fortaleza que construía sería también su lápida, puesto que, luego de su derrota y vuelto a Lisboa, fue ahorcado por su entrega. Adviértese cuán grande era el valor que Portugal concedía a este estrecho lugar de tierra sobre la cual ahora reina una paz y un silencio tales que se oye a la distancia el silbido del boyero.

Y es en esta aquietada paz que Horacio Arredondo realizó el parque más hermoso que hemos conocido. En

una extensión de tres mil hectáreas se han plantado más de dos millones de árboles. Todas las variedades conocidas de pinos y de eucaliptos, miles y miles de robles, cedros y acacias, muy delicadas especies exóticas que han pasado con éxito el trasplante, ocupan hoy lo que sólo hace treinta años eran serranías de piedra y médanos de arena desde la Laguna al mar. Como en muy contadas ocasiones hemos sentido la satisfacción especial de que una obra de esta magnitud y de tal belleza se haya cumplido en nuestro país. Colaborando con la naturaleza, se ha contribuido a decorar estas serranías. ¡Y en sué forma! Amplias avenidas, a uno y otro lado, cuádruples filas de palmeras, cedros, pinos y eucaliptos: alabarderos de gala que le hacen una guardia imperial. El Sombráculo, donde las hojas más anchas de amarantos y coloreadas begonias alternan con los helechos más finos, es propio de una exposición universal. En un invernadero impecable la mimosa púdica se crispa avergonzada al menor contacto, la volúbilis eleva con dubitación su tallo tornadizo y el Arbol del Viajero muestra sus suculentas hojas previsoras.

En la Pajarera centenares de aves valiosas: muy dignos cisnes de cuello negro, faisanes de oro y faisanes plateados, avisados chajás, presuntuosos pavos reales, ruidosos papagayos de colores, aves con sombreros de plumas y más pavos y patos y palomas en un entendimiento que lo quisieran las Naciones Unidas. Y, todo ello, cuidado con celo por un personal devoto tan consustanciado con su obra que redoblamos aquella nuestra satisfacción frente a esta obra nacional.

Porque desde hace treinta años, sesenta hombres trabajan sin pausa y con grande amor en las diversas secciones de este extenso parque: unos en las plantaciones de árboles y en los viveros, otros en la conservación de los bosques, quienes a cargo del Invernáculo, otros del Sombráculo y de la Pajarera y seis de ellos —los he-

mos visto— en las canteras tallando —como al pie de los monumentos antiguos— los bloques de piedra, mientras, a su lado, otros obreros, en la Herrería, devuelven el filo a los dientes de acero que mocha este granito de grano grueso y muy duro. Y estas seis decenas de hombres son los obreros de este Parque admirable; el visitante no los ve ni sus nombres rompen el silencio.

Esta labor persistente y anónima nos trae a la memoria la imagen de aquellas catedrales góticas del medioevo —Chartres, Tours, Rouen— construídas por varias generaciones de artistas y artesanos —arquitectos, escultores, albañiles, carpinteros— en una obra común de amor colectivo y cuyos nombres se ignoran actualmente. No es esta la sola razón de que la imagen de tales catedrales y la de este parque se asocien en mi mente. También, unas y otra, son la obra de un fervoroso anhelo espiritual: en la luz coloreada por los vitrales, entre las naves de aquellas catedrales antiguas, y la luz de oro que llega tamizada entre estos altos troncos flota la expresión de la misma necesidad espiritual que llevó en todo tiempo a ciertos hombres a entregarse por entero a una obra que les sobreviviera sobre la tierra y llegara más allá de lo que debían durar sus débiles huesos perecederos.

Y el sol se pone, hundiéndose en la Laguna Negra. También se ahogan en ella, poco después, la delgada hoz de plata de la luna nueva, pero lo hace tan suavemente que no se escucha el chasquido de su incandescencia así apagada. ¿Se llamará Negra esta laguna porque apaga al sol, la luna y a las estrellas y les quita así el color al campo, a las flores y a los pájaros? Quizá. Los indios, que la llamaban Laguna de los Difuntos, decían que en ella estaba Mña, el dios maligno. Pero, por el lado opuesto, sobre el mar, mañana, con el alba

llegará, traído por las cuadrigas de las olas, el fulgente disco de oro que devolverá a las cosas su color. Porque trae en su carro el azul de las serranías, el ocre y el violeta para las piedras de la Fortaleza, oro para el penacho del faisán, rosa para las alas de las garzas. Y todos los colores, hasta para "la más humilde y menos suave flor".

LAS ESPUELAS DEL MAR

En La Paloma, en el extremo más sur del cabo Santa María, junto al faro, sobre una loma verde, a cuyos pies las rocas son batidas sin pausa por el mar, se halla un pequeño cementerio de piedras blancas y senderos de conchillas y caracoles. En aquel escenario oceánico, de grandeza orquestal, donde el mar, el viento, un cielo azul y una rica naturaleza marina conjugan una fuerte sinfonía vital, este pequeño cementerio viene a recordar —como la letanía del frater— que "morir habemos". Se lee en el epitafio, al pie de una estatuilla: "A la memoria de las víctimas de la catástrofe del 17 de mayo de 1872".

Y bien, esta catástrofe no fue marina. Las cruces elevadas en esa loma no señalan a las víctimas de ese barco, al que pertenecen los hierros que se ven cerca de allí, entre los arrecifes del cabo. Tampoco lo son del otro naufragio, junto a la isla grande, y del que sólo queda un vacío tórax de acero que el mar va derramando. ¿Suyos son, entonces, los huesos que guarda esta loma?

Se remontó a más de ochenta años el primer intento de construir un faro en esta punta de piedra que es el Cabo Santa María. Hasta entonces, el mar, el huracán y malhumorado mar oceánico, no había sentido sobre el flanco la herida de la espuela estrellada de un fanal. Así fue que, cuando el faro en construcción ya se elevaba, el mar, en un corcovo recio de potro que no tolera el freno ni la cincha, arrojó a tierra, y trágicamente, a quienes en sus grupas querían domeñarlo. Y esas cruces con tiestos de flores señalan los sepulcros de aquellos operarios, los primeros domadores que intentaron clavar en este ijar una espuela de luz.

Porque el mar de nuestras costas oceánicas no es el apacible mar de los mapas escolares, frente a las costas de Maldonado y Rocha, caladas de lagunas. Es un mar que no ha sido domado todavía, no obstante tener ya varios clavos de luz en sus cabos y en sus islas. Bate rudamente la costa la espuma de su boca no sofrenada, arroja todavía sobre las playas barcos que lo surcan, porque, a despecho de los modernos aparatos de navegación, este viejo huracán sigue cobrando su peaje en especies náuticas. Cuando se recorren por la costa del océano las cien leguas entre la barra del Chuy y la ciudad de Río Grande do Sul, y se van encontrando de continuo restos de naufragios: arboladuras, maderas de la obra muerta, alguna chimenea, un palo mayor, se piensa en un rey bárbaro que devuelve a las tiendas enemigas, decapitados, a los emisarios que habían llegado hasta él para parlamentar una paz duradera.

En 1517, Gaboto, después de sufrir un temporal en las costas del Este, escribía: "Pasamos muchos trabajos y peligros, cuanto más que se levantan en él grandes tormentas y se tiene muy poco abrigo". En los cuatro siglos y medio que han corrido desde entonces, las circunstancias no han cambiado: turbonadas y temporales se siguen levantando como antes, y los abrigos para la navegación desde Río Grande hasta Maldonado son tan escasos como entonces. En su entrada en el Río de la Plata, los barcos, para evitar los extensos bancos de arena, deben aproximarse a la costa, a la que pretenderán arrojarlos los vientos predominantes S. y S.E. cuando el temporal los anime, lo que pasa con frecuencia y de un modo muy rápido. En nuestros días, desde las costas del Cabo Santa María, se oye el rugido de todos los motores de los más modernos transatlánticos para dar vuelta al cabo contra las corrientes y los vientos que reciben en el pecho; y se piensa qué sería de los veleros de siglos anteriores en las mismas faenas. ¿Queréis saberlo? Leed:

"La flota de Martín Alfonso de Souza, en 1531, apenas dada a la vela después de dejar a la isla Gorriti, se desencadena una formidable borrasca durante siete días, que hace traquetear a las naves de norte a sur y de este a oeste y desbaratando a las que no echara a pique".

Buscando atenuar los peligros de este mar adverso, en lucha permanente contra la costa, se pusieron faros en los cabos, en las islas y en pontones sobre los bancos de arena. Durante toda la noche, los faros unen sus luces para formar en el mar una carretera iluminada por donde van los barcos. "Luz blanca fija con ocultaciones, visible 90 segundos, eclipse 25". Es el faro del Cabo Polonio que tiende una alfombra de luz para los navegantes que acaban de entrar en nuestro río, y los lleva en ella hasta entregarlos a la luz del Cabo Santa María: "destello blanco prolongado cada minuto y luz blanca fija en la corona inferior". Y los toma, luego, José Ignacio y la Isla de Lobos y Punta del Este, hasta conducirlos a bahías de abrigo o puertos de destino. Cuando la niebla envuelve a los barcos y a los faros en espesos guantes de algodón, toques de sirena característicos, como el golpe de los bastones blancos de los ciegos, orientan a los barcos, que gimen entonces por sus bocinas.

Luces de los faros: largas miradas blancas de pupilas insomnes, cables de luz para los navegantes a la deriva, cintas que enhebran por sus ojos de buey a los barcos perdidos. Mensaje de seguridad que les llega de un hombre que está solo a los mil pasajeros de un paquebot. Sobre un lujoso transatlántico, los pasajeros bailan en el salón, dos enamorados se besan sobre el puente, un financista hace su vigésimo viaje comercial, porque allá, inmóvil, sobre una punta de piedra, un hombre que no viaja —a menudo un paisano que no ha salido de su suelo— vigila por ellos.

Un hombre muy rico y muy pobre a un tiempo: dueño de un gigantesco diamante de brillantes facetas, pero que no puede sacar de su engarce de rocas; rey de un extenso dominio de arenas y de olas, del que sólo puede disfrutar con los ojos; su torre, donde está hace años, es su trono y su prisión, su castillo y su cárcel, y allí trabaja y sueña, medita y juega, con este nocturno molino de largas aspas mudas que son, a un tiempo, su trabajo y su juego. ¿Quién entiende a un farero? Se separa de la compañía de los hombres, y dedica toda su vida a su servicio; es solitario, y está repitiendo toda la noche su monólogo de señales para conversar con los pilotos de los navíos que pasan.

Mas, los espíritus del mar son tenaces, y advierten que entran en sus dominios estas puntas de lanza terrestres. Los torreros de un pontón acaban por no hablarse. Aparecen, en otros casos, alucinaciones, delirios de persecución. Ha habido tragedias dentro de las torres de los faros. En la soledad, han prosperado las monomanías, en ausencia de los estímulos sociales habituales que las neutralizan: dirá el psicólogo. Realmente, es el mismo mar, que también desquicia a una escollera separando los grandes bloques que la integran. Otras veces, el farero se transforma en un personaje del mar. Conocemos uno que hace cuarenta años que trabaja en su faral. Cuando va al pueblo más próximo —por la arena, cinco leguas— se aburre, y regresa a su faro. Tiene ahora 65 años, y su corazón le golpea cada vez más cuando debe subir los 200 escalones. Deberá jubilarse. Pero está construyendo él mismo una vivienda de adobe, junto al faro, para cuando deba dejar su puesto. Hemos reconocido en su cara curtida por el viento salado, en sus largos silencios y en su mirada siempre puesta en la lejanía, a un hombre que ha sido ganado por el mar, quien le ha transferido su espíritu grave, ceñudo, solitario. Ya no podrá separar más de sus oídos el murmullo del gran caracol.

Costa oceánica y pueblo campesino. — El Cabo Polonio es un viejo pescador empecinado que se ha quedado solo y, desde enormes piedras rojas, dialoga con los lobos, que le responden con agudos gemidos. En Punta del Este, mundano, lujoso y elegante, la naturaleza ha sido domeñada: en la calma de la bahía que semeja un lago y en el artificio de sus jardines recordados y simétricos. La Paloma es fuerte y natural como el torso de un marino musculoso a quien no le van bien las ropas de lujo. Su mar bravío, su aire fuerte, sus rocas no pulidas le dan también una tosquedad recia. Y en ese escenario que las olas, el viento y las nubes vuelven a menudo dramático, cada viajero encuentra lo que trae consigo.

Conocemos personas que sólo han podido estar en La Paloma pocas horas. Venían de Punta del Este y traían su animación febril y la necesidad continua de nuevas y renovadas sensaciones. Y se sintieron defraudadas y partieron cuando se encontraron con la calma, la sencillez y el silencio de La Paloma. Otros debieron irse porque tenían el espíritu afinado en un tono menor —un solo de violín, juegos de agua para piano— y les pareció estruendosa la recia sinfonía para coros y orquesta que el mar, las nubes y la costa dan a los sentidos. Además, aquí el hombre queda a menudo a solas consigo mismo. Falto entonces de compañía o de ocupación material que distraiga su espíritu, siente que en éste se van levantando ángeles o diablos, sueños dorados o visiones oscuras, gráciles fantasías o miedos temblorosos. Luces o sombras, que explican que la soledad sea, para unos, goce y, para otros, tormento. Y que unos la busquen y otros la huyan.

Cuando Ruben Darío llegó a Mallorca estaba en-

fermo de París. La niebla delicuescente y gris, el intelectualismo frío y sin savia, y el veneno sutil de la civilización amenazaban abatir al vigoroso estro poético del vate nicaragüense. Y fue entonces que dijo "La Canción de los Pinos":

*Cuando en mis errantes pasos peregrinos
la Isla Dorada me ha dado un rincón,
de soñar mis sueños, encontré los pinos,
los pinos amados de mi corazón.*

Yo se decir que las veces que los espectros doloridos que ocupan mis días, poblaban ya mis noches, he llegado a La Paloma y ésta me ha dado la firmeza y la alegría que me iban faltando, consumidas al transfundirlas repetidamente en mi oficio. Y el viento oceánico desprendió de mis cabellos los oscuros nidos de pesadillas.

La Paloma tiene a un tiempo dos caracteres que de continuo se entrecruzan como los elementos de una composición contrapuntística: es una playa oceánica incuestionable con su mar ciclópeo, sus anémonas, estrellas de mar y esqueletos de pingüinos; y, al mismo tiempo, es una encantadora población campesina.

Cuando camináis por la playa os vuela delante una perdiz huidiza. Los horneros hacen sus nidos de barro en las casas frente al mar. Por las calles del pueblo, decoradas con cercos de enredaderas de campanillas azules, os cruzáis con don Pascual, el carnicero que hace su reparto en un carro de pértiga, debajo del cual va el clásico perro con la lengua afuera. Silvino es el repartidor de leche que enhebra su clientela en el hilo de su silbido. Cerca de la iglesia, corderos que parecen salidos del retablo sagrado, pastan en la vereda. Sin apresurarse, una gallina cruza la calle seguida por puntos suspensivos de polluelos. En los atardeceres, cintas de niñas tomadas de la mano, cantan con voces blancas can-

ciones escolares. Y en la capilla de ladrillo sin revocar, durante la misa —como las palomas en las estampas de los iluministas medievales— vuelan golondrinas que tienen sus nidos en los tirantes del techo, y entra respetuoso un perro, ve que está allí su dueño y va a sentarse en la puerta a su espera. No suena un órgano, pero los latines del sacerdote tienen como fondo el piar permanente de los pichones que suplen la cantinela cristiana con la más auténtica música sacra: un himno de exaltación a la vida, siempre triunfadora, y que comienza nueva cada día.

Y un cura rural motorizado —que lleva sus bendiciones y sacramentos en motocicleta— con severas palabras tomadas del Apocalipsis, predica los trajes de baño con pollerín para ambos sexos amenazando ¡en pleno verano! con las calderas rojas del infierno.

Médanos y vientos. — Existen varias versiones para explicar el nombre de La Paloma puesto a esta punta. La más bella —por lo tanto, la verdadera— dice que los navegantes desde el mar veían los altos y blancos médanos avanzando hacia el cabo y simulando el cuerpo de una gran paloma blanca. A fines del siglo pasado, familias de la ciudad de Rocha que venían a veranear construyeron en la costa casas de madera sobre altos pilares como habitaciones lacustres. Después, Armando Solari y sus continuadores colocaron sobre la blanca extensión de los médanos el mantel verde de millares y millares de pinos. Y, hoy, los navegantes que pasan frente al cabo ven una punta verde y, en un extremo, un conjunto de casas de techos rojos reunidas al amparo del faro como en la Edad Media las casas de los vasallos a los pies del castillo feudal.

Este extremo roqueño nació para cabo. Su decidida vocación de cabo es tal que las vetas de todas sus rocas tienen una unánime dirección al sur como obstinadas estocadas de piedras dirigidas al Polo. Porque el Polo

Antártico es la orilla opuesta que encuentra el meridiano que pasa por La Paloma. A sus costas, durante el invierno, llegan pingüinos desembarcados por las corrientes polares sobre unas playas que no reconocen, desorientados como profesores de Geografía. Corrientes que bajan del norte, traen peces voladores —asustados y pequeños hidroaviones— que quedan detenidos en la arena, faltos de tren de aterrizaje. Muy fuertes vientos cruzan sobre La Paloma —llevándose en pocos minutos las grandes nubes— y, entre ellos, el *pampero* que arranca sus crines de espuma a los potros del mar, que avanzan en tropel como una invasión de pueblos bárbaros. Los grandes transatlánticos que entran al Río de la Plata deben roncar con todos sus motores, que se oyen desde la costa, cuando este viento le presenta su ancho pecho de atleta.

No obstante ser muy fuerte el mar —o quizás por ello mismo— ha sido muy gentil y ceremonioso con la tierra, y el ondulado de la costa es la expresión de las galanterías que han empleado en su trato mutuo.

—Toma esta parte para playa —le ha dicho al mar la costa.

—Sí, pero a condición de que tú ocupes esta punta —ha respondido, gentil, el Océano.

—En ese sitio podrás poner tus rocas.

—Y tú, aquí, una ensenada.

Y de este fino cambio de amabilidades ha resultado, desde el puerto hasta el faro, una costa de un ondulado reverencial, que constituye el “scherzo” de la sinfonía en azul que escucha quien recorre el borde de esta península rochense en toda su extensión.

El “allegro” inicial de esta sinfonía está en La Pedrera, fuerte, nerviosa y vivaz, con sus dos temas contrastantes, el más áspero: los acantilados, el otro más suave: la arena, la arena fina y blanquísima en la playa y dorada en el fondo del mar transparente. Hay un ruido de olas en permanente movimiento, pues no logran fijar

en las sienes de las rocas la corona de espuma que traen renovadamente.

Las extensas playas de Costa Azul y la Aguada forman el “adaggio”. No hay accidente alguno que rompa esta costa, lineal como en el mapa. La arena de oro y la orla del borde del agua juegan de la mano como dos enamorados.

Dijimos ya que las variaciones del “scherzo” están dadas por la bahía de La Paloma. El muelle de madera, ilusionista burlón de pescadores, mago prestidigitador capaz de hacer aparecer una bandera, un conejo y hasta un pez en el extremo de cada una de las veinte cañas que están allí inclinadas sobre las aguas. La Isla Grande con su base naval, donde guardias armados vigilan que el Océano no invada el país. Luego toda una bahía de playas de honduras suaves y siempre decoradas con algas —cabelleras que se han cortado las sirenas para adoptar ellas también el moderno corte pillete. Frente a estas playas, la Isla Chica, aeropuerto de patos, gaviotas y palomas, y en cuyo centro un hongo esquelético parece un monje calvo haciendo penitencia.

Con las primeras rocas en la dirección del Faro, comienzan los preparativos del “brioso”. Nuevos instrumentos son ahora escuchados: el fragor del mar, la fuerza del viento y, paralelamente al tamaño de las rocas que va “in crescendo”, nubes mayúsculas cambian su forma, su movimiento y su irisación con el ritmo de esta sinfonía. Si os ha tocado en suerte un día de esos que las gentes llaman “de mal tiempo”, por que hay viento y lluvia —estados emocionales de la naturaleza— escucharéis allí “La Tempestad” de la Sexta Sinfonía. Grandes nubes dramáticas son la concreción en el cielo de la sonoridad angustiosa de los metales. Junto a vuestros oídos el viento pone las cuerdas de sus violoncelos. Y un dúo de horneros da la nota pastoril, que se repite y se percibe temblorosa y tierna en el fondo de aquel fragor musical.

Pasada la tempestad, el sol vuelve a salir. Ahora son también otros pájaros que cantan. Las gaviotas tienden en el aire sus pañuelos blancos. El mar se aquieta, y las playas del Cabo y la de Solari son como notas que modulan el mismo tema —rocas—, pero en tono menor, el cual antes de extinguirse definitivamente se reitera todavía, de tiempo en tiempo, en los grupos de rocas de Anaconda y de Zanja Honda.

Hasta llegar así a la Laguna de Rocha, la cual, ocupada en copiar al cielo, deja morir la sinfonía en un suave final.

Las cabañas bajo el muelle. — Un pescador veterano que ha llegado ya a consustanciarse con el mar, se vuelve, como éste, serio y taciturno. No comunica los secretos de su arte a quien llega por un domingo a pescar a su lado. La Paloma no entrega su embrujo a quien viene a “hacerla” en dos días o está de paso en una excursión al Chuy. Para que La Paloma os haga confidencias es necesario que las vayáis a escuchar sobre los bloques de la escollera esperando que entre la corvina negra. O en los pesqueros de las rocas aguardando el regalo del mar. Ganarse la amistad de los pescadores de oficio que viven en sus cabañas bajo el muelle viejo. Salir con ellos de pesca en la madrugada. Escuchar al farero del Cabo, cuyos relatos y silencios tienen el mismo ritmo de la luz de su faro.

Justamente en una de esas cabañas vivía hace unos años un marino holandés llamado Der Graaf. Desde la borda de su barco, en sus viajes al Plata, había visto largamente el Cabo de Santa María y le habían agradado su punta de piedra acre entrando en un mar de esmeralda, los techos rojos sobre el fondo verde de los bosques y, especialmente, el horizonte permanente de tiburones que le cerca. Cuando la última guerra lo dejó inactivo, vino a vivir a La Paloma. Ocupó un espacio debajo del muelle primitivo, ahora en seco. Su cabaña

semejaba la del pescador de “Ondine”. Redes extendidas, esqueletos de animales marinos, estrellas de mar, crustáceos. Por las noches, —junto a él la botella de Bols, con la que cambiaba largos besos de ginebra— hablaba de su país. Los canales, los molinos, los tulipanes, las muchachas rubias. Ganaba su vida pescando tiburones, cuyos higados, tan ricos en vitaminas, vendía a los norteamericanos.

Terminada la guerra, volvió Der Graaf para su Holanda, pero dejó en su cabaña un hechizo lírico y bohemio. Su actual ocupante es un místico pescador de tiburones. Junto a la entrada de la choza está su obra escultórica, un gran Cristo de cemento. Su expresión dolorida, su herida en el flanco y una musculatura recia de pescador. Su autor nos explica: “—Debí apurarme para terminarla porque entraba el tiburón”. Porque este hombre generoso —le hemos visto regalar toda una redada de peces— bohemio y que os habla de arte, anzuelos, filosofía y carnadas, es uno de los más hábiles pescadores de tiburones. Pero, estamos seguros que cuando los está matando, sus labios se moverán con un avemaría o un padrenuestro.

Las rocas junto al Faro. — A poco que tengáis aguzados y sensibles los cinco sentidos emplearéis una jornada entera en recorrer los quinientos metros que abarcan las rocas que bordean el Faro.

Las rocas comienzan en el término de la playa llamada la Bahía Chica. Hay allí un hongo circular de paja a quien el peine del viento está arrancando los últimos cabellos. El cambio de zona está marcado también por otra clase de suelo que ya no es la arena de pequeñas cuentas de piedra y líneas paralelas de algas muertas. Ahora pisáis sobre caracoles y valvas de moluscos, cuya cantidad y fineza van aumentando a medida que avanzáis.

Las rocas no son los enormes bloques geométricos

—cajas de sólidos para una escuela de gigantes— del Polonio, ni los acantilados de La Pedrera, que forman un escenario de angustia. Las más exteriores son aquí como una manada de grandes cetáceos puestos a descansar cerca de la costa. Las más próximas parecen de madera con un veteado longitudinal, cuyas fibras tienen una franca y unánime orientación hacia el extremo que penetra más en el Océano.

El color de estas rocas es ocre —algunas parecen madera seca—, pero cuando las véis de cerca os sorprende la variedad de tonos —amarillos, rojos, violetas— en especial cuando las olas las mojan. Tienen incluídas blancas líneas de granito. Otras semejan esponjas que bostezan a través de sus poros abiertos.

Al avanzar haréis levantar el vuelo a los habituales ocupantes de esta zona. Los biguás abren sus anchas alas y vuelan hacia la isla próxima. Gaviotas, que se diría que vuelan por placer, están, realmente atentas a los cardúmenes de peces, cuyo paso acechan. Una escuadrilla de cincuenta gaviotines, en severa formación aérea, están haciendo ejercicios de evolución dirigidos, sin duda, por radar por el que va a la cabeza.

Seguid vuestro camino. Esas rocas que avanzan como espadas dejan entre ellas cañadones donde el mar extiende sus delantales blancos. En los instantes que el agua permanece quieta mirad el fondo y quedaréis maravillados. El artista más fino no podría imaginarse para un tapiz más armonioso motivo. Tras el agua transparente, que es una lente de cristal, caracoles blancos, rosados, azules, de dibujos múltiples, valvas de moluscos con sus líneas concéntricas y sus bordes festoneados, una arena dorada, anémonas y algas y más algas formando un ornamento tan maravilloso que requeriría la imaginación de D'Annunzio cuando cantó las manos de Eleonora Duse.

Formando canteros acuáticos multicolores están las algas, unas como un verde tapiz veloso de las rocas,

otras, más largas, movidas por las olas en su valén incesante, danzan como bailarines de fina cintura. Las hay rojas, vestidas para "La Danza del Fuego". Y la vista sorprende, entre el coro de algas verdes, una blanca, muy tímida, sin duda, una novia con su traje pronta para el desposorio.

En las mañanas de marea baja, se encuentran sobre la arena algas verdes desprendidas. Durante la noche, curiosas, han dejado de cumplir su pacto con el mar y han salido a tierra, donde fueron sorprendidas por el alba. Y allí han quedado inmóviles y saladas como la mujer de Lot por haber mirado hacia atrás.

Ahora aquellas gaviotas bajan en picada porque ha llegado el banco de peces. Siguiéndolo, lentas como tanques, pasa una fila de toninas, que suben y bajan como la navecilla de una máquina de coser que le estuviera haciendo una costura al gran lienzo del mar. La escuadrilla de gaviotines, jóvenes aviadores de uniforme celeste cielo, pasan y repasan cambiando de dirección todos a un tiempo.

Descansad un instante la vista del mar y mirad la calle que bordea esa zona de la costa. Es la parte primitiva de La Paloma, cincuenta años antes de la era del constructor moderno. Veréis graciosas casas de madera levantadas sobre pilares, a las que se asciende por una escalera de madera que tiene mucho de pasarela de barco. Las rodea un corredor techado por un alero y en sus barandas un carpintero sin premura ha hecho un dibujo romántico que armoniza con el borde del alero. Ventanas de volantes y con cortinas de punto. Grandes hortensias son las pupilas lilas de estas casas —unas verdes, otras naranjas, otras blancas— que están en esa calle alta como sencillas muchachas vestidas de claros percales almidonados.

Cuando iniciamos este recorrido hablamos del goce que experimentarían los cinco sentidos. Naturalmente que es la vista la que logra mayor parte en este disfrute

que culmina en esos espejos de agua que el mar deja entre las rocas y a cuyo través podéis ver los caracoles, las algas y las vetas de las rocas entre las nubes que se mueven en el cielo sobre vuestra cabeza. Pero los otros sentidos, antenas a la postre del mismo espíritu, experimentan un deleite similar.

Cuando estáis sobre una roca que penetra en el mar, vuestro oído está aplicado a un gran caracol marino. Junto a vos, el oleaje incesante marca el pulso del mar. De vez en cuando, el ruido de una ola mayor al retirarse, es como un profundo suspiro nostálgico. ¿Añorará el mar otras costas más bellas, pájaros multicolores, palmeras de frutos de oro? Y si tenéis paciencia y sabéis esperar —como siempre que se desea un logro de valor— oiréis, según la orquesta del mar, las flautas del viento y vuestro estado de espíritu, “La Catedral Sumergida”, “El Mar” y, si hay niebla, “El Buque Fantasma”. En días nostálgicos en los que el mar se sueña río, podréis escuchar “El Moldava” o “El Oro del Rhin”. También oiréis algunas veces que en la isla cercana aves acuáticas están ensayando “Mi madre la oca”.

Vuestro olfato va percibiendo un fuerte y húmedo olor de salitre, yodo y algas. Entra a vuestros pulmones un aire tan puro que parece líquido. Y a vuestro paladar llega procedente, sin duda, de un barco invisible, un dulce y fresco gusto de sandías.

Hay dos pequeñas calas entre esas rocas. Esmeralda engarzada en piedras. Quitaos las ropas y entrad en sus aguas. La salinidad es tal que os mantiene suspendido en cualquiera posición. Estaréis así por un instante incluido dentro de una gran esmeralda líquida. Los millones de células de vuestra piel experimentan un goce que no conocían desde el día del nacimiento. Volvéis a estar en un líquido isotónico, tibio, maternal, que os suspende y columpia como antes de nacer lo eráis y como sólo lo sois ahora durante ciertas noches que os soñáis flotantes y sin peso.

¿He dicho que una escuadrilla de gaviotines estaba haciendo ejercicios de vuelos colectivos? Pues, ahora, siempre en correcta formación, aterrizan sobre la playa. Y se ve que son aviadores muy jóvenes y visten todos trajes celeste cielo.

Pescadores y caracoles. — Sobre las piedras de los cañadones que el mar cubre y descubre de continuo, se ven bellas anémonas, abiertas como flores rojas. Estaríamos tentados de llamarlas gráciles y púdicas si no hubiéramos visto cómo devoran la presa que cae en su boca voraz. Aquellos estambres rosados se convierten en tentáculos chupadores del pequeño pez o del cangrejo apresado que acaban por digerir con pérdida lentitud. Vemos también cómo las almejas abandonan la quietud hipócrita que tienen fuera del agua y son dentro de ella aberturas ávidas que se cierran sobre la presa como el arca de un avaro. Todo el mar, cuya paz han cantado los poetas, es el escenario de una lucha cruel, sin armisticio alguno. Desde la amiba transparente y débil hasta el tiburón armado de doscientos dientes, millones de ejemplares de la fauna marina están ocupados permanentemente en devorarse en una guerra submarina de la que el hombre sólo ve un pez de plata que salta en su huida fuera del agua o un lobo herido de terrible dentellada que viene a morir sobre la arena.

Contribuye aún a hacer más difícil la vida de los peces la participación, mediante anzuelos envueltos en carnadas, de elementos humanos que se llaman pescadores. La rica variedad de una pesca que va desde el pejerrey al pinta roja, a través de cuarenta especies, trae a La Paloma todos los veranos numerosos pescadores, al punto que se les encuentra en todas partes —en los muelles, en los cabos, en las rocas— incorporados al paisaje. Como desde cualquier parte del puerto de Copenhague se ve aquella sirena de bronce, en La Paloma, desde cualquier lugar, se percibe siempre un pescador y uno ter-

mina por preguntarse si no será siempre el mismo o si su imagen no la llevaremos en los lentes.

El sitio de preferencia es el extremo del muelle de madera, y allí se reúnen jueces, abogados, maestros, médicos y hasta pescadores. Manejando, unos, cañas muy largas y otros modernísimos reels, esperan pacientemente el regalo del mar. Hay otros pesqueros que se internan en el mar y se llega a ellos por vigas de hierro que permite aun a los ateos caminar sobre las olas.

Los pescadores junto con los caracoles constituyen los dos motivos ornamentales característicos de este balneario en cuyo escudo deberían figurar ambas representaciones.

Como una renovada ofrenda, el Océano tiende permanentemente al pie del Faro una multicolor alfombra de caracoles. Su belleza y variedad son tales que allí de continuo mujeres y niños inclinados recogen los más delicados y raros. Y tanta es su abundancia que han llegado a influir sobre la arquitectura, las costumbres y el léxico.

Cuando, en el siglo XVI, los portugueses realizaron sus extensas conquistas coloniales, apareció en las artes un estilo llamado *manuelito* en homenaje a su monarca, y en el que trascendían los atributos propios de las tierras conquistadas. Cocos, ananás, cachos de bananas y hasta cabecitas de monos aparecían como motivos decorativos en capiteles, balcones y también en muebles. En La Paloma ocurre algo semejante. Hemos visto un cerco cuyo borde está adornado, con enternecedora ingenuidad, por 500 caracoles iguales en tamaño y color. Se construyen fuentes con caracoles. Se les incluye en el cemento para la construcción de losas y pisos. Se les pone en los jardines y en los caminos en lugar de la arena o el balasto. Aparecen incrustados en las paredes y no hay hall, sala o chimenea que carezca de caracoles. Caracoles para collares femeninos, para adornar petacas, mesitas, lámparas. Caracoles por todas partes. Se vive en

la hora y en el estilo caracol. Poetas visitantes adoptan el perífrasis, y los prosistas el circunloquio. Los caminos se exceden en curvas innecesarias. Los vecinos se dan un trato reverencial. Los caracoles, después de haber sido hélices de los peces, son ahora los creadores de un estilo en espiral, al cual yo mismo no he podido sustraerme.

El Bosque. — Como una amplia pollera verde, el Parque Andresito ciñe la cintura de La Paloma. Caminar entre sus árboles al amanecer es una de las fiestas más ricas que nos podamos ofrecer. Pinos de múltiples especies, acacias con sus nervadas hojas nerviosas, laureles rosas y laureles blancos, eucaliptos de corteza gris perla, y aromos, y más pinos y más acacias y más laureles. Y todo ello sobre una alfombra fuertemente ocre de agujas secas.

El sol al despuntar ilumina el bosque lateralmente y, como un gran proyector de luz que se elevara con lentitud, va destacando en el escenario del parque, primero el ejército en pie de los troncos, luego el amplio ramaje y, entre los árboles, desfiladeros de luz que se tiñen al principio de gris, luego de oro, finalmente de violeta.

Los pájaros con sus finos clarines salen a saludar al Arquero Divino. Desde una rama, un jilguero da un concierto en pino mayor; los churrinches van colocando sus pechos rojos sobre los árboles. El benteveo se ha puesto su chaleco amarillo y sale a repetir con insistencia las únicas cuatro notas que conoce. Trinan los dorados, los espineros envían el telegrama de su grito entrecortado, las torcazas hacen vocalizaciones sobre la letra u y el picapalos golpea con insistencia sobre la tecla más aguda. Y todo ello sobre el fondo de cuerdas de las copas que la brisa que viene del mar toca como violines. ¿Dónde está el músico que llegue para sinfonizar estos instrumentos diversos que a su espera desde el alba están afinando en sus atriles verdes? Y ¿cuándo vendrá el pin-

tor que capte los matices del verde de los árboles, el ocre seco del suelo, el polvo veneciano del aire y la riqueza en grises de los troncos que tratan de imitar a Cézanne?

Cuando el sol está alto, como un perfumero que abriera sus frascos, el bosque os da a conocer su perfume húmedo "brote de eucaliptos", su aroma tierno "resina de pino" y su esencia más suave "dorado de aromas". La vista, los oídos, el olfato, solicitados así tan vivamente, y al mismo tiempo, os llevan a la embriaguez, pues sentís el cerebro como si fuera, a la vez, una caja musical, una redoma de perfumes y un caleidoscopio de miliún color.

Final (lento y grave). — Y un día, debí alejarme de La Paloma. Estoy en la caja hirviente del motocar. Cuando éste se pone en marcha, le despiden, con sus pañuelos blancos, las gaviotas sobre un mar añil. Después, a uno y otro lado, los pinos del bosque corren hacia atrás. Todavía nos acompañan un trecho unas grandes nubes redondeadas y luminosas. Después calor, tierra, llanuras reseca. Y más calor y más tierra. El mar y las rocas, el muelle y los amigos, los pinos y su aroma, las mañanas claras, las tardes de colores, las noches estrelladas, serán pronto sólo recuerdos.

Tanta es la pena que desde mi pecho sube a los ojos, que debo ocultarla tras unos lentes negros.

EL BOSQUE DE LA COLINA DE PIEDRA

Las últimas estribaciones de las montañas del Brasil terminan en el Río de la Plata. Los cabos y penínsulas de nuestras costas son los contrafuertes de las sierras del país norteno, cuya terminación geográfica constituimos. Como la planta de un gran palmípedo, el macizo brasileño se digitaliza en cuchillas, cuyos fuertes dedos petreos son aquellos cabos.

No hay duda alguna que Punta Ballena, con su forma y piel de cetáceo, las lagunas que contornea y las ensenadas que separa, es, de todas las puntas, la más hermosa y la que más recuerda a las serranías de su país de origen. Así lo entendió el supremo arquitecto, y no quiso que ella se hundiera en el mar sin dispensarle, a modo de fiesta floral, un bosque no inferior a aquellos que le decoraron en todo su discurrir por el Brasil costero.

Era el año 1896. Un hombre, descendiente de marinos dálmatas, tenía en la embocadura del océano una empresa de salvataje y solía venir a los médanos esteños en sus tareas marítimas. En sus ojos, siempre puestos en la distancia, había visiones ancestrales de anchas extensiones azules bordeadas de bosques de abetos, robles y cedros. Además, la naturaleza le había visto medirse contra sus más violentas fuerzas durante los temporales, dirigiendo, con voz sin miedo, las tareas premiosas de los salvamentos. Y fue elegido para realizar aquella obra. No tuvo más que materializar las visiones que estaban en sus ojos. Y el bosque fue.

Son millares y millares de las especies vegetales más diversas en un bosque de dos mil hectáreas. Por su amistad con los marinos de todas las banderas, Antonio Lusich obtuvo semillas de árboles de los cinco continentes.

Un capitán de Odesa le trajo los pinos de las nieves. Armadores de Australia le enviaron todas las variedades de eucaliptos y la araucaria excelsa y la acacia plateada. Le llegaron abetos de Normandía, coníferas de Méjico y de California, arces gigantes del Canadá, pinos del Mediterráneo, y pinos de Jerusalén. Cedros atlántida, glaucos y áureos, ciruelos de Persia de follaje rojo, cañas de la India, bambúes del Japón, y más árboles y más plantas de todas las latitudes y de todos los climas hasta constituir hoy la concentración forestal más importante de América del Sur.

Ya no está el plantador, pero los árboles se multiplican todavía. Sin preludios, al modo de las grandes sinfonías, el bosque se inicia con ejemplares de magníficos pinos insignes con orquídeas en el ángulo de sus ramas, encinas de leyenda, pinos piñoneros en torno a cuyo tronco compactas santas-ritas vuelcan sus pomos de rojos intensos. Después, por caminos que se separan como las nervaduras de una ancha hoja, el bosque se diversifica en variaciones innumerables hasta lograr una majestad que su creador sólo pudo imaginar y no le alcanzó la vida para ver.

No caeremos en la tediosa enumeración de los catálogos. Diremos sí, que en el anfiteatro que forma la falda occidental de la colina están dispuestos en escalinatas, bosques de todas las latitudes. En la cima, en lucha permanente con el viento que los despeina, tenaces árboles se toman de las rocas con los garfios abiertos de sus raíces gruesas como boas. A sus pies, señoriales especies forman escenarios propios para escenas shakesperianas. Más abajo, ya los troncos alargados, evocan catedrales góticas. El calor de las gradas que siguen forma invernáculos donde crecen ananás y se abren flores del trópico. En la parte más baja y más densa, es ya la selva con su humedad, su calor, sus lianas en las que se confunden ramas y raíces en una común avidez de savia. Allí la gallineta tecléa en telégrafo Morse su asombro y su deseo. Y siem-

pre descendiendo, y luego de la reciente carretera que la corta, el bosque termina junto a las olas en una masa compacta de pinos altos y oscuros, coros de graves sorchantes de cogullas y anchas mangas, que están rezando frente al mar un mudo rosario interminable.

Y en verdad que es singular este homenaje vegetal que recibe la Sierra Ballena próxima a su ocaso, porque ¿dónde está situado este bosque que ya es de por sí una presea de subido valor? En un escenario natural sin par. Desde su altura se divisa allá lejos, Punta Colorada y Punta Fría, y los cerros de Piriápolis, "pequeña suite" de la Sierra de las Animas que enmarcan la maravillosa ensenada de Portezuelo. La Laguna del Sauce incrusta su gran esmeralda en el oro de los médanos. A lo lejos, el caserío blanco de San Carlos. Más próximo, Maldonado, pero menos visible, porque los pinares que crecen le han puesto sitio y sólo se distinguen las torres de la iglesia que lanzan el fulgor de sus vidriados azulejos. A la distancia, y todo en redor, cerros y más cerros, tan calvos como lo estaba esta colina hace sesenta años. Y a nuestros pies, las copas de los árboles de un bosque apretado forman un océano vegetal. De él llega el roncar de autos, cuyo paso no se ve. Sobre una playa extensa un extenso mar no termina de colocar manteles y manteles con volados de puntillas blancas. Y en un cielo de añil, nubes de espuma.

Nada diré de la variedad de piedras porque ellas ya estaban —era lo único que había— cuando vino don Antonio Lussich. Su diversidad haría delirar a un mineralogista. Mas, no es posible decir nada de la pátina de las piedras de tan matizada riqueza cromática en toda la escala de los grises y de los ocres.

¿Y el mundo de los pájaros? Las chicharras rayan, en el aire, las líneas del pentagrama, y en este papel

musical las calandrias, los sabiás, los mirlos y nuestro chingolo, componen sus partituras. Una ratonera, sobre un laurel, repasa su lección de solfeo. Un fondo permanente de arrullos de palomas y el gemir de algún tronco hacen el contracanto al ruido de las olas sobre la arena. Con su lento vuelo de helicóptero, un cuervo, prematuro, planea sobre nosotros. Halcones, buitres, caranchos, nos dicen que tampoco aquí la rapiña descansa. Un águila esconde los mismos sañudos instintos tras un displicente aire de escudo imperial.

Y terminado el bosque al octavo día, el creador le alcanzó a la colina florida el espejo de la laguna para que se mirara.

Muy bella y muy fina despedida, porque la Ballena ya está a punto de sumergirse en el mar. Luego de tan largo recorrido, ya sin fuerzas, está tan cansina y dócil que hasta ha permitido que se le ponga sobre el lomo la montura de una carretera. Como los niños sobre el paciente elefante del circo, suben sobre sus espaldas turistas que se maravillan de "lo que se ve desde allí arriba". En la noche, los autos que pasan refulgen como las piedras brillantes en el arnés del paquidermo una noche de beneficio.

Y la Ballena se arroja finalmente al mar no sin antes llenar sus pulmones con grandes bocanadas de aire. Las grutas donde los pescadores esperan a los peces son las fauces abiertas del enorme cetáceo. Se le ve aún emergiendo desde el mar en Gorriti. Se hunde de nuevo y, al reaparecer en la Isla de Lobos, es herido en el dorso por el arpón de la torre del faro. Con el arpón clavado, desaparece ya definitivamente. No sé en qué profundidades submarinas de qué fríos mares astrales se arrastrará su esqueleto, soñando bosques.

MEDITACIÓN SOBRE EL BOSQUE

Este bosque que plantó Lussich en la colina de Punta Ballena es una muda, pero permanente pugna entre la raíz y la piedra. Sobre una colina roqueña y calva, frente a un mar salado con corrientes frías que vienen con pingüinos desde el Polo, contra los vientos glaciares y contra la opinión —más fría todavía— de los técnicos, don Antonio plantó, plantó, plantó. El suelo no tiene capa vegetal: son riscos y pedregales que el viento lima y, no obstante ello, fue tan grande la fuerza biológica que el plantador transfundió a las semillas y a los tallos, que millones de raíces se prenden como manos a las piedras, penetran como garfios y buscan —sedientos lebreles acuciados por la sed— la gota de agua en cualquier parte donde se encuentre.

Arboles de grueso tronco y de muy ancha copa, que el viento sacude como un velamen, se asientan sobre rocas vivas y sus raíces se prenden a la piedra como los brazos de una hidra. Se asciende a la colina apoyándose en escalones de raíces, se camina en el bosque por caminos de raíces, y ellas forman con las agujas de los pinos, el húmedo colchón vegetal que estos árboles necesitan para vivir. Servidores insomnes de la vida del árbol, irrompibles cables que lanzan los troncos de todas las latitudes para su amarre en este puerto vegetal, redes donde quedan retenidas la arena, la humedad y la lluvia que llegan, y con los que elabora el calor fermental donde de nuevo se incorporan a la vida las hojas muertas y el tronco que se pudre, las raíces salen otra vez a la luz para recoger en las redes que entrelazan la piña que cae, la semilla volandera, las hojas temblorosas de los helechos, las guías floridas de las madre selvas.

Como los capilares que penetran en la infinidad de nuestra piel y le aseguran su alimento, su calor y su vida —y no los vemos— las raíces de este bosque, en diálogo desde hace medio siglo con las piedras, les están diciendo las maravillas a que puede llegar la tenaz voluntad aunada a una maleabilidad dúctil y sensible, es decir, les están hablando de la energía vital, nunca vencida.

Existen en el corazón del bosque partes más solemnes de muy altos y hermosos árboles. Tienen las dimensiones y la gravedad de un templo o de un anfiteatro, y la luz tamizada es allí ocre. Penetramos en estas partes, dispuestas como escenarios, con el mismo respeto con que entraríamos a un severo teatro donde la noche anterior se hubiera representado Shakespeare. Son los mismos árboles del bosque de Birnan que avanzan sobre el castillo de Macbeth. Son los mismos árboles que prestaban eco a la risa de Puck. Las dimensiones de estos espacios sólo son propias para tragedias de reyes, combates medioevales o danzas de gnomos y desfiles de hadas. No encuentra allí ámbito la "comedia dell'arte", y el drama sentimental —propio de los jardines municipales— parece aquí por diminuto. Si alguien ha venido transido de penas de amor, aquellas raíces han absorbido las lágrimas a punto de aparecer, el bosque le ha transferido su vigor y ha hecho de un doliente Cardenio un saludable deportista o un seguro hombre de acción.

Este inmenso bosque es una cosmópolis vegetal donde están reunidos en ejemplar comunidad variedades de todos los climas y de las más opuestas latitudes. Podría pensarse que de tal diversidad resultara una masa heteróclita, irregular y desordenada. O, como se dice en química: una mezcla; pero no una combinación. Y bien, el conjunto es un volumen acordado, donde las masas y los espacios, los claros y las sombras no hubie-

ran podido ser mejor dispuestos por un escenógrafo eximio. A un primer plano verde claro de nuestros laureles y arueras, sigue el verde opaco de unos pinos con su silencio gótico. A su vera, álamos carolinus ponen su temblor de plata líquida. Y en el fondo, las araucarias abren, como veleros, el velamen de sus ramas tensas. Por todas partes y en todas direcciones, la misma equilibrada orquestación de formas, perspectivas y colores.

Limados por nuestros vientos, los rasgos angulosos —como la nariz de la esfinge— se atemperan y pulen. El pampero no permite salir de la masa arbórea ramazones disonantes ni tolera alturas excesivas. Son esas las ramas y los árboles que nuestro viento rompe: los que están fuera de una forma *natural*. En nuestro país, el hombre puede plantar sin preocuparse de la forma del volumen forestal. La naturaleza se la dará. El viento es la podadora con que el gran jardinero les da a los bosques y a los jardines formas naturales. De similar modo, en la caracterología uruguaya, una crítica certera y rápida poda excesos y excentricidades que en otros países proliferan.

Tampoco las flores de los ejemplares tropicales llegan a tener en el bosque de Lussich la morbosidad carnal ni los perfumes enervantes que tienen en su país de origen. No han salido a nuestro paso saurios repulsivos ni la trampa callada de los hormigueros. Y la selva más enmarañada, donde la espesura es cálida y húmeda, no llega al grado monstruoso y antihumano de las latitudes del norte.

Nuestra geografía sensata les ha comunicado iguales medida y equilibrio a la botánica y a la zoología aquí trasplantadas. Una naturaleza sin disonancias ni sobresaltos —donde todo exceso está excluido— ha hecho posible el éxito en este ensayo de falansterio vegetal en las colinas de Portezuelo.

Avanzando paso a paso por el bosque de Punta Ballena se llega a lugares donde, en un espacio de pocos metros, se encuentran reunidas las especies vegetales de los más distintos países y de los climas más opuestos. Junto a robles del noroeste de los Estados Unidos, bananos del Amazonas, pinos del Himalaya, liquidambar de las márgenes del Misisipi y nuestros coronillas, talas y pitangas. Un fino poeta llamó "carrefours des antipodes" a estos encuentros de las especies vegetales más antagónicas.

Los grandes bosques que hemos conocido en otros países concentran sólo las especies autóctonas. En los grandes bosques del sur de Chile, los árboles son alerces y cohigües. En Canadá existen mayúsculas florestas de arces. En el Botánico de Río de Janeiro no hay sino especies tropicales. Extranjeros de autoridad han manifestado que el bosque de Lussich es el mayor muestrario vegetal que se conoce. Henri Bidou, que permaneció varias semanas en Punta Ballena, le dedicó luego en "La Revue des Deux Mondes" un artículo que comienza así: "Endroit unique au monde".

Mas, al mismo tiempo, es este bosque una experiencia de convivencia vegetal de tal amplitud que suscita, de inmediato, el interés de quienes se apasionan por los problemas biológicos de las especies. Es fácil comprender el gozo científico que habría experimentado el sabio naturalista Carlos Darwin si hubiera llegado a estos parajes cien años después de la fecha en que lo hizo.

Frente a esta experiencia vegetal, la conclusión que de inmediato salta a la vista es que en nuestro clima pueden vivir las especies vegetales más exóticas. Aquí logran altura y desarrollo especies que en los jardines

botánicos de Europa se mantienen diminutas en los invernaderos. Las araucarias australianas son aquí tan enhiestas como en su Oceanía; el majestuoso pino Moeztuma cobra la misma gallardía imperial que en México; el árbol de Oro —Jiniko Balovi— da su fruto amarillo como en el Japón; las encinas castellanas tienen la misma humildad y fortaleza que en el verso de Antonio Machado. Los madroños dan sus frutitas tan rojas como en las márgenes del Manzanares. A los tilos se les creería exilados de Unter den Linden.

Un botánico francés, que pronunció en París una conferencia sobre el bosque de Lussich, afirmó que los ejemplares de especies europeas que había visto en la Ballena eran de talla superior a los de la misma edad en aquel continente. Acotamos —no sabemos si lo dijo el botánico— que el invierno europeo, crudo y prolongado, interrumpe el crecimiento vegetal durante un tiempo mayor que nuestro invierno. Mas, quizás, a cambio de ello, la madera de aquéllos —como las vides en las mismas condiciones— cobra una madurez más concentrada y densa, que no alcanzan todavía los mismos ejemplares en el Nuevo Continente.

Si, parangonando el ejemplo de Plutarco, fuéramos tentados de escribir sobre "Las especies biológicas paralelas", diríamos, a continuación de lo anterior, que los seres humanos de las nacionalidades más diversas se adaptan del mismo modo a las condiciones de nuestro suelo. Noruegos de noches de seis meses, eslavos de las nieves, vascos taciturnos, empecinados gallegos, italianos de los más diversos sitios de la península, ingleses con sus palos de golf y sus raquetas, holandeses envueltos en el humo de sus pipas, árabes cetrinos, llegan a las costas del Río de la Plata, y fincan y prosperan con la facilidad con que las especies vegetales lo hacen en la colina de la Ballena. También podría afirmarse de estos emigrantes que su prosperidad vital es más rápida y de mayor amplitud que en su país de origen, pero

quizá, sin lograr aquella concentración y densidad anímica a que fuerza una vida difícil y la ardua competencia.

Mientras Lussich vivió cuidaba con atención tenaz que cada ejemplar tuviera la ubicación y el ámbito propios de su jerarquía y de su función de belleza. Procuraba que un árbol fino —y por ello, de crecimiento lento— no fuera anulado por las especies voraces en su rápido estirón. Tal fue el plan del bosque. Pero éste ha tenido en los últimos veinte años una multiplicación espontánea, motivada por la reproducción natural. Y aquel plan ha quedado a cargo del reparto que los vientos, los insectos y las aves, han hecho de las semillas. Aquellas especies vegetales emigrantes están ahora en la segunda y en la tercera generación, y es de subido interés la observación de estos ejemplares nacidos y crecidos en nuestro suelo.

Los botánicos consideran que la reproducción natural es la prueba concluyente de la aclimatación. Y bien: la inmensa mayoría de las especies traídas al bosque de Lussich se han reproducido —¡y en qué forma!— como si vivieran en su propio habitat. Esta multiplicación natural ha contribuido a hacer mayor aún el cosmopolitismo del bosque, y crecen pinos negros de Calabria y Sicilia a la vera de las acacias del sur de Australia, robles de Turquía y pinos de tronco rojo de las montañas de México y nuestras carquejas, chircas, calagualas y marcelas. Entre los ómbúes que forman una avenida, crece un sotobosque de rododendros.

Por una asociación de ideas fácil de comprender, frente a este cosmopolitismo vegetal, viene a la mente la imagen de grupos de estudiantes liceales, de obreros de una fábrica, de un conjunto de gentes en una calle de Montevideo.

Siempre tuvimos desconfianza por las grandes fracciones, que tanto suenan porque, precisamente, están huecas. "Crisol de razas", aplicada a nuestra América, era una de ellas, gastada por su abuso en los banquetes y

conmemoraciones. Pero, en verdad, que se piensa en restituirle la confianza cuando se confirma, con la experiencia biológica de Punta Ballena, que nuestro Continente es propicio para la aclimatación y prosperidad de las especies vivas —animales y vegetales— de todo el planeta. Parecería que la naturaleza hubiera querido reservar un continente para cuando la vida se tornara inclemente en los otros cuatro.

HISTORIA DE UN AMOR DISIMULADO

Cuando, siguiendo la ruta de los navegantes, entró en nuestro estuario la Isla de Lobos, no le sedujeron ni los arenales del Chuy ni los acantilados de la Coronilla. Tampoco las piedras de la Fortaleza de Santa Teresa, todavía con el humo y la grito de la guerra. El Polonio le pareció hosco y salvaje; y la Paloma tenía ya dos islas. Llegó así, dudando encontrar satisfacción de sus anhelos, frente a San Rafael.

Quedó magnetizada. Una playa blanca de curvas perfectas. Bosques de pinos y, entre éstos, alegres chalets de tejas rojas. La isla ancló. Y allí está, desde entonces, como un enamorado de principios de siglo parado mirando un balcón.

Los turistas, que sólo vienen durante el verano, no han visto nada del idilio entre la isla y el balneario. Porque todo ocurre como en la canción "Disimulemos":—"Mira que nos están mirando; disimulemos. Que cuando estemos solos, nos besaremos". Y, cuando todos los turistas se van, la isla y la playa cambian muy finas misivas en tenue papel de seda que la brisa lleva. "Es la niebla de otoño"—dicen los lectores de los boletines meteorológicos—. No los desengañemos. Sí; es la niebla. Nos guardamos el secreto de que esos celajes leves, esos velos valseados, que se cruzan entre los chalets y la isla son el epistolario de un tierno amor disimulado.

En la hora del amanecer el sol va revelando en la placa oscura de la noche las imágenes de los jardines. La isla separa las cortinas de bruma y lanza para la costa miradas muy largas. Los chalets miran al mar con las pupilas de sus hortensias. Durante la noche, la isla guña. Unos pasos se escuchan sobre el balasto. Con un

sonido que puede ser tomado por el de una sirena, la isla musita:—"Disimulemos".

San Rafael tiene una plaza, y la plaza tiene dos estatuas: América y Europa. Era la época cuando en los talleres de Milán o de Torino se hacían estatuas representativas del Nuevo Mundo y del Continente Madre para repartirlas por todos los jardines y las plazas de América.

Sobre un pedestal que dice "América", está una joven vestida sumariamente de india. Un pollerín de plumas de avestruz cuelga de su cintura. Sobre su cabeza, algunas plumas más. El cuerpo no es de una india moldeada por las carreras al venado o al ñandú. Es, sin duda, la hija del escultor italiano. Su cuerpo de delicadas formas, redondeadas por la molicie europea. A sus pies —calzados con sandalias—, naturalmente, un yacaré. Un carcaj cruza la espalda. Y la cabeza de un león muerto —o que se simula muerto— se apoya socarronamente en un pecho de la joven. Nos ha parecido percibir, a veces, que el león, así instalado, nos guiña un ojo.

La india —llamémosla así— levanta en su diestra una barrita que debe ser de oro. Y, con ella en alto, dirige la mirada al hotel San Rafael, donde un letrero luminoso parpadea: "¡Casino!" "¡Casino!"

La estatua titulada "Europa" luce en la cabeza una corona real y tiene todo el complejo de superioridad de los europeos que llegan a América. Parece —ella también— descender de un barco o de un avión, y dar pedantemente una conferencia de prensa, explicándonos que la tierra es redonda y que es la tierra la que se mueve alrededor del sol.

Un transatlántico pasa en estos momentos entre la isla y la costa. Esta se pone un inmóvil rostro de tarjeta postal. Y la isla —ardides del juego del amor— simula ser una isla con faro. Y hasta con lobos.

NAUFRAGOS Y TESOROS

Los numerosos naufragios que han tenido lugar en nuestras costas del Este no se limitaron a arrojar tablas a la orilla o dejar entre las rocas los cabos, las calderas de los barcos o el costillar de hierro de un casco. Dejaron también náufragos, muchos de los cuales quedaron radicados para siempre en nuestro país, donde llegaron algunos de ellos a cumplir obra de significación. Y dejaron también tesoros, sepultos en las aguas o escondidos en los médanos, y que excitan, todavía en nuestros días, la imaginación de los aborígenes. Nos referiremos, en particular, a unos y a otros.

Entre los extranjeros que quedaron radicados en Maldonado, San Carlos y Rocha después de desastres marítimos, se encuentra, en primera línea, el súbdito inglés Enrique Burnett, llegado a la costa de Maldonado en 1864, a raíz del desastre del buque de guerra británico "Bombay". Enamorado allí de una bella fernandina, volvió a su patria a arreglar los papeles, y regresó a Maldonado a casarse y se radicó definitivamente. Traía el nombramiento de agente del Lloyd's, compañía aseguradora de la gran mayoría de los barcos de Inglaterra y cuyos intereses debía Mr. Burnett vigilar. Los naufragios eran frecuentes en estas costas desde el Chuy hasta Maldonado y, en cada uno de ellos, mister Burnett debía constituirse para documentarlos y vigilar aquellos intereses. De allí que durante sus cincuenta años de servicios recorriera nuestras costas a caballo o en charret, y pudiera recoger la hermosa colección de argonautas y caracoles que se exhibe en su casa, que se conserva actualmente como en su época, y donde, hasta hace poco, podía verse una torrecilla de señales,

análoga a la de los navíos y por la cual se comunicaba con los barcos desde que llegaban a Lobos o doblaban Punta Ballena.

Mas, otro destino debía cumplir este hombre como designio del hado que lo hizo naufragar en las costas de Maldonado: el de salvar a la ciudad de desaparecer bajo los médanos, rodeándola de bosques. En efecto, nada detenía a las arenas en su invasión sobre la ciudad, y luego de cada temporal, había que retirarla de las propias puertas de las casas como se hace con la nieve en los países nórdicos. Burnett fue quien plantó y replantó todos los árboles de los magníficos pinares que se extienden hoy entre la ciudad y la costa, y que no sólo cumplen una obra de protección, sino también de belleza. Se han abierto avenidas entre los pinos y las numerosas construcciones veraniegas ponen una nota de color en el mismo lugar ocupado antes por los altos arenales movedizos.

Podríamos citar otros ejemplos de súbditos portugueses, españoles e italianos, afincados luego de naufragios en las ciudades esteñas donde constituyeron sus hogares y tuvieron influencia en el desarrollo comercial, industrial o cultural de estas ciudades. Pero, el lector estará ardiendo por que lleguemos a los tesoros, y a ellos vamos.

También por el mar llegaban los más famosos corsarios —los Moreau, los Drake y también portugueses— quienes a menudo, ante la proximidad de sus perseguidores, se veían obligados a enterrar en los médanos de la costa el valioso botín de sus presas marítimas. El pirata perseguido a veces era apresado, como lo fue Moreau en Rocha. Su cuerpo quedaba columpiándose en lo alto de una horca, pero le sobrevivían las leyendas de los tesoros escondidos, que, de tiempo en tiempo,

algunos hechos confirmaron. Así, años más tarde, en la barra del arroyo Maldonado, un vecino encontró un arca con trescientas y tantas piezas de plata. Después de esto esa zona de Maldonado, que se denomina justamente "El Tesoro", ha quedado con más agujeros que un queso Gruyere.

Toda la costa uruguaya, desde Colonia al Chuy, está decorada con la leyenda de tesoros que a veces llegan a ser realidad. Varias veces se ha dado por localizado —y se ha festejado prematuramente—, en diversas partes de Colonia, las joyas y la fortuna que constituyen el tesoro llevado en su huída de Buenos Aires por el virrey Sobremonte cuando las invasiones inglesas de 1806. En Carmelo, libras esterlinas guardadas en una olla estaban escondidas desde largos años en un sótano. Poseedores de este acto, unos avisados inquilinos alquilaron la casa y encontraron la olla áurea, con lo que quedaba demostrada la riqueza en metales del subsuelo de Colonia. También pudieron encontrarse los doblones de oro de los caudales con que se hundió, en 1752, el navío "Nuestra Señora de la Luz" en la ensenada próxima a Montevideo y que se llamó desde entonces del Buceo a consecuencia de los continuados buceos que con aquellos fines se realizaban.

A una ciudad costera, que conocemos, llegó un día un náufrago portugués, oriundo de las islas Azores, apretando contra sus mojadas ropas unos preciosos documentos: los planos de un valiosísimo tesoro, sito en una isla misteriosa, hacia donde iba cuando fue sorprendido por el naufragio. Se casó aquí y se quedó, pero se supo que había enterrado aquellos planos debajo de una higuera. Esta es la razón por la cual actualmente en ese pueblo no se encuentra una sola higuera.

En el siglo pasado, durante las sucesivas y continuadas revoluciones, no había seguridad para la custodia de las fortunas, en especial, del dinero proveniente de las estancias y de las ventas de ganado. Además, no

existían bancos en el interior. El dinero —monedas de oro—, entonces se colocaba en botijos de barro o en ollas, que se enterraban. Por ello, ha habido algún enriquecimiento súbito en algún afortunado que, cavando o arando un terreno, encontró una fortuna en monedas de oro. Otras veces, se colocaba el dinero en los cabezales de los tirantes de los techos. Y alguien ha recibido así después una fortuna llovida del cielo.

Capas metálicas que, abiertas, desbordan de joyas y pedrerías, viejos arcones con doblones de oro y maravedíes, cofres con los caudales de los barcos apresados por audaces corsarios y enterrados luego, durante una noche sin luna, por unos hombres enmascarados... “a cinco pasos del ciprés más alto y a dos pasos a la derecha de una gran piedra, a diez metros de profundidad...”, son imágenes preformadas que todo uruguayo trae al nacer en sus pupilas y en su mente. A tal punto estamos consustanciados con la búsqueda de tesoros, y nos parece tan natural su hallazgo, que nuestro Código Civil prevé estos hallazgos y tiene disposiciones referentes al modo cómo deberá hacerse el reparto: Arts. 720 a 724 (De la manera de adquirir el dominio: el hallazgo). Después de esto, no debe sorprender que casi todas las familias uruguayas tengan un perro que hace pozos.

En los textos de geografía que conocemos faltan mapas de la República con la distribución de nuestra riqueza en tesoros, cuya área más densa, —repetimos—, está en la costa platense, en especial Colonia, Atlántida y Maldonado. Quizás esta clase de mapa ya existe, pero como obra de particulares dedicados a la propaganda de nuestro país en el exterior, y es sin duda que, seducidas por tal propaganda, arriban de tiempo en tiempo personas extranjeras que han adquirido en Europa

o en Norte América el plano de un tesoro, como a veces se ha comprado, también a particulares, un buzón o un tranvía.

Nuestras autoridades deberían confeccionar este mapa referente a la riqueza del subsuelo nacional y no dejar tal iniciativa, como hasta ahora, en manos de particulares. De este modo, afluirían a nuestras costas algunos capitalistas extranjeros —entre ellos, algún día, quizá una señorita italiana— que al tiempo que dieran trabajo (de excavación y, luego, de relleno), a obreros uruguayos, procurarían durante el verano (siempre esto ocurre durante un solo verano de felicidad), procurarían, repito, un tema de franco solaz y sano esparcimiento a la población y a los diarios durante esos meses de canícula, cuando —faltos de acontecimientos deportivos y políticos— el músculo duerme y la emoción descansa.

LAS ISLAS O LA DISPUTA POR LOS HIJOS

Si se quisieran pruebas de las porfías y las reyertas en medio de las cuales vive el matrimonio Mar-Tierra en nuestro país, no se tiene más que observar la vida que, a causa de tales desavenencias deben sufrir sus hijos: las islas situadas en todo nuestro litoral sur desde la Coronilla, en el Departamento de Rocha, hasta las costas de Colonia.

Frente a la Coronilla están situadas dos islas: la Isla Grande y el islote de la Coronilla; frente a Punta del Diablo, en la ensenada de Castillos, otras dos: la Isla Seca y la Isla del Marco; y continuando los arrecifes del Cabo Polonio hay tres: la Isla Redonda, la Rasa y la Encantada. Todas ellas son rocas y sólo rocas, redondeadas y pulidas por el mar que sin cesar bate sobre ellas y donde no ha sido posible crecer a una mata vegetal. Inhabitables, por tanto, y sólo llegan a ellas en bote —y se van en el día— los faeneros de lobos en la época de la matanza en aquellas islas donde tal industria se practica (islas del Cabo Polonio). Estas rocas redondeadas, oscuras y siempre húmedas, tienen el aspecto de lobos y de elefantes marinos allí existentes; y éstos, a su vez, tienen notable semejanza con aquellas rocas. Mas, en este mimetismo, cabe preguntarse: ¿Quién imita a quién? Y nos quedamos, finalmente, con la explicación de que la naturaleza con su moldeado de siglos ha acabado por darles a unas y a otros la única forma compatible con un mar en permanente agitación.

Las islas referidas —de la Coronilla, de Castillos y del Polonio— no son sino las salientes de extensos y agudos arrecifes de piedras, centros de remolinos donde a menudo llegan los barcos a encallar y son deshechos, luego, por las olas oceánicas siempre bravías. Son sig-

nificativas las denominaciones que, a causa de tales desastres marítimos, le han quedado a las puntas y playas próximas a tales islas de arrecifes: Punta del Diablo, Playa de las Calaveras, Cabo Polonio en recuerdo del barco español, "El Polonio", perdido allí en 1735. A quien quiera tener una visión de los dramas marítimos ocurridos en esas ensenadas y arrecifes lo remitimos a la obra "Naufragios célebres", de Antonio Lussich, y al capítulo "Desastres Marítimos" del libro de Carlos Seijo, "Maldonado y su región".

En la Paloma, junto al Cabo Santa María, cerrando la bahía, existían dos islas: la mayor llamada La Grande y la menor o de La Tuna. La primera se convirtió en península cuando se construyó la escollera de protección del puerto a quien tanto protege que no deja ahora entrar en él ni a los barcos, pues al faltarle —justamente a causa de la escollera— la corriente de fondo que lo dragaba naturalmente, aquel puerto se ha llenado de arena. La ex-isla es actualmente un decorativo apostadero, llamado naval. En cuando a la isla de La Tuna, reducida y árida, sirve de asiento pesquero durante el verano, y en invierno es una perfecta calva roqueña a la que las aguas oceánicas espumosas le dan, en vano, un masaje capilar.

La Isla de Lobos, frente a Punta del Este, también es de piedra viva como los peligrosos arrecifes que la circundan y que han sido el cementerio de decenas de barcos. Árida, escabrosa, totalmente granítica, se llega a esta isla por una pequeña cala, donde se atraca, no cuando se quiere, sino cuando se puede. Darwin, que llegó junto a ella en el "Beagle", en 1833, no pudo bajar a causa de la niebla y del mal tiempo; los gritos de los lobos y de los pingüinos que le llegaban hacían un ruido tan extraño que creyeron que eran balidos de

animales vacunos, y así lo hace constar en su crónica. Esta isla está habitada por los faeneros y seis mil lobos, cuya matanza se ha explotado en todo tiempo. Llegan también allí numerosas gaviotas y, en la época invernal, pingüinos traídos por la corriente del Polo Sur. Como vegetales no hay sino tunas, calagüalas y cañaverales, pero, ciertamente, no faltan maderas provenientes de los barcos deshechos.

La Isla Gorriti, más próxima a la costa, estuvo en un tiempo cubierta de palmeras, y debió a ello la denominación de Isla de las Palmas con que figura en los mapas de los siglos XVI y XVII. Pero, aquéllos desaparecieron con la cría de porcinos que allí se practicó; y actualmente tiene extensos pinares. A la protección que esta isla da a los vientos del sudeste en los frecuentes y largos temporales se acogen los barcos sorprendidos mar afuera, y allí hemos visto refugiados hasta seis y ocho barcos a la espera del buen tiempo. Aparecen, entonces, en busca de ese refugio, barcos pescadores brasileños procedentes hasta de Río Janeiro y a los que sólo en estas circunstancias se les puede ver. El bajo del Monarca y el bajo Mostín, a uno y a otro lado de la isla, han tomado sus nombres de barcos naufragados en esos arrecifes y cuyos restos muerden a menudo los cascos de las embarcaciones.

¿Y durante el verano? Se sale una mañana del muelle de Punta del Este, con buen tiempo y mar calmo, para hacer una tranquila excursión a la Isla de Lobos o a la de Gorriti, y se desencadena durante la tarde un mal tiempo que ha provocado desastres. Nadie puede estar seguro cuando se parte por la mañana para estas islas, del tiempo que se tendrá por la tarde para el regreso. Se podrían enumerar los naufragios de barcos y de yachts al retornar de Lobos, y hemos visto turistas, sorprendidos en la Isla de Gorriti durante una tranquila excursión de verano, tener que quedarse allí una noche de tormenta.

Vemos cómo trata el mar a estos trozos de nuestro territorio que han quedado aislados en sus dominios. La costa tiene ejemplo, pues, de lo que a ella misma le pasaría si se entregara confiada y sin defensa a este gran grunón malhumorado.

Más al oeste, la bravura del mar mengua, pero no desaparece. La Isla de Flores, no obstante su extensión, sólo ha servido para lazareto y, ocasionalmente, como prisión. Los barcos de pescadores que llegan hasta allí procedentes de Montevideo, no siempre pueden atracar en la isla. Un faro, por el que los portugueses, en 1819, se cobraron toda la parte de nuestro territorio al norte del Arapey, fue el primero en iluminar el camino de nuestro río.

En la costa de Montevideo, frente a la playa de Malvín, se encuentra la Isla de las Gaviotas, cuya única función, hasta ahora, ha sido el asiento de un aviso de cigarrillos. Es de piedra y tiene abundantes tamarises. Durante el verano es punto de modestas excursiones. Pero, también, a causa de temporales sorpresivos, algunos visitantes han tenido que quedarse allí durante uno o dos días, viviendo la angustia de si el mar cubriría o no la isla. Durante los temporales de invierno es batida reciamente por las aguas embravecidas que parecen querer hacerla desaparecer.

Dentro de la bahía de Montevideo se encuentra la isla llamada indistintamente Libertad o de las Ratas. Ha servido, primero, como polvorín en la época de los españoles y, actualmente, para depósito de combustibles. Parecería que por su situación podría hacer excepción a la intranquilidad propia de las restantes islas, pero las numerosas explosiones —cuando era polvorín— y los repetidos incendios en sus actuales depósitos de inflamables demuestran que ella también se asocia con los medios a su alcance a la ley general.

En el delta del río Santa Lucía se encuentra la Isla del Tigre, que luce a la distancia su aspecto verde que corresponde a una ramazón impenetrable. Durante el invierno, cuando el viento sur sopla durante varios días seguidos, el río se hincha y las aguas baten esta isla de un modo que la hace inhabitable. Vemos cómo esta isla, no obstante no ser granítica como las que hasta ahora hemos visto —ella se forma por el aluvión del Río Santa Lucía— tiene los mismos caracteres que sus hermanas de piedra.

Las restantes islas del sur son las que están frente a las costas de Colonia: San Gabriel, Farallón, Martín García, Juncal, los Dos Hermanos. Las tres primeras son graníticas y con la misma aridez de sus hermanas del este. Las restantes son formaciones de aluvión del limo de arrastre del Río Uruguay. Tienen una espesa capa vegetal que las hace fértiles, en especial, en naranjas como las islas del delta del Paraná, con las que tienen, naturalmente, rasgos comunes. Son habitables y acogedoras. Y es que, realmente, no son islas del mar que bate nuestra costa del sur. Tienen las características de las islas del Río Uruguay. Hospitalarias, amables, tienen frutas, pájaros y flores. Son islas de tierra uruguaya y no graníticas rocas oceánicas. En ellas reina la paz y la armonía. Son hijas de un matrimonio que se lleva como Dios manda.

Digamos, para terminar, que aquellas islas situadas a lo largo de los quinientos kilómetros de nuestra costa sur son ignoradas casi por completo por los uruguayos. Muy pocos montevidEOS han llegado a la Isla de Flores y buena parte de ellos lo ha hecho contra su voluntad. Conocemos personas nacidas en Punta del Este que no han ido una sola vez a Gorriti. Parecería que,

en el presente, el Uruguay vive como si no supiera que en su mar existen islas. Como se ve, no puede pedirse mayor despreocupación por la suerte de sus vástagos.

Y es que, realmente, hay días en los que el Río de la Plata se convierte por su fuerza brutal, su bravura indómita y su impenetrabilidad, en una verdadera selva sudamericana con todo el dramatismo, el vigor y hasta los fantasmas que pueblan la maraña. Alguien podría suponer que nuestro país, situado lejos del trópico, de las alturas cordilleranas y de los bosques enormes, no tiene rasgos americanos propios de los ríos, de las alturas y de las selvas de nuestro continente. Y se equivoca. No pensaría así si hubiera tenido que permanecer sobre un barco fuera de la rada durante un temporal sudoeste que puede durar tres o más días, si fuera detenido por la niebla que enfunda a los faros y a los cabos y venda los ojos de los navegantes, si estuviera a bordo de un pontón sacudido días y noches por el huracán. Y es que nuestro Río de la Plata es un río americano con toda la fuerza, el misterio y los duendes propios de nuestro continente.

La vida de buen número de países está ligada a un río nutricio que los atraviesa y cuyo sistema circulatorio constituye. El ejemplo más conocido es el Nilo, el río epónimo, del limo de cuyas periódicas crecientes vive un país entero y, sin las cuales, todo Egipto sería un desierto semejante al Sahara o a Libia. En nuestra América, el Magdalena y el Cauca, en Colombia, y el río Paraguay, en la república del mismo nombre, son también ejemplos de esta clase. Nuestro río de la Plata, a cuya vida y a cuyo destino estamos unidos, ¿constituye para nosotros un caso semejante?

Los ejemplos citados —Nilo, Magdalena, Cauca, Paraguay— son para su país lo que la arteria humeral es para el brazo o la femoral para la pierna: les llega por ellos la sangre, el oxígeno, la vida. Nuestro gran río —que lleva al Océano el prodigioso volumen de las aguas que vierte una cuenca cuya extensión ocupa casi una cuarta parte de la América del Sur— no vasculariza a nuestro territorio, cuya vida agrícola no se beneficia por su proximidad. En tren de comparaciones anatómicas, nuestro país con relación al río de la Plata está como un órgano adosado a la arteria más gruesa —la aorta— de la que no recibe rama alguna y, en cambio, es sacudido por sus fuertes pulsaciones.

Más parecido al Nilo y al Magdalena es, en nuestro país, el río Uruguay, que constituye la rama principal de una red de vascularización de indiscutible valor y su riego fertiliza los valles por donde corre y que bordean los montes criollos. Sin duda, entendiéndolo así, la denominación de nuestro país no alude al río máximo de su geografía, sino a aquél —el río Uruguay— que realmente participa en mayor grado en la

vida nacional y que con justicia, pues, le ha dado su nombre, como lo han hecho en su caso, el río Paraguay y también el Amazonas para la región que riegan. Y el símil es más claro aún con el río Negro, arteria nutricia que cruza por la ciudad de nuestro país y a cuya rica vascularización contribuye con sus ramas y, además, es el centro motor de la energía eléctrica de toda la república.

Ninguna relación *vascular* existe, pues, entre el río de la Plata y nuestro territorio. Ya hemos dicho que no le envía afluentes. Y se niega a recibirlos: mediante la barrera renovada de muy altos médanos, enlentece, primero, y, finalmente, impide la desembocadura de los ríos y arroyos que pensaban llegar al mar y que, detenidos, se convierten en lagunas, esteros y bañados. Por otra parte, los ríos que hemos nombrado, con sus aguas dulces hacen posible la agricultura en sus márgenes. Este nuestro mar tiene sus aguas saladas. Y en los páramos de arena —blancos y blandos como gigantescas almohadas— sólo hunden sus raíces vegetales la acacia trinerva y los tamarises, osados adelantados verdes en esta lucha mar versus tierra que se desarrolla desde hace siglos en nuestra costa.

Creemos ocioso decir que las consideraciones precedentes se refieren exclusivamente a la relación de nuestro río con la vida costera, en especial, su influencia en los hábitos, en las ocupaciones, en la agricultura. En lo referente a la importancia que el río ha tenido y tiene para la cultura y el comercio, alcance con decir que, sin él, nuestro país sería semejante a una provincia interior de la Argentina o, a lo sumo, una república sin salida al mar, con todas las dificultades de Bolivia y Paraguay. Por el río le ha llegado la civilización y, por ello, el Uruguay junto con Río de Janeiro, San Paulo y Buenos Aires integran el área de civilización europea latina. Por el río llegaron los españoles y los portugueses, incorporando nuestro país a aquella cultura; y los

ingleses trayendo la libertad de comercio, la primera imprenta y las ideas liberales, que fueron el fermento a cuya espera estaban los anhelos de independencia para desarrollarse y triunfar. Por el río le llegaron las ideas de la Revolución Francesa; y durante toda la Guerra Grande políticos, escritores y poetas exilados, marinos y comerciantes franceses. Más tarde, emigrantes españoles e italianos, colonizadores ingleses y suizos. Y toda la influencia europea, tan fuerte durante el final del siglo XIX y comienzos del actual. Por otra parte —no lo olvidemos— la importancia militar de nuestro río en el Atlántico Sur fue factor de valor en el acuerdo de 1828 que determinó la libertad política de nuestro país. Y ya diremos también, en otro momento, cómo este horizonte ilimitado que tenemos siempre delante contribuye a nuestra necesidad permanente de libertad.

Pero, no es a esa *función física* de conducción de barcos, a la que nos referimos cuando hablamos de la vida nutricia de nuestro río. Es esa una función de transporte, como la podrían hacer los caminos de hierro, y no constituye la simbiosis vascular que cumplen tan acabadamente el río Uruguay y el río Negro. El día que todo el comercio y los pasajeros fueran y vinieran por los aeródromos, podríamos pasarnos sin esa función conductora de nuestro río. A lo que aludimos es a la escasa *importancia biológica y social* que tiene en nuestro país la relación río de la Plata y tierra, y también —ya lo veremos— la relación tierra-río.

Quien, mirando el mapa de la República, viera nuestro extenso litoral marítimo, pensaría que somos un país de marineros y de pescadores, y menudo engaño se llevaría. Porque, no obstante tener nuestro territorio en más de sus dos terceras partes por límites ríos y el mar, no tenemos los caracteres de un país de ri-

bera. Vigo, Bilbao, San Sebastián, con sus ríos, bahías y ensenadas tienen una población eminentemente marina, cuyas faenas, diversiones y deportes se desarrollan en las aguas que bañan sus costas. Otro tanto pasa con las poblaciones sobre el Mediterráneo, desde Alicante y Barcelona hasta toda la costa de Francia e Italia, llegando hasta Nápoles y Sicilia. Se siente en las calles que se está en una población marina. Embarcaciones y redes, trajes de marineros, freidurías, avíos para la pesca y para el mar: todo está orientado hacia la costa que es puerto, puerta, balcón, trabajo y juego, todo a un tiempo. Otro es, en cambio, el carácter de nuestras poblaciones al borde del mar. Montevideo, desde su fundación, pese a su situación marítima, vivió de espaldas al mar, y recién ahora parece descubrir que la costa es bella. En Maldonado no se encuentra más referencia al mar que la ballena de su escudo. Colonia no tiene vida marinera. Se puede estar en esas ciudades sin advertir que son puertos. No existen, en ellas, familias de marinos y aquellos que lo eran en la primera generación, por ser emigrantes, lo han dejado de ser en la generación siguiente.

Sin duda, Montevideo tenía ese carácter marino hace un siglo, cuando era el puerto comercial y también militar más importante del Atlántico Sur y asiento permanente de importantes flotas inglesas y francesas. Pivel Devoto ha escrito páginas muy ilustrativas sobre la vida comercial de nuestra ciudad en aquella época, que fue de prosperidad. Quizás todavía, hace cincuenta años, Montevideo mantuviera ese carácter cuando había armadores, diques y astilleros en nuestra bahía. Pero, actualmente ese carácter se ha desvanecido.

La vida ganadera, que todavía representa casi enteramente la actividad del país y hace innecesarias, por el momento, las industrias del mar, por una parte, y, por otra, un mar huraño, indómito, no amigo de la costa a la que agrede de continuo con sus oleajes, sus

vientos y sus nieblas, son las causas principales del divorcio en que han vivido nuestro territorio y el mar que lo baña por el sur. Pero, hasta ahora, hemos escuchado a una sola de las partes. Oigamos también los cargos que el mar le hace a nuestra tierra.

El uruguayo no siente al mar. Respondiendo a la hostilidad del mar, que tan a menudo lo abruma con sus vientos y sus nieblas, lo asusta con súbitas sudoradas o le hace víctima de un mal tiempo que puede durar hasta una semana, el uruguayo no siente atracción por el mar. Distingamos bien: decimos el mar y no la costa, puesto que son numerosos los nativos —ahora como hace 400 años— que durante el verano bajan de sus paraderos habituales para refrescarse a la orilla del agua. Pero, no vuelven a ella hasta el verano siguiente.

Nuestras ciudades costeras le dan la espalda al mar. Montevideo, recién ahora, con su rambla costanera, ha descubierto al mar. Punta del Este —repárese bien que hemos dicho Punta del Este, ciudad balnearia frente al mar oceánico— fue delineada en damero, con manzanas cuadradas, como la ciudad vieja de Montevideo que debía cumplir sus funciones de fortín y requería visibilidad en sus accesos.

Todas las ciudades balnearias y pueblos costeros del Mediterráneo, tienen una rambla o avenida principal que bordea la costa y sigue las curvas de las calas y ensenadas de tan agradables panoramas. En nuestro primer balneario, Punta del Este, construido a igual que San Carlos, Rocha y todas las ciudades interiores, uno se entera de la existencia del mar por algún yachtman que pasa con gorra de almirante. La avenida principal, trazada en el eje de la península, discurre entre bares,

bólicas y comercios, y sólo por las bocacalles se divisa el azul maravilloso del agua de la bahía.

Nuestro pueblo debe su origen y su progreso al impulso de proas; no obstante, no existe en él conciencia marítima. Los problemas de la marina nacional son asuntos a los que se le concede muy escasa importancia por parte del pueblo, gobierno y legisladores. A menudo jefes y oficiales navales expresan con acrimonia el olvido en que se les mantiene. ¿Y la marina mercante? Su decadencia es impresionante porque puede expresarse en cifras.

No nos remontaremos hasta la mitad del siglo XVIII, cuando la Capitanía de Maldonado, en su máxima prosperidad, era asiento de la Compañía Marítima creada por la Corte Española para la explotación de la pesca en los mares de su dominio. Hasta las postrimerías del siglo pasado, surcaba las aguas del Plata una prestigiosa flota mercante uruguaya: los pailebots "Rosarina", "No hay otro" y "Benjamín"; las balandras "Esperanza", "Fernandina", "Pastora" y "Carolina"; las goletas "Agustina", "Teresa", "Argentina" y "Carmen"; el patacho "Hércules" y las célebres flotillas de salvataje procedentes de los astilleros situados en la bahía de Montevideo. En el primer trimestre de 1830 llegan al Puerto de Maldonado 49 barcos. ¡De julio a diciembre de 1931 sólo entra un barco por mes! Actualmente, no tiene nuestro país barcos de cabotaje, y La Paloma, Maldonado, Montevideo y Colonia carecen de tránsito marítimo. Diques y varaderos languidecen en la ociosidad. Y por una política portuaria tan llena de gabelas, impuestos y lentitud como en la época de Felipe II, los barcos que requieren reparación y las flotillas de balleneros son alejados para el puerto de Buenos Aires. Leed la obra de un marino, "Once meses en el Este", de la que tomo algunos de los precedentes datos, y percibiréis cómo su autor, Homero Martínez Montero, debe

recurrir a todo su espíritu de disciplina para atemperar la protesta que le desborda frente a la indiferencia que sus compatriotas tienen para las cosas del mar.

¿Y los artistas, escritores y poetas? También ellos tienen la misma insensibilidad para el mar, y sus ojos están puestos en la ciudad, o en los valles y cerros de la campaña como un signo más de nuestro origen de tierra adentro. Con ser copiosa la literatura nacional, no he encontrado más que tres obras de relatos referentes al mar: "Barlovento", de Salvagno Campos; "Banco Inglés", de Isidoro Sagues y "Lobos", de Bardier Indart.

No señalo esta indiferencia como un reproche; sólo indico un carácter, como si dijera que mis compatriotas son altos y fuertes. Tampoco expreso el deseo de que se pongan, por voluntaria decisión, a escribir sobre el mar, puesto que sé que en los asuntos de arte, como en el amor la voluntad no debe intervenir.

Tierra indiferente, por un lado, y mar colérico, por el otro: tal es el matrimonio donde nos ha tocado nacer a los uruguayos, y en medio de cuyas repetidas reyertas nos hemos criado. El divorcio de hecho de nuestros progenitores explica muchas de nuestras extravagancias de carácter.

II

L A S C I U D A D E S

ROCHA, UNA MUCHACHA SENCILLA

Una muchacha sencilla, con un vestido de percal y una cinta de color en el cabello, así vi a la ciudad de Rocha estas mañanas de marzo, cuando me puse a caminar por sus calles tranquilas.

Sólo en torno a la plaza central hay casas de altos; las restantes son de un solo piso. Nada notable tienen en sus fachadas. En vano se buscaría la puerta de madera labrada, el balcón de mármol blanco o los frisos de azulejos. Tampoco encontrará el historiador la casa colonial, el edificio de la época de los portugueses o la reliquia de la independencia. Rocha fue fundada por personas naturales y sin énfasis, cuya característica fue, justamente, la sencillez.

Sus primeros pobladores fueron faeneros que se establecieron en este sitio, centro de una zona destinada durante la época colonial a la cría de ganado. Llegaron, luego, familias asturianas y gallegas venidas de San Carlos, gentes de trabajo y de humildes hábitos que contribuyeron a darle a la población este tono limpio y claro que ha mantenido hasta hoy enteramente.

Dijimos que la casi totalidad de las casas son de un solo piso. Sus frentes pintados de rosado, limón y violado, como el color de los vestidos de percal de las muchachas sencillas. Balcones de hierro sin dibujos, algunas rejas, muchas azoteas de pretilos. Los frentes

continúan en tapias y por ellas asoman madreselvas, enredaderas de campanillas azules, jazmines del país y se ven laureles, bananos y algún palo borracho en estemes con sus delicadas flores rosadas.

Y ¿cuál es la cinta de color? Pues, los patios de las casas. Casi todas las casas tienen patios con árboles y plantas: palmeras, enredaderas, jazmines, helechos, muchos helechos. Un zaguán español de grandes baldosas blancas y negras en diagonal, una puerta cancel con aquel arco de vidrios de colores —azules y morados— en su parte superior y, luego, ese patio —tan español— siempre con flores: las hortensias suceden a las rosas, los jazmines a las hortensias y a los jazmines, los malvones, los fieles y tesoneros malvones, sufridos y consecuentes y, por ello, bien criollos.

Yo sé que la ciudad tiene edificios importantes y los vi: el Banco de la República, el Concejo Departamental, el club social y un cine y un bar modernos; pero, son iguales a los mismos edificios impersonales de todas las otras capitales de la República y, por eso, no me llamaron la atención. En cambio, todavía tengo en las pupilas los frentes con colores de acuarelas y las tapias, y recuerdo el perfume de jazmines de las calles laterales más humildes.

Todas las ciudades tienen perfume. Montevideo, en sus calles principales huele a combustible de los automóviles; en las calles que suben del mar, a peces y sardinas; y, en los alrededores, a asados a la parrilla. Buenos Aires tiene olor del aire cálido que sube del subterráneo y el perfume dulce de las confiterías de lujo. Rocha tiene la fragancia de los jazmines del país.

Porque esa muchacha sencilla y clara, que yo digo, no usa perfumes franceses. Lava su rostro con agua del tiempo. Y, a veces, simplemente huele a jabón. Limpio es su vestido, limpios su mirada y sus cabellos y muy limpio su lenguaje. Oídla. Escucharéis que dice: “di”,

“ve”, “pon”, y no le oiréis jamás las deformaciones verbales que ensucian a los labios platenses.

Cuando se baja de un ómnibus o del auto en que se ha venido directamente de la capital quizás se encuentre cierta lentitud en el paso y en la actividad de los hombres, y podrá pensarse que ello es ya un anticipo de la molición fronteriza, tan cercana. Pero ya hemos dicho que esta ciudad es un centro ganadero. Y, ¿a qué apurarse? El ganado necesita tiempo para engordar, y no hay que apresurar a las ovejas que muerden la aprendida gramilla de las serranías. De ahí, esa lentitud de troperos, ese paso de pastores, con que camina aquel hombre que cruza la plaza, aquel que viene del juzgado y este otro que va para la oficina. No es ésta una crítica, pues ojalá pudiera caminar con ese ritmo el montevideano tomado siempre por un apuro sin objeto.

Quien llega de Montevideo o de Punta del Este puede preguntar: —“Pero ¿qué tiene Rocha?” Y, después de dar unas vueltas en el auto, puede repetir: —“No sé qué le ven”. No le digáis nada. Hay cosas que no se pueden hacer ver ni es posible tampoco poner en las guías. Un perfume de madreselvas, un llanto de aljabas, un vaho azul que se mueve lento en las quebradas, o un picaflor travieso que va tocando los timbres de todas las plantas. ¡Y el olor a cuero de las talarías! Hacía más de cuarenta años que no lo sentía. Lo había olvidado por completo. Desde que desaparecieron de Montevideo, muertas por los talleres de automóviles y por las gomerías, aquellas lomillerías y talarías con cinchas, brazales y frenos colgando del techo, y monturas, recados, cojinitos de colores, altas botas lustrosas en los estantes, y todo ello con un olor fresco y ácido de cuero recién cortado. ¡Cómo vinieron en tropel, evocados por el olor a cuero, mundos de recuerdos que yo creía desaparecidos! Son cosas éstas que no se pueden poner en las guías.

Y, ¿cómo se va a poner en el plano de una ciudad la sencillez y la gracia de las criollitas vestidas de percal? Y están ahí. Sencillas, voluntarias, sufridas, que-rendonas, que cuando quieren se prenden como un abrojo, para siempre. De esta clase de criollitas salieron las mujeres de nuestros guerreros patrios, a quienes seguían en las carretas tras el ejército. Para alcanzarles un mate, vendarles las heridas, darles un hijo.

Así vi yo, caminando por sus calles, a esta ciudad matinal y fresca, clara y luminosa, y con mucho cielo, como las frentes despejadas de los rostros inteligentes y limpios.

SAN FERNANDO DE MALDONADO

Maldonado, 1955. Otoño y crepúsculo. Como una ostia que volviera al cáliz del sacerdote, el sol se está hundiendo en la Laguna del Sauce. Grandes nubes redondeadas toman primero color salmón, luego naranja, y finalmente rojo como el resplandor de un incendio, sobre los pinos de Punta Ballena. Del otro lado de la ciudad, nieblas que se levantan de los valles se preparan para componer a la tierra su tocado nocturno.

Caminamos por las calles de la ciudad fernandina, huyendo de los altavoces que están en la plaza principal y que llenan el aire —allí frente a la iglesia del siglo XVIII y del sitio que ocupaba la Casa Capitular— de músicas vulgares, reclames comerciales, voces engominadas de boleristas.

En la calle Dodera hay una tapia. Su pared centenaria es más bien una piel de tonos apagados, donde los años han dejado su huella como en el dorso de la mano de un viejo. Sobre la tapia asoman floripondios, cuyas grandes flores penden como lámparas. Jazmines del país cubren con sus pequeñas estrellas blancas el resto de la tapia. En la casa, en ese instante, alguien está tocando un piano de voz antigua. En el jardín se destaca el árbol más hermoso de la ciudad: una alta araucaria, enhiesta como las jarcias de un barco. Damos unos pasos atrás en la calle para admirar la tapia y el jardín, y debemos saltar porque pasa rozándonos a velocidad un ómnibus repleto de turistas y de maletas. Nos deja envueltos en una nube negra de olor asfixiante que mata al suave olor de jazmines que aspirábamos. También la música del piano ha muerto.

En una casa de la calle Ituzaingó hay una reja. Dibuja una rosa de hierro forjado entre flores de lis,

y revela la forja cuidada de un maestro de obra. Detrás de la reja, una vieja ventana está cerrada por unas maderas transversales clavadas. La casa, semiderruida, está vacía. Pero el sortilegio que fluye de la reja tiene tal encanto que quedamos detenidos en su contemplación. Y vemos abrirse los postigos y aparece una habitación de hace cien años con muebles decorados, cortinas, paredes con retratos en medallones ovalados. Por una ventana se advierte un patio español, lleno de plantas, y en él una joven mujer lee una carta llegada quizás de la capital, o, ¿por qué no?, de un barco inglés que cruza en estos momentos el océano. Como un espejo al caer, esta representación mental se rompe en mil fragmentos, pues está pasando un monstruoso alto-parlante que con voz estentórea da cita a todo el mundo para aplaudir esta noche al excepcional "show" internacional que debuta en una "boîte" de Punta del Este. Y cuando pasa el camión y volvemos a la ventana, ya ésta ha cerrado sus postigos, que aparecen tapiados por maderas transversales fuertemente clavadas.

San Fernando de Maldonado, la ciudad y plaza fuerte más importante del Este, fue durante dos siglos disputada por los conquistadores. Fundada en 1757, debió, en realidad, ser la capital y el puerto del país si Bruno Mauricio de Zabala hubiera cumplido con rigor las instrucciones recibidas de Felipe V. Tomada por los ingleses en 1806, fue pronto recuperada. En 1810 fue la primera ciudad del virreinato del Río de la Plata que adhirió a la revolución de Mayo, anticipándose en muchos meses a Montevideo.

Más tarde, durante la dominación portuguesa, el Barón de la Laguna quiso hacer de Maldonado la capital cisplatina. Durante la Guerra Grande, luego de la derrota de Rivera en India Muerta, Maldonado fue

ocupada por los argentinos, que dominaron en ella varios años. Los célebres naturalistas Augusto de Saint Hilaire y D'Orbigny estuvieron en esta ciudad y de ella hablaron en sus crónicas. En 1830, Darwin vivió en Maldonado durante dos meses y medio, y en las memorias de su viaje al Plata describe con minucia la naturaleza de esta región.

Dado su valor histórico y la riqueza de recuerdos de las diversas épocas, Maldonado pudo haber sido una ciudad artística a la manera de Brujas en Bélgica, San Gimignano en Italia, Avila en España. Pero desde hace unos años, en su proximidad, Punta del Este ha crecido en belleza, esplendor y prestigio. Hoteles que valen cifras millonarias, centenarios de chalets hermosos y bungalows agradables, casinos, countrys, clubs de golf, de tenis, de yacht, de pesca, prestigiosas fiestas internacionales y millares de pinos que han crecido "con luz de luna en sus copas". Y tan bello lugar de seducción, pleno del confort moderno, está unido a Montevideo por carreteras que no tienen necesidad de pasar por Maldonado. Y ésta, a la manera de esas partes del organismo que se atrofian porque quedan fuera de circulación, se está secando. Como una hoja de helecho puesta dentro de un libro.

Ahora, sobre el bosque de Maldonado se está levantando la luna. Después de una extensa claridad dorada, apareció la luna llena, redonda y resplandeciente como un caldero de bronce. Las copas de algunos árboles recortan su silueta en el círculo de oro, pero pronto éste se eleva, alejándose de los elementos humanos, para darles al cielo y a las nubes un aspecto telúrico, mineral, de mundo deshabitado.

Por la noche, Maldonado recupera su carácter colonial. Los comercios se cierran y se apagan los letreros

de tubo lux. La grito de la plaza enmudece. Los cines se apagan y cesa, ¡al fin!, el timbre agudo que, como un grillo permanente, molestaba los oídos. Las calles quedan en la penumbra. Y, entonces, como sombras embozadas, salen a transitar los recuerdos que la luz viva y los ruidos molestos ahuyentaban.

La Catedral destaca su silueta como un gran relicario sobre la ciudad, y en los azulejos de sus torres la luz de la luna se quiebra en plata líquida. La Torre del Vigía, donde en el correr de un siglo flamearon sucesivamente los pabellones español, inglés, artiguista, portugués, brasileño, argentino y nacional, está aún en pie, y su blanca torre es el periscopio a cuyo través los muertos ilustres de Maldonado están mirando la historia contemporánea. El molino de Fossemalle da fisonomía castellana a la llanura donde la luna extiende su sábana.

Caminando, la noche avanzada, por las solitarias calles fernandinas, salen a nuestro encuentro testigos todavía en pie de las épocas sucesivas de su rica historia. Ruinas de una casa primitiva en la calle Ituzaingó, hablan de la época del Señor Regidor Real. El gran portal del Cuartel de Dragones conserva la marcial apostura de aquel Capitán José Artigas, allí destacado en 1798. En la plaza del Recreo, el Marco del Rey recuerda las disputas entre Joane V "Lusitanorum Rege Fidelissimo" y Ferdinando VI "Hispano Rege Catholico". Y amplias casonas que encontramos al paso evocan un tiempo de trajes de miriñaque, abanicos pintados, relojes de pesas, perfumados arcones. Pero la luna es plena y su luz indiscreta también nos muestra las heridas por las que Maldonado se desangra.

En la calle 18 de Julio había una casona de la que sobrevive una puerta de madera con dragones y emblemas tallados, y medio frente de la época colonial. La otra mitad del frente ha desaparecido y en su lugar hay una apretada casa económica, obra de un cons-

tructor moderno que trabaja a precios muy convenientes y ha hecho ya varias docenas de casas del mismo molde. Prestidigitador de mecanismo invertido, sacude su mantel sobre un jarrón con flores y lo transforma en una caja de zapatos.

Un alto cedro impone su majestad vegetal sobre toda una manzana de casas bajas. Atraídos por su gallardo donaire, nos vamos aproximando a él y cuando estamos cerca vemos que la quinta a que pertenecía es ahora un taller mecánico y gomería. Autos desarticulados, motores desarmados, llantas oxidadas, ponen la impronta de esta época a explosión junto al tronco añoso del noble árbol señorial. ¿Se puede, acaso, sobrevivir a estas heridas?

Y luego, la más reciente y grande humillación.

Hace un siglo y medio, los invasores ingleses llegaron en sus barcos frente a Maldonado. Desembarcaron frente a la Laguna del Diario, y a través de los médanos, se dirigieron a tomar la ciudad. Eran 1500 marinos imperiales. Los españoles y los patriotas salieron a su encuentro. Encarnizados combates tuvieron lugar en la costa y de ellos dan fe las medallas inglesas encontradas junto a huesos humanos en el primitivo cementerio de la iglesia. Finalmente, Maldonado fue vencida pero no deshonrada, y entraron en ella los marinos de la armada real inglesa.

Ciento cincuenta años después, en febrero de 1955, ancla en la bahía de Maldonado otro barco de guerra inglés, el "Berghead Bay". El vigía de la Torre debe haber bajado corriendo a dar la alarma. En sus sepulcros, los antiguos cabildantes deben haberse movido, prestos para la defensa de la ciudad. Las campanas de la catedral habrán sonado como lo hacían cuando un barco enemigo aparecía tras la Isla de Lobos. Las lu-

terías habrán apuntado al tenaz enemigo. Y hasta nos pareció escuchar el clarín metálico que convocaba a las mesnadas del rey para defender otra vez el pabellón de Fernando e Isabel.

Cuatro días estuvo el "Berghead Bay" anclado junto a la Isla Gorriti. Por la noche se encendían las luces de sus mástiles que decoraban la bahía, pues semejaban las luces de la carpa de un gran circo. Los marinos bajaron a tierra y participaron en las fiestas del Carnaval. Se les vio en los bares. Algunos, en caballos de alquiler, recorriendo Punta del Este. Otros, bailando en "La Higuera", en la Avenida Gorlero. Los más, poniendo la nota blanca de sus uniformes en las ruletas, los dancings, los restaurantes. A los cuatro días se fueron. Ni uno solo llegó a Maldonado, donde sin embargo, en 1806, tanto interés puso Popham en llegar. Las campanas, los huesos y las baterías no se explicaron el cambio y volvieron a su reposo secular.

Los blancos floripondios que penden sobre las tapias son las lágrimas de nostalgia que lloran los viejos jardines.

RAPSODIA DE PUNTA DEL ESTE

La península es una punta de piedra rodeada por la faja blanca de las rompientes. El puerto con cien yachts parece la blanca escuadra del príncipe de Mónaco o el escenario de una opereta naval. Sobre unas piedras que emergen del mar, una loba ofrece su cuello húmedo a las caricias del sol. Allá lejos, del lado del océano, pasan los grandes transatlánticos revisando el cable del horizonte. La bahía tiene el aspecto y la calma de un lago, cerrado por Punta Ballena y la Isla Gorriti. El agua es azul tinta, y estamos tentados de llenar en ella la estilográfica para escribir sólo historias marinas. Merodean la costa buscadores de tesoros de lejanos naufragios y deben contentarse con recoger mejillones. Tendida sobre una roca, rodeada de espumas que le besan los pies, Leda aguarda su cisne. Pasan pequeños barcos con excursionistas cuya alegría se refleja en el mar. Porque la alegría de vivir está en el aire dorado y en la temperatura de esta península. Bajo su influjo la gente, en continuo movimiento, va de un lado a otro con el vivo paso de las primeras películas, queriendo disfrutar con todos sus poros del gozo que aquí encuentran, y rápidamente como si pudiera desaparecer.

Me lanzo del sueño como de un barco que tocara tierra después de larga travesía. Y los lebrés sedientos de mis sentidos se tienden con avidez por las calles de la península.

En ese instante, un gigantesco as de oro está asomado en el mar junto a la Isla de Lobos. Esta hora temprana es propicia para percibir aromas que luego

desaparecen. Desde las calas que el agua bate sube un olor a mariscos. Las playas tienen perfume a yodo y a algas. Las madre selvas nos envían al paso la serpentina invisible de una fragancia muy fina. A cincuenta metros de una panadería, nos envuelve un caliente olor a horno con sabor de cortezas doradas. Y cuando pasamos próximo a una provisión, donde detrás de alambrados —como en un zoológico— están las frutas, nos llega un clamor de aromas vegetales: el perfume dulce de los melones, la fragancia aterciopelada de los duraznos, el olor fresco de las sandías.

Los jardines miran a la calle con las pupilas lilas de sus hortensias. Santarritas, jazmines y laureles decoran casas de tejas rotas y chalets de todos los estilos costeros. Casonas vascas, gallegas y catalanas. Chalets bretones y normandos. Balcones españoles, persianas portuguesas, modernos frentes de cristal. Ricas casas de piedra y viviendas de madera de los primitivos pobladores. Nostálgicos nombres alusivos: Bidasoa, El Ferrol, Simbad, Costa Brava, Gibraltar; y otros funcionales: El Remanso, Mi Querencia, Sans Souci, el Octante, Vigía.

Es la hora en que regresan del océano las barcas pescadoras. Traen sobre el puente la ofrenda del mar: centenares de corvinas amarillo oro con reflejos lilas, bagres cianóticos, algún tiburón. A su encuentro, salen de su playita de acuatizaje escaleras de gaviotas. Y cuando Lobato o Covadonga dan la vuelta de la escollera y entran al puerto, lo hacen, como el santo de Asís, bajo un palio de aves que le forman un palpitante cortejo. En el muelle de madera, los pescadores aficionados, en las manos las cañas como los fumadores de nariguile, también como éstos, sueñan y se refieren pescas fabulosas. Siempre en el tiempo pretérito pluscuamperfecto.

A la hora del mediodía, Playa Brava es un acuario verde jade con incrustaciones de bellísimas sire-

nas que nadan perfecto "crawl". Un agua transparente y densa como cristal suspende en sus ondas a náyades y tritones, quienes, al compás de una música que no se oye, suben y bajan y giran en las ruedas del mar. Saltan también los peces de plata que llegan en la espuma de la onda. Desde la Isla de Lobos, un jefe de estación con imaginación da salida, entre las olas regulares, a otras sorpresivas, fuera de horario, que levantan los gritos de los bañistas y los arrastran hasta la orilla envueltos en sábanas de puntillas. Al mismo tiempo, la arena es una gran pizarra donde Pitágoras desarrolla simultáneos problemas de curvas.

Por encima de las sombrillas, llega de la carretera una voz imperiosa que nos conmina a divertirnos esta noche, a bailar con cuatro orquestas, a ver el "show" internacional. Y una avioneta arroja sobre la playa hojas de avisos que caen en el mar. Los peces se enteran así que ha llegado mis Bettie Brown, vedete internacional, ¡por primera vez en Sud América!

En la tarde, sube por las calles una brisa sonora musicalizada que quiere forzarnos, al son de boleros, a comprar solares, alquilar chalets, y concurrir a remates ventajosísimos. Desde el patio de un voluminoso edificio en construcción, la pupila insomne de una piscina observa el movimiento de los obreros en los alveolos de la colmena. Una plaza, claveteada por un grueso tanque y cuatrocientas gruesas palmeras, todas iguales, no deja sitio para ninguna imagen. Salvan el paisaje aquellos techos rojos y, sobre ellos, aquí y allá, airosas araucarias. Sus altas siluetas erguidas son los mástiles de veleros que amenazan con el cordaje de sus ramas a Moreau o a Drake, si, resurrectos, aparecen de nuevo detrás de Gorriti.

En el atardecer, sobre el mar, en un amplísimo

escenario giratorio, se representan crepúsculos. Se inician con muy finas tonalidades de pastel: rosadas, lilas, naranjas. Luego, nubes de espumas llegan en escuadrones, y con ellas, rápido y seguro, un escenógrafo wagneriano compone ejércitos de dragones batiéndose contra castillos almenados, en una dramática lucha que se pierde fuera del escenario, del otro lado del mar. Terminado el espectáculo, gaviotas toman con el pico un telón de seda negra, y lo extienden en el cielo.

Por la noche, los casinos refulgen como brillantes. En sus "boîtes", atronan los reyes del ritmo, parpadean las estrellas platinadas, gime un saxofonista negro y se dislocan los frenéticos del Rock and roll. Mis ojos, que también debieron estar girando, están fijos ahora en la esferita de la ruleta donde tengo puesta mi fortuna. "¡No va más!". Expectativa, calma afectada. "¡Cero!" Es en vano. Debo irme. Afuera, el cielo me ofrece mil monedas de oro, inalcanzables. Al doblar una esquina, un remolino trae a mis pies un tumulto de papeles. ¡Baile y diviértase! ¡Con cuatro orquestas! ¡Miss Brown por primera vez en Sud América! ¡Sensacional!

Al hombro el bolsón lleno de imágenes, cansados mis lebreles, regreso al velero de mis sueños.

AMANECER ENTRE LOS PINOS DE PUNTA DEL ESTE

Los pájaros han estado aguardando que el gran director golpeará con su batuta de oro en el atril del horizonte para iniciar el concierto, del cual hasta ahora sólo percibíamos los afinamientos preliminares. Los chingolos y las ratoneras dieron las notas iniciales. Los dorados y los jilgueros compiten en contrapuntos de variaciones suaves. El hornero golpea en las maderas a su cargo. Las torcazas repiten sus vocalizaciones sobre la cuerda U. Y el canto fino de un sabiá es la cinta musical con que los pinos se despiertan unos a otros y se dan los buenos días.

Porque los árboles, iluminados primero en sus copas y ahora en sus troncos, se están desperezando largamente. Los pinos se quitan los dominós negros que vistieron durante la noche, y se ciñen trajes gris perla, algunos con el rubí de un churrinche en la corbata. Los pequeños gnomos que ocuparon el bosque en la oscuridad, conversando entre ellos con voz de grillos, han corrido todos a refugiarse en los troncos secos donde permanecerán durante el día.

Sobre las copas de los árboles, un cielo añil y nubes de espuma le están formando en este instante al bosque una bóveda de cristal. El aire tiene tal densidad de luz y de color que es una gran campana donde quedan resonando los sonidos más distantes.

Las flores en la oscuridad habían estado jugando a las adivinanzas y ahora declaran su color: "Amarillo", dice la retama; "Lila", las hortensias; "Solferino", exclama el taco de reina; "Rosa", "Blanco", "Rojo", los laureles; y se oyen las voces de color de los gladiolos,

del jazmín del Paraguay y de las santarritas. Sólo las margaritas no dicen nada, detenidas en la dubitación permanente en que las dejó el poeta.

En los jardines del Country, la luz, en este instante húmeda y fresca como un pincel, se ha puesto a imitar las acuarelas de Dufy. Sobre un fondo verde claro, pone rápidamente manchas de color y en ellas, luego, dibuja figuras: bajo un resplandor turquesa diseña una piscina, canchas de tenis sobre los ocre, un frontón en un blanco luminoso, sombrillas como amapolas entre el follaje, canteros de hortensias bajo los pinos, y, todo ello, en un aire celeste y aligero como de esmalte.

Cuando el sol está más fuerte, se abren las flores, y entonces las rosas, los aromos y las madreselvas son los incensarios de esta misa que se está oficiando. La torre de la iglesia de Maldonado, por su parte, suelta sus bandadas de campanadas que llegan volando sobre el bosque como palomas graves.

Las modulaciones de las torcazas, los violines de los jilgueros, el variado fondo, como de vidrio musical, que le hacen los gorjeos de los mistos y de los dorados, el perfume dulce de las madreselvas y el hechizo del día que comienza nos llevan a un estado, a un tiempo, de frenesí sensorial y arrobamiento del espíritu. Sentimos el cerebro como un movable caleidoscopio de sonidos, fragancias y colores. Los ojos más vivos y claros, parecen nuevos. Mas, no son sólo los ojos: son los sentidos todos que, como mensajeros que se hubieran multiplicado y acelerado, nos llegan con sensaciones más brillantes y numerosas. Y el espíritu entonces —como pasa también durante ciertas sinfonías— es tomado por el ritmo, la música y el clima entero de la naturaleza en ese instante.

Se siente una serena beatitud como siempre que se llega a un reposado acorde con un ritmo de la naturaleza — el campo, el mar, un río, el bosque. Es como si la pequeña cajita de música que llevamos dentro — formada con las cuerdas de nuestros nervios y que dedos invisibles pulsán por los sentidos— lograra ponerse a diapason con la naturaleza. Aumenta entonces el ámbito de las percepciones, y son más profundas y armónicas sus resonancias en el espíritu. Participamos, así, con cuerpo y alma, en este amanecer o en la gloria de un día luminoso como lo hace el árbol que mueve sus hojas, la colina que viste sus verdes, las gaviotas gozosas en lo alto, el pez que salta en la espuma de la ola. Y podemos evadirnos de ese otro ritmo, contradictorio y absurdo, que es el trajinar de los hombres y de sus máquinas en sus afanes y fatigas, siempre en dificultades y disputas.

Mas, esa acuidad de los sentidos que acrece su gozo, los vuelve más sensibles también para lo desagradable; y tan venturoso estado de espíritu tiene una duración limitada. Muere de varias muertes, a menudo simultáneas. Un auto que pasa y os envuelve en su ruidosa nube de nafta. Una motocicleta que os acribilla con sus estampidos. El noticiario de la hora 7 que, desde la radio de un chalet, os adelanta noticias de un mundo del que habíais logrado desvincularos.

Por eso —no sé si lo dije— quien quiera participar como lo hacen los árboles, las flores y los pájaros, en el concierto de que hablamos, debe estar pronto a la hora del amanecer en espera del instante en que el gran director golpee con su batuta en el atril del cielo.

DIVIÉRTASE CON CUATRO ORQUESTAS

Todo baile es una aventura, y quizás radique en esta intervención de lo inesperado su principal encanto.

En el gran baile de Carnaval de Punta del Este me había ubicado en una mesa junto a la pista, y hacía muy largo rato que estaba tratando de encontrar el ritmo que debería existir, sin duda alguna, entre los saltos y gritos que daban los bailarines y los ruidos, que con maderas y metales hacían los de la orquesta.

El baile estaba muy animado. Muchos bailarines. No diré justamente como el poeta que hizo la crónica del baile de la marquesa Eulalia, que el hada Armonía ritmaba sus vuelos. Porque, precisamente, Armonía no había llegado todavía. Cada bailarín — ¡y en qué forma! — se movía por su cuenta. Las parejas no se enlazaban para girar juntas, al compás de un aire suave de pausados giros — siempre según el cronista finisecular. Cada uno bailaba (¿bailaba?) por su cuenta y riesgo, con los movimientos más personales, sin ocuparse ni mucho ni poco de que participara en ellos su acompañante. Porque a veces se daban la espalda, y era lo mismo: seguían agitando sus cuerpos con movimientos de arriba a abajo y de un lado al otro.

Me disponía a levantarme para moverme un poco yo también, cuando vi que se acercaba, vestido de traje oscuro, mi amigo y admirador, don Ruperto Bermúdez. Con su voz grave de jefe de oficina me inquirió: —“¿Cómo está usted aquí a estas horas?”

Lo decía con el mismo entusiasmo como si dijera: —“¿Cómo no está usted acostado todavía?”

Se sentó junto a mí (de cuello y corbata, ¡qué vergüenza!). Sacudiendo la cabeza y señalando la pista, comenzó: —“¿Qué me dice?” y agregó, tomándome del

brazo: —“Usted que escribe, debería ocuparse de esto. Yo no sé en que va a terminar. ¿Dónde vamos a parar? Escriba, escriba sobre esto.”

Don Ruperto es de los dos o tres admiradores que tengo entre mis tres millones de compatriotas. Cuando lo encuentro en las calles de Montevideo, se me acerca con la palma abierta y su palabra ceremoniosa: —“He celebrado la reciente elucubración de su bien cortada pluma.” Yo bajo los ojos avergonzado, pero, en el fondo, muy halagado.

Ahora, estaba junto a mí, en pleno baile, y sus palabras de admonición eran el “Manen, Teses, Phares” en el festín de Baltasar:

—“Usted que ya tiene más de medio siglo, recordará los bailes de antaño. ¡Qué bailes aquéllos! Bailes cerebrales, la cabeza intervenía en ellos. Para recordar los pasos y las diversas figuras de los lanceros había que pensar. En el pericón, ¿recuerda? debía emplearse a fondo el ingenio de cada bailarín. Para cortejar a su compañera y responder con donosura al versito intencionado. En todos los bailes se destacaba la distinción, y lucían sus galas así la gracia como la elegancia. ¡El vals! ¡Oh los vals de antaño! Compare con eso. (Y señaló despectivo la pista que, en esos momentos, era una masa informe y caótica que saltaba y gritaba frenéticamente). Y luego —prosiguió don Ruperto— vino el tango, el tan injustamente vilipendiado tango. Con sus variadas y difíciles figuras. La “corridita” que precisaba diez metros lineales para realizarla. Y la “quebradita” y la “sentadita”. Y el “ocho” y el “cuatro”. Y las combinaciones de figuras —el “doble ocho” y el “taconeo”— que quedaban siempre tan bonitas. Y sobre todo, la media luna. ¡Oh, la media luna! ¡Ahora quiera usted hacerlas y le destrozarán todas las medias lunas!”

Parecía una nueva queja de los panaderos. En esos momentos, de aquella masa demoníaca que se agitaba, se desprendió una joven muy animada. Se paró

sobre una mesa. Y siempre moviendo el cuerpo, abrió bien los brazos y dirigiendo sus ojos al cielo raso, gritó con todas sus fuerzas, como haciendo una revelación extraordinaria: —“Cachaza no es agua, no!” Todos los bailarines recogieron la buena nueva y la repitieron, gritándola a coro durante más de media hora. Pronto, la noticia se corrió y en las otras dos pistas del Country repitieron también, y siempre a gritos, que Cachaza no era agua, no! A juzgar por el entusiasmo que provocó la noticia y el fervor de los rostros al anunciarla (cerraban los ojos como en el arrobamiento del éxtasis) debía tratarse sin duda, del “Sésamo ábrete” de un nuevo rito heterodoxo, para mí todavía desconocido.

Don Ruperto se sirvió un segundo whisky y siempre con el mismo entusiasmo, y cada vez más cerca de mi oído a causa de la batahola creciente, continuó:

—Mi hija María de los Angeles tiene veinte años. La otra mañana, cuando le vi cómo le habían quedado los pies y tobillos después de un baile, quedé espantado: —Nena le dije— ¿has estado en un baile o en un reñido partido de fútbol?— Ella, sin darle importancia, me contestó: —No, papi: fui a un asalto. Así me explico. Y agregó grave y sentencioso:

—“Ya no se baila con la cabeza. Ni siquiera se baila con las piernas ni con los pies. Veá, veá: se baila solamente con el hueso de la cadera. ¡Mire qué movimientos! ¡Qué escándalo! No sé cómo no se dislocan. Usted que es de la guardia vieja (dále con la edad), dígame: ¿es eso un baile?”.

Mientras hacía una pausa para escuchar mi acuerdo (“Sí, don Ruperto”. “Estoy con usted, don Ruperto”. “Voy a escribir, sí, don Ruperto”) se sirvió un tercer whisky y yo era quien le había invitado.

Me levanté y le dije que me iba a acostar, convencido de su prédica.

Tomé para las pistas al aire libre. Necesitaba un desahogo. Encontré una amistad. Y ¡qué embromar!: le

di juego, yo también, a mi esqueleto. ¡Y en qué forma! Hoy día para saber bailar no es necesario ir a la Academia López o Ballestrino; alcanza con agitar de cualquier modo el cuerpo y cuanto más raro es más gracioso. Creo que no me desempeñaba del todo mal.

Y ahí surgió el elemento inesperado que existe en todo baile. En una de éstas, cuando giré moviendo bien la cintura, me encontré con la mirada de don Ruperto puesta en mi cuerpo. Primero fue de sorpresa. Luego, de severa condenación. La misma condenación que había en los ojos de los evangelistas ante los escándalos de los romanos de la decadencia. Y, para peor, yo en ese momento estaba gritando que Cachaza no era agua, no!

Tengo la sensación de que he perdido un admirador. Pero, también ¡qué embocada!

UN FAKIR EN PUNTA DEL ESTE

Cuando, hace dos años, el Dios Verde vino a Punta del Este a predicar su credo, nadie reparó en él, y tuvo que irse —no ya corrido— sino —lo que es peor— ignorado. Había llegado remontando el arroyo Maldonado, como el Bautista lo hizo con el Jordán. Predicó que las mujeres, dejando los pantalones, volvieran a ponerse sus polleras, y que los hombres alargaran sus pantalones cortos. Resultado: tuvo que volver a Montevideo en un vagón de segunda clase, como cualquier jugador de ruleta.

Ahora, ha llegado a Punta del Este un fakir de nombre El León de Damasco, dispuesto a demostrar que el hombre puede estar treinta días sin comer. Y, a tal efecto, se ha puesto dentro de una urna de vidrio, y pide que lo controlen.

En principio, no podemos dejar de estar de acuerdo con el León de Damasco. Una experiencia de ayuno nos será siempre beneficiosa a los uruguayos. En nuestro país, las gentes llevan ya puestas debajo de la piel las reservas de alimentos que en otros países se guardan en las alacenas y en las heladeras. Se viaja, se camina y se trabaja con ocho, diez y más kilos de provisiones almacenadas en el propio cuerpo. Como temibles "fondistas", cada compatriota corre con el peso máximo. Yo creo que si los uruguayos nos fatigamos pronto en todo trabajo y siempre andamos buscando dónde sentarnos, es por ese recargo de peso que nos ha asignado el "handicapper". Por lo cual, el ejemplo de un ayuno debe ser bien recibido, y en eso estamos de acuerdo con el fakir.

Mas, en la práctica lo que ha llevado al fracaso tan laudable idea del León de Damasco es el lugar elegido para ser demostrada: Punta del Este, nuestro primer centro de diversión. En todo tiempo, los hombres que

quisieron escapar de la tentación de los instintos se alejaron a los lugares más desiertos. Los eremitas llegaron a la Tebaida solitaria y, aún allí, debieron castigar con flagelantes silicios sus cuerpos flacos, lacerados por los tormentos de las tentaciones. El monasterio en lo alto del Himalaya, próximo al Everest, es otro ejemplo de la lejanía del mundo y de sus pompas que debe buscar todo aquél que quiera ponerse a cubierto de las atracciones. Y el León de Damasco se ha puesto a ayunar en plena avenida Gorlero, ¡en el mismo corazón de Punta del Este, como dice Braglia!

Justamente, frente al local elegido por el León para su ayuno, está la churrasquería popular "La Higuera". Una suave brisa oceánica, aromatizada por chorizos criollos, le llega hasta la urna; un perfume surtido de una variada parrillada vuela sutil hasta sus pituitarias, y sus células gustativas son excitadas por el aroma sabroso de una barbacoa a punto. Al mismo tiempo, pasan los autos con los alto parlantes de la Voz del Gigante que invitan a gustar los mejillones de "Marangatú", las ostras de "Marisconeá", el asado del "Ocean", el menú seleccionado de "Capri", "Stromboli" o el "Bistró", la pizza de "Catari", la muzzarella de "California", los churros de "El Tesoro", los cuatro platos con vino del restaurante "La Cacerola". Y frente a estos manjares, delicias para el gusto, el olfato y la vista, el fakir predica el ayuno.

Ved, pues, cómo una idea excelente fracasa por el error de ubicación del sitio para ponerla en práctica. Predicar el ayuno donde la carne tienta por doquier, es condenar la prédica de antemano al fracaso. Otra cosa sería si el fakir y su urna se hubieran instalado en un sitio donde faltara la carne, por ejemplo, en un barrio cualquiera de la capital, al lado de una sucursal del Frigorífico. ¡Pero, no aquí, donde se la ve —y de primera calidad— en todo sitio donde se dirijan los ojos!

El resultado es que a nadie le interesa lo del fakir. Este se queja, asimismo, de que los médicos no quieren controlarlo. "Deben estar, ellos también, soleándose en la Mansa o saltando en la Brava", ruge el León de Damasco. El escaso público que ha pasado no se ha dado por aludido frente a un platito con unos pesos y níqueles que están sobre la urna. "¿Con qué contribuir —pensarán desorientados— al ayuno de un hombre?". El fakir, aburrido, ha concluido por sentarse en la urna y, reclinado sobre un codo, se ha puesto a leer novelas policiales. De vez en cuando debe pensar que nadie se imagina los trabajos que tiene que pasar el que quiere vivir sin trabajar.

SANTA CONCEPCIÓN DE MINAS

Cuando en 1751, Miguel Antonio de Escurrechea, Coronel de Dragones, funda a orillas del arroyo San Francisco la villa de Santa Concepción de Minas, envía al gobernador de Buenos Aires un informe que es realmente un largo monólogo en el más típico estilo vascongado: "—Siendo éste el único y más apreciado sitio que en mi corta inteligencia se puede lavorear, y que por este medio se descubrirían muchos hasta aquí incógnitos, aunque muy contingentes todos"...; "mediante juntarse a la de los cerros lo fértil de sus tierras con abundancia de aguas, debiendo asegurar sea el más bello y ameno país de cuantos he visto en este reino, con lo cual se lograrían sin duda otros descubrimientos apreciables que aún se ignoran".

Grande fue la trascendencia de este informe no obstante la mengua que a la claridad de su texto hace su estilo helicoidal. Llegado a las Cortes de España, determinó la orientación hacia Minas de la emigración vasca. Las sierras y valles, verdes y húmedos, son análogos a los de las provincias Eúskaras. Y luego la abundancia en aguas, que destacaba Escurrechea, aseguraba prosperidad a la industria lechera. Y así fue que mientras la emigración italiana quedó en torno a la capital —Rincón del Cerro, Melilla, Carrasco— donde los peninsulares encontraron el espesor de capa vegetal que necesitan para sus canzonetas, los vascos se dirigieron a Minas y en tal número que hoy la guía telefónica de esa ciudad podría ser la de Pamplona. Desde Anchordoqui y Besaistegui, hasta Zabaleta y Urtiberte, pasando por Jaureguizar y Zusparrigui. Y no los incluyo a todos para no dejar a la lino-tipo sin etches, errías y teguís.

Se ve, pues, que el lácteo partido sacaron los vascos de

las permanentes vertientes cantarinas que bajan de los cerros. Se ve también, con esto, cómo los inmigrantes han tenido siempre más iniciativa y mayor imaginación que los nativos. A éstos, con los mismos elementos, sólo se les ocurrió embotellar agua mineral; y, recién ahora, cerveza y malta.

El hábito de caminar por altos y bajos le da al andar de los minuano cierto balanceo característico. Los fines de semana, cuando Montevideo se convierte en una localidad surtida de todas las ciudades del interior, es fácil distinguir entre los transeúntes a los que vienen de Minas; aun en la plenillanura cisplatina que se inicia en las aceras de 18 de Julio, van de derecha a izquierda —el paso irregular, las piernas abiertas— como cuando suben o bajan las serranías. Y son caminadores infatigables.

Su primer gran caminador fue el propio fundador, de Escurrechea. Leyendo sus crónicas, se puede rehacer su itinerario: socava el cerro Campanero, lava arenas del arroyo San Francisco, llega hasta Aiguá, excursiona el valle de Marmarajá, luego el Penitente y, de allí retorna al Arequita, para acampar finalmente en la margen derecha del arroyo San Francisco, y fundar allí la villa. Su excursión, como se ve, es la misma que actualmente —200 años después— hacen los turistas. De lo que resulta que de Escurrechea no sólo fue el fundador de Minas, sino también su primer turista.

Nos hemos preguntado muchas veces el por qué de esta trashumancia del minuano. Y la respuesta nos la da Dossetti: en Minas, es el paisaje que anda; el hombre le sigue. Cada loma es una invitación a ver más allá, tras ese cerro, aquella cerrillada, esa ladera. La propia sierra es la piedra de una marcha que sólo termina en el mar.

De allí que, como una de ellas, Morosoli, lo ha se-

ñalado, el minuano tiene más que cualquier otro habitante del interior, la vocación y el gusto del camino. Todos mis compañeros de estudios oriundos de Minas eran grandes caminadores. Y después de caminar mucho en su compañía, me doy cuenta ahora que lo que iban buscando y movía sus piernas era la esperanza de encontrar, al volcar una esquina, sus cerros, un molino, el arroyo, sus árboles, cuyas imágenes no podían desprender ya de sus pupilas.

Por lo que he oído decir, parece que los residentes minuano han encontrado remedio para su nostalgia. Grandes máquinas pulverizadoras, tractores y hornos están reduciendo a polvo a uno de los cerros próximos a su ciudad y luego, en camiones, es trasladado a Montevideo. Con varias bolsas del preciado polvo —equivalente al de los huesos de los Cruzados para la cristiandad del medioevo— puede cada residente minuano rehacer su cerro en el fondo de su casa y hasta en su apartamento. Y ya no fatigarán a sus amigos hablándoles de Minas.

La apretada gramilla de los valles y laderas serranas rivaliza con las pulcras "pelouses" de los parques ingleses, pero en tanto que en éstos se utilizan cortadoras mecánicas que sus dueños manejan los fines de semana, en Minas se usa otro procedimiento. Se emplean pequeños animales cuadrúpedos, que son al mismo tiempo transformadores del pasto en lana. En todas las laderas están trabajando permanentemente miles de estos transformadores que, de tiempo en tiempo, balan como ovejas. A veces como modelo de una marca que no ha tenido aceptación, aparece algún chivo que, inclinando la cabeza y moviendo su sapiente barba, nos mira filosófico desde lo alto de unas piedras.

Recorriendo estas laderas y, sin duda, contagiado por esa curiosidad caprina, nos hemos preguntado por

qué con una naturaleza cromática tan rica —sus sierras violetas, el aire celeste de las quebradas, sus cielos maravillosos— los minuños no pintan. Porque es un hecho comprobado: Minas no tiene pintores. La explicación nos la da Morosoli: la creación estética exige un diálogo con el paisaje, una lucha dramática, en la que el creador con toda su energía vital, con todas sus entrañas y la angustia de sus sentidos, se enfrenta a las fuerzas eternas: tierra, luz, distancia, infinito. El minuño, frente a estos elementos, opta por la pasividad gozosa, que le da un placer tan grande, o más profundamente hondo, que el de crear. Un minuño frente a su cerro con una caja de pinturas sería algo tan absurdo como un pescador frente al mar con sus cañas y, al mismo tiempo, pintando acuarelas. Se debe elegir entre el gozo receptivo o la creación activa, puesto que ambos son inconciliables al mismo tiempo en el espíritu.

Otro tanto ocurre en Mallorca. A la isla de luz maravillosa llegan pintores de todo el mundo. Pero, a un mallorquino no se le ha ocurrido nunca pintar. Si lo hiciera, sería como si se comiera él mismo las ensaimadas que hace para la admiración de los demás. Por eso, han pintado a Mallorca los extranjeros. Y han pintado a los cerros de Minas pintores de Montevideo. Y escribimos sobre ellos los que no somos minuños. Y que ya no podremos ir más allá después de hacerlo en esta forma.

MINAS Y SU CAPACIDAD DE POESÍA

Una de las funciones del poeta es su capacidad para modificar la realidad y poder hacer vivir su quimera por quienes están en su torno. Por eso, el poeta tiene tantos rasgos comunes con el ilusionista, el prestimano, los constructores de castillos en el aire, los financistas geniales que terminan en la quiebra. ¿Quién puede dudar de que aquel Enrique Petivenit, abillantador de diamantes, que pasó por las serranías minuñas el año 1749, fue su primer poeta, en orden cronológico?

Leed las palabras con las que Santiago Dossetti se refiere a él: "Un juglar narra aventura maravillosa a los madrileños y echa a rodar una bola tremenda a la que se van pegando políticos, soldados, gente de avería, hombres de buena fe, ingenuos y malandrines. Ese juglar es Enrique Petivenit, que saca minas de piedras preciosas de su imaginación, como el ilusionista enciende vuelos de palomas desde el fondo de su galera".

El poeta, —ese tipo de hombre oscilante entre lo real y lo mágico, el ensueño y la vigilia, entre la tierra firme y el cielo inseguro—, no sabe, él mismo, delimitar bien uno y otro dominios. No obstante, es capaz de crear, con el espectáculo que les ofrece, el interés de los demás y arrastrarlos consigo aun cuando está caminando ya sobre las nubes. Petivenit denunció al Comandante Militar de Montevideo la existencia de piedras preciosas en las sierras de Minas. Púsose este hecho en conocimiento de las Cortes de Madrid, y por orden del Rey, previo el informe favorable del Ministro de Hacienda, el Gobernador de Buenos Aires envía a explorar aquellas riquezas a Miguel Antonio de Escurrechea, Coronel de Dragones y minero de Potosí, quien llega en octubre de 1751 junto al arroyo San Francisco, con soldados y mi-

neros. Así se fundó la Villa de la Concepción de Minas. Nunca aparecieron los diamantes ni las esmeraldas de que tanto habló Petivenit, y con éste comienza, pues, la serie de artistas de la imaginación en la que ha sido tan pródiga la ciudad de las sierras.

Porque nadie puede comprender la enorme cantidad de poesía que hay en un pueblo que está limitado entre colinas que lo cierran como un hoyo. Un montevideano se sienta en las rocas, y puede pasarse horas y horas mirando el mar. Un maragato puede soltar los corceles de sus sentidos largamente por la llanura de la extensa planicie. Pero, otro es el ámbito sensorial de quien vive entre cerros. Se abren las persianas, y se ven cerros. Se sale de la casa, y cerros. Abrís una puerta, y detrás hay cerros y siempre cerros. Y entonces el espíritu —por la ley física de los fúidos— busca otras salidas, y se canta. Y así, permanentemente, como el leve humo azul de las humildes chimeneas hogareñas, flecos de poesías salen por las ventanas y por los balcones. Como en esas mañanas de invierno en que la ciudad amanece en el fondo de un lago de nieblas y luego el viento, que también se ha dormido, va desnudando perezosamente en una nueva danza de los siete velos. Y aquellos jirones de nieblas, desprendidos, vuelan sobre el Verdún y el Arequita y llegan a la llanura del Santa Lucía, en dirección a Montevideo.

Así llegaban a Montevideo los libros de poesías y los relatos de los escritores minuanos. "Los Molles" de Dossetti, "Bajo la misma sombra" de Morosoli, Magri, Cajaraville y Casas de Araújo, "Leyendas Minuanas" de Guillermo Cuadri, "Estampas Pueblerinas" de Manuel Benavente, aluden a aquella prisión de piedra y traducen todos una singular capacidad artística que había encontrado los medios de expresión adecuados. Hasta hace unos años,

llegaban a la capital estos relatos y poesías, y la ciudad de Lavalleja aparecía animada por un estro singular. Desde hace ya tiempo, no es así. ¿Qué ha pasado? Séanos permitida una digresión.

A causa de la topografía de Colombia, las poblaciones se han formado en el fondo de valles, separados unos de otros por los altos ramales de la cordillera andina. Existen así diez ciudades con más de 50 mil habitantes en el fondo de esos hondones y hoyas incomunicadas, y hay muchas más poblaciones en las mismas condiciones de aislamiento. Y en ningún país de América había tantos poetas como en Colombia. Hasta los presidentes de la república escribían muy buenas poesías, y el lector conocerá versos de Guillermo Valencia, por ejemplo. Pero, llegaron las aerolíneas, y la compañía de aeronavegación colombiana eliminó el obstáculo de la cordillera. En pocos minutos se pasa de Bogotá a Cali, de Medellín a Cartagena, de Barranquilla a Manizales, lo que antes llevaba días en el lomo de mulas serranas. Resultado: desaparecieron los presidentes poetas y entraron en escena los gobernantes militares.

Cuando, hace más de un cuarto de siglo, íbamos a visitar a nuestros amigos los poetas minuanos, debíamos hacer un viaje de cinco horas por una carretera erizada de piedras que nos hacía cambiar las gomas del auto un mínimo de tres veces. Pero, todo esto quedaba compensado con el regalo de la amistad de Morosoli, Dossetti, Lafferranderie, que nos hacían subir y bajar cerros para mostrarnos una isla de ombúes, el perfume de la espina de la cruz, una quebrada de palmas, y luego, por la noche, leernos en el café de la plaza sus producciones inéditas.

Hoy, a los poetas de Minas se les encuentra en la avenida 18 de Julio de Montevideo; y ya no escriben poesías. ¿Qué ha pasado? La Cooperativa de Omnibus de Minas ha dotado a la ciudad serrana de los servicios de comunicación que le faltaban. De su central, en la plaza,

continuamente están partiendo omnibuses en todas direcciones. Minas ha cobrado pujanza y su plaza tiene tanta animación como un aeródromo. Hombres con valijas, mujeres con criaturas y paquetes que corren buscando un ómnibus; altoparlantes que anuncian partidas y llegadas. Gritos de la gente, despedidas, pjar de gallinas, alarido de un loro, y autobuses que llegan de Montevideo, Solís, Aiguá y otros que recalientan sus motores para partir hacia Lascano, Marmarajá, Rocha. Un minuano actual es una persona que depende de un ómnibus. Y en la plaza de la ciudad —de la que las palomas se han ido— Lavalleja también desea partir, pero espolea en vano a un caballo de bronce.

Quienes deseamos el mantenimiento de Colombia en sus antiguas normas, vemos que esto sólo se logrará con la supresión de sus aerolíneas. Y, para el caso de Minas, rememorando la rima becqueriana, decimos, suspirando: "Mientras haya ómnibus, no habrá poesía".

SAN CARLOS Y LOS CAROLINOS

La iglesia colonial de San Carlos es el más hermoso sólido de todo el país. Lograron ciertamente su objeto quienes al levantarla en 1792 expresaron el propósito "de que no hubiera otra igual en la campaña fuera de las ciudades". Es una iglesia de estilo romano, de líneas fuertes. Es recia y maciza. Su color piedra y las ventanas de su fachada —pequeñas como troneras— le dan aspecto de fortaleza.

Dos y tres siglos antes de que la moderna arquitectura descubriera las ventajas estéticas que significa el incorporar los declives de un terreno a las líneas de la construcción —insertar el edificio en el paisaje— ya los colonizadores españoles, fundadores de ciudades, empleaban cabalmente tal principio. A causa de ello, se encuentran tan bien colocadas las iglesias en nuestras ciudades y pueblos de campaña. Así, en la extensa llanura que rodea a la ciudad de San José, las torres de la catedral se ven de muy lejos. Y hemos oído decir a más de un viajero francés que ellas le recuerdan a las torres de la catedral de Chartres y que toda la región tiene el mismo aspecto que la Beauce con sus dos campanarios que se elevan en el centro de un horizonte sin límites.

Por las mismas razones, la mejor vista de la iglesia de San Carlos se la tiene cuando, viniendo por la carretera de Rocha, doblado el recodo de la Sierra de Carapé, aparecen las torres de azulejos velando sobre el caserío blanco. Y luego caminando en su torno, para admirar la sólida fábrica sostenida por contrafuertes exteriores, se la diría abandonada si no llegara desde su interior el repaso del catecismo que están haciendo unas voces infantiles interrogadas por una voz grave.

Podría sorprender la situación tan próxima —apenas

doce kilómetros— de dos ciudades de igual importancia: Maldonado y San Carlos. Pero aquel hombre decidido que fue el Gobernador don Pedro de Ceballos (tan decidido que en la tarea de expulsar a los portugueses de nuestra Banda no se detuvo hasta Santa Catalina) encontró que Maldonado, tan cercana a la costa, estaba a la merced de los desembarcos, como los hechos después lo demostraron varias veces. Y dispuso fundar otra población varias leguas adentro. Para ello, apenas terminada la conquista de Río Grande, empezó a hacer el envío de familias portuguesas apresadas durante la guerra, para fundar un nuevo pueblo. Lo que se hizo en 1764 y se le denominó Maldonado chico hasta que varios años después se le instituyó patrono, siéndolo San Carlos Borromeo. Cuando, por acuerdo entre los monarcas de Portugal y España, debieron volverse a Portugal las tierras conquistadas por Ceballos, buen número de aquellas familias portuguesas retornaron a Río Grande. De las que quedaron proceden los apellidos Olivera, Araujo, Teixera, Tabares, da Silva, Abreu, tan difundidos entre los carolinos. Y llegaron en su reemplazo cuarenta familias aragonesas y gallegas procedentes de la fracasada colonización de la Patagonia argentina. De ellas son los apellidos Vidal, Bustamante, Núñez, Graseras, Durán, extendidos hasta nuestros días.

Unas colinas violetas rodean al caserío de San Carlos. Llega de las sierras próximas un aire limpio y claro. La luz del campo entra en la ciudad, y cada calle es la prolongación de la campiña. No obstante, cada manzana de San Carlos tiene algo del hermetismo de muchos pueblos españoles. Y los naturales tienen también el orgullo del solar. "Carolinos Ilustres" se denomina un libro de un carolino, Carlos Seijo, donde se destaca el nacimiento en San Carlos de presidentes de la república, guerreros

de la Independencia, arzobispo, ministros, poetas, médicos de renombre. Y leed con qué frases —de un verdadero estilo "carolino"— el poeta Heraclio Fajardo escribía de su ciudad natal, en 1855: "Luego que entráis en San Carlos por sus calles rectas y aseadas, sentís el aura impregnada por el perfume de las flores de sus jardines, notáis una animación inesperada y véis en las ventanas o de paseo —si llegáis en una tarde de verano— hermosas y preciosísimas mujeres de cabellos y ojos negros, de tez sedosa y lozana, de lindísima boca, de pie y manos breves".

En la campiña de los alrededores carolinos hemos visto imágenes que se las diría de la llanura castellana. En una tarde tórrida, cuando los autos que corrían por la carretera levantaban nubes de tierra, nos cruzamos con una familia que venía a pie para el pueblo, todos vestidos de riguroso negro. Concentrados en un dolor de días, las caras arrugadas, las miradas duras bajo las alas anchas de sus sombreros los hombres, de pañuelos negros en la cabeza, las mujeres. Irían, sin duda, al cementerio o a una misa por un reciente muerto. Se las creería imágenes salidas de una tela de Zuloaga o de Zurbarán. Otra vez, vimos pescando en la boca del arroyo Maldonado, a una madre y sus hijas vestidas totalmente de luto.

Y los giros y arcaísmos del lenguaje son también españoles. Una mañana, nos cruzamos en el Abra de Perdomo con un paisano. Unos velos de niebla se movían entre los árboles. Le preguntamos al hombre si llovería. Nos contestó: "Difícil, con esta niebla valseada". ¡Niebla valseada! ¿Góngora, Quevedo, García Lorca? ¿Cómo llegó este arcaísmo hasta la boca de ese hombre, quizás analfabeto?

Recorriendo estas regiones del Este hemos oído muchas palabras actualmente en desuso en las ciudades. "Dejación", por dejadez o morosidad, "abajar" por bajar, "escaldado" por celoso, "asperezas" por dificultad, "aldaba" por llamador, "lidiar" por luchar y "resolana",

"blaqueales", "sangradores" son voces castizas en uso en España en el tiempo de la Conquista, la mejor época del idioma, el Siglo de Oro español. No se las oye ya en nuestras ciudades, pero —y esto es lo más interesante— tampoco se las oye hoy en España, cuyas expresiones se han modificado también con los tiempos.

Cuando escucho de labios de un paisano de aspecto enjuto y seco como los naturales de Castilla estas voces castizas tan sabrosas se me antoja que son las campanadas, a través de los siglos, de los bronceos de esta iglesia colonial de San Carlos, tan severa y fuerte, tan castellana.

GUÍA PARA UN ITINERARIO NOSTÁLGICO

En el poblado caserío reunido en torno a la iglesia de Santa Lucía se encuentran incluidas, en realidad, dos ciudades: la antigua localidad, que entonces se llamaba San Juan Bautista, y la ciudad actual con sus casas modernas, sus comercios y las calles hormigonadas. La villa antigua estaba constituida por grandes quintas arboladas y eran residencias veraniegas de familias ricas de Montevideo.

En otras partes, el pueblo antiguo y la ciudad moderna están netamente separados. En Tarquina y en Cervi, la ciudad antigua está debajo de la actual. En otras partes, como Agrigento y Siracusa, la nueva ciudad se ha formado a un lado de la ciudad antigua, que de este modo se conserva. Es lo que pasa también con Montevideo, donde la ciudad vieja ha quedado separada del área de la nueva ciudad.

En Santa Lucía, la antigua villa y la ciudad actual coexisten en el perímetro urbano. Mas, si llegara un viajero nostálgico y quisiera visitar las antiguas quintas residenciales, le sería fácil ubicarlas: no tiene más que guiarse por los árboles muy altos. Grandes araucarias, coposos pinos, enhiestas palmas levantan sus copas sobre la población y son como marcas en un grueso volumen que señalan las páginas de historia. Esos altos árboles son torres vegetales que han quedado de una pasada época de oro.

El sitio que ocupa la villa frente al Paso del Soldado, sobre el Río Santa Lucía, tuvo siempre una importancia estratégica. Así lo comprendió aquel Gobernador español, José Joaquín de Viana, fundador de ciudades (Maldonado, Salto) quien, en 1756, estableció allí una fortificación "para prevenir la invasión de los indios bra-

vos". Más tarde, en las luchas por la Independencia, los ejércitos que, en una u otra dirección, debían marchar entre Montevideo y Buenos Aires atravesaban el Río Santa Lucía a la altura del referido Paso del Soldado. Allí llegaban también las diligencias y las carretas en las épocas normales. Las crecientes del río, tan frecuentes durante todo el año, obligaban a esperar varios días y se hicieron entonces, primero, ranchos de terrón y, más tarde, casas de ladrillos. Se instalaron pulperías y comercios. Cuando llegó hasta allí el ferrocarril, del que fue, durante muchos años, punto terminal, se levantó el hotel correspondiente. La proximidad de la capital, su pintoresca situación junto a los montes del río, hacían de esta localidad sitio de excursión para los montevideanos.

En el año 1870, comienzan las familias de renombre y de dinero de Montevideo a tener sus grandes quintas en la villa junto al río. Había ya allí un gran hotel —el Hotel Oriental— donde iban a pasar la luna de miel los nuevos matrimonios. Parece que la epidemia de fiebre amarilla de 1872 llevó a muchas familias capitalinas a trasladarse a la villa entonces de San Juan Bautista, patrono bajo cuya advocación se fundó. Y, durante todo el resto del siglo pasado y aun en las primeras décadas del actual, continuó allí el hábito de la residencia veraniega con sus fiestas y sus excursiones.

Felipe Lacueva, Magariños Cervantes, Romeu Burgues, José Rodó, Capurro, García Lagos, Juan José Zaballa, Méndez del Marco, Pernín, Bauzá, Rebollo, son algunos nombres de la sociedad montevideana que han quedado vinculados a la vida de Santa Lucía de entonces por el río, la caza en los campos próximos y bailes en el gran salón decorado de espejos y rutilantes arañas del Hotel Oriental constituían los pasatiempos de aquella época de blancos floripondios y de perfume de azareros.

Y guiándonos por los altos árboles, hagamos un viaje por los jardines, las quintas y por el siglo pasado.

Una muy alta y decorativa araucaria nos llama desde una quinta en la calle Rivera. Pertenecía a don José Rodó y Janer, padre de José Enrique. Allí pasaba sus vacaciones el artifice insigne y en verdad que la calma de ese remanso tranquilo y perfumado es adecuada al reposado meditar. Pasado un portón de hierro, en el que se abre una puerta, se entra en un jardín arbolado de pinos, camelias, magnolias. Profusión de plantas de jardín. Rosales, laureles, glicinas. Y se llega a una mansión, cuya arquitectura corresponde a la que constructores italianos y barceloneses impusieron también, y en la misma época, en las avenidas Agraciada, Millán y Larrañaga de Montevideo. Es una amplia casona de forma cuadrangular, mezcla de estilo gótico y de elementos moriscos, donde un decorador sin prisa y con imaginación ha tenido tiempo y espacio para ejercitarse. Por unos escalones de mármol se llega a un porche de ojivas árabes. Allí, plantas de anchas hojas y finos helechos alternan con sillas y mesitas de hierro pintadas de blanco y de estilo rococó. Y se pasa a amplias habitaciones, de altos techos, paredes estucadas y con aquellos aparadores y aquellos trinchantes y anchas mesas de caoba. También hay un porche posterior que da sobre la quinta y en ésta un aljibe con brocal de azulejos. La antigua cochera y un huerto de ciruelos y de cerezos completan la quinta.

A poca distancia, en la calle Chile Nº 71, está la antigua quinta de don Juan Angel Zaballa, construida en 1872. Domina su jardín una araucaria principesca centenaria. La casa tiene múltiples ornamentos. Columnas de mármol, capiteles de terracota, mayólicas.

En la calle Mitre Nº 215 se mantiene en pie la mansión construida por don Felipe Lacueva y que fue después del doctor Romeu Burgues, ministro de la Alta Corte. De estilo italiano, tiene dos plantas y una ancha torre que forman una masa bien compuesta, decorada con volutas y modillones. La quinta ocupaba toda la manzana con arboledas, estatuas de mármol traídas de Italia y

una fuente también de mármol. Las arboledas, las estatuas y las fuentes ya no existen y la masa arquitectónica, así desarticulada, ha quedado como la torre de mando de un navío cuyo puente ha sido desmantelado.

Porque estas quintas están en vías de desmantelamiento. Ya lo han sido totalmente quintas de renombre como las de Toscano, Magariños Cervantes, Pernín, Rebollo que hoy no son más que recuerdos. La quinta de Allo es también un bastión vacío en una manzana desarbolada. Mas, sigamos nuestro itinerario.

En la calle Vertiz Nº 169 se levanta aún la Villa Argentina. La construyó don Manuel Martínez y luego fue su propietario Mister Davies, presidente del Banco de Londres. Tiene el estilo morisco de la época, abundante en arcos, ojivas y columnetas. Los árboles coposos que la ornamentan han crecido en exceso —¡ochenta años!— y vuelven a la casa húmeda y oscura, propicia ya para los fantasmas.

En el Nº 240 de la misma calle Vertiz se encuentra la antigua quinta de Granara, bien conservada. Hermosas arboledas, decorativas alamedas y un león de mármol, petrificado, sin duda, en mérito a su fiereza.

En la llamada Calle Ancha —hoy avenida Federico Capurro— está la hermosa quinta de Capurro, la única mansión que se mantiene en la misma actividad de otrora ocupada como residencia veraniega. Hermosos árboles, largas avenidas, entre ellas, la clásica avenida de cañas de las quintas del Prado. Una casona a través de cuyas ventanas con cortinas de macramé— sale la música de un piano donde se toca a Chopin.

La nostalgia, un tanto dolorosa, que toma el espíritu cuando se recorre las quintas abandonadas y los parques deshechos se troca en muy delicado placer estético si en una de esas residencias se tiene la suerte de encontrar

a su propietario antiguo. Se revive entonces la época de oro de la villa de San Juan Bautista. Con renovada felicidad su dueño os hablará de los saraos en los jardines de Margariños Cervantes y de Felipe Lacueva. Se recordarán las grandes fiestas de la sociedad montevideana residente allí y para las cuales corrían trenes expresos desde la capital. Y se evocarán acontecimientos principales. La visita, en 1905, del presidente don José Batlle y Ordóñez y su comitiva oficial —jaquets, galeras de tela, uniformes— con motivo de la inauguración del puente en la carretera a San José. La gran creciente del río en Febrero de 1900 que obligó a abandonar sus residencias a muchos turistas en pleno verano, mientras el agua arrastraba los muebles y, sobre éstos, algún loro o unas gallinas.

Y aquí termina este itinerario nostálgico. Mas, si en esta recorrida al viajero ha tomado la noche y es primavera, los azareros abrirán en su honor sus frascos de perfumes. Y entonces será más viva la evocación de una época que ya sólo habla con el ademán de sus árboles.

una fuente también de mármol. Las arboledas, las estatuas y las fuentes ya no existen y la masa arquitectónica, así desarticulada, ha quedado como la torre de mando de un navío cuyo puente ha sido dismantelado.

Porque estas quintas están en vías de dismantelamiento. Ya lo han sido totalmente quintas de renombre como las de Toscana, Magariños Cervantes, Pernín, Rebollo que hoy no son más que recuerdos. La quinta de Allo es también un bastión vacío en una manzana desarbolada. Mas, sigamos nuestro itinerario.

En la calle Vertiz Nº 169 se levanta aún la Villa Argentina. La construyó don Manuel Martínez y luego fue su propietario Mister Davies, presidente del Banco de Londres. Tiene el estilo morisco de la época, abundante en arcos, ojivas y columnetas. Los árboles coposos que la ornamentan han crecido en exceso —¡ochenta años!— y vuelven a la casa húmeda y oscura, propicia ya para los fantasmas.

En el Nº 240 de la misma calle Vertiz se encuentra la antigua quinta de Granara, bien conservada. Hermosas arboledas, decorativas alamedas y un león de mármol, petrificado, sin duda, en mérito a su fiereza.

En la llamada Calle Ancha —hoy avenida Federico Capurro— está la hermosa quinta de Capurro, la única mansión que se mantiene en la misma actividad de otrora ocupada como residencia veraniega. Hermosos árboles, largas avenidas, entre ellas, la clásica avenida de cañas de las quintas del Prado. Una casona a través de cuyas ventanas con cortinas de macramé— sale la música de un piano donde se toca a Chopin.

La nostalgia, un tanto dolorosa, que toma el espíritu cuando se recorre las quintas abandonadas y los parques deshechos se troca en muy delicado placer estético si en una de esas residencias se tiene la suerte de encontrar

a su propietario antiguo. Se revive entonces la época de oro de la villa de San Juan Bautista. Con renovada felicidad su dueño os hablará de los saraos en los jardines de Margariños Cervantes y de Felipe Lacueva. Se recordarán las grandes fiestas de la sociedad montevideana residente allí y para las cuales corrían trenes expresos desde la capital. Y se evocarán acontecimientos principales. La visita, en 1905, del presidente don José Batlle y Ordóñez y su comitiva oficial —jaquets, galeras de felpa, uniformes— con motivo de la inauguración del puente en la carretera a San José. La gran creciente del río en Febrero de 1900 que obligó a abandonar sus residencias a muchos turistas en pleno verano, mientras el agua arrastraba los muebles y, sobre éstos, algún loro o unas gallinas.

Y aquí termina este itinerario nostálgico. Mas, si en esta recorrida al viajero ha tomado la noche y es primavera, los azareros abrirán en su honor sus frascos de perfumes. Y entonces será más viva la evocación de una época que ya sólo habla con el ademán de sus árboles.

III

MONTEVIDEO

LA CIUDAD DE SAN FELIPE Y SANTIAGO

“Durante nuestra estada —escribe en 1708 el naturalista francés Louis Feuillée— las recreaciones más agradables fueron los paseos hasta la cumbre de la Montaña de Montevideo. Desde su cima veíamos toda la parte sur terminada por el agua del río. Del lado norte, una dilatada planicie esmaltada de flores y cuyos colores diversos producen un conjunto admirable, se extiende hasta perderse en el horizonte, confundido con el cielo. En esta planicie, de la que resulta difícil juzgar su extensión, innumerables toros, vacas y caballos pastan o mantienen entre sí luchas continuas”.

La bahía de Montevideo y tierras adyacentes estaban a la sazón enteramente yermas. Su primer poblador, Jorge Burgués, llegó en 1724, y se construyó en la Aguada una casita de piedra con techo de teja acanalada. En 1726, llegan siete familias que sumaban en conjunto 37 personas, y Millán procedió a delinear las cuadras que debían repartirse por solares a los pobladores. Estos ocuparon siete casas de adobe.

Queriendo tener, doscientos cincuenta años después, una visión del aspecto de Montevideo, asciendo, como lo hizo en su época el naturalista francés, a la altura mayor, el piso más alto del Hospital de Clínicas. Y,

ciertamente, el panorama que se extiende bajo nuestros ojos es muy distinto a la dilatada planicie esmaltada de flores multicolores de aquel entonces.

El Hospital de Clínicas está situado sobre el lomo de la cuchilla de Juan Fernández, que se continúa recta por la avenida 18 de Julio y termina en la escollera Sarandí. Se encuentra, pues, en el eje de la ciudad y, al mismo tiempo, en medio de grandes barrios populosos que la rodean por los cuatro costados y se confunden en masas de azoteas generalmente blancas y de desigual altura.

Desde el punto donde estamos, el macizo de casas y apartamentos que constituyen esta extensa ciudad tiene la forma de una gigantesca Y cuya rama vertical corresponde a la península de piedra que penetra en el mar y que es actualmente un apretado bosque de edificios muy altos, bancos, oficinas, iglesias, apartamentos. Este grueso trazo compacto de azoteas y torres se abre en horqueta, a uno y otro lado del gran Parque Baille y Ordóñez, amplio espacio verde que está a nuestros pies con su estadio ovoide, pistas de atletismo, velódromo, jardines con palmeras, monumentos y canchas menores.

Por el lado Este, y siguiendo toda la costa del mar, un conjunto ancho de edificios compactos se continúa por Pocitos, Buceo, Malvín y se aclara algo recién llegando a Carrasco, sobre cuya masa arbolada se destacan las torres del hotel. En el mar, unas construcciones blancas en la Isla de Flores.

Por el lado Oeste, de aquel tronco central de la ciudad se desprende también una masa más ancha de edificios que se continúa en la costa por la Aguada, el Reducto y el Paso Molino, llegando a unirse por la curva de la Teja y el Pantanoso con el caserío del Ce-

rró, enmarcando así la bahía. En dirección Norte se desprende de la ciudad la avenida 8 de Octubre con los caseríos de La Blanqueada, la Unión y Maroñas. La vista se pierde en un horizonte lejano con siluetas de algunas iglesias y las chimeneas fumantes de unas fábricas.

Tan compacta edificación, donde no parece haber quedado nada de aquella planicie esmaltada de flores, está rodeada en tres direcciones por un mar muy extenso que sólo termina en el horizonte. Hoy su color es celeste claro, y un transatlántico blanco, que parece un vaporcito de juguete, está entrando lentamente en el puerto.

El puerto está acolado a un flanco del propio centro de la ciudad. Comprendemos bien, mirando desde aquí, el origen y el destino portuario de Montevideo. También llegan hasta el propio centro, y junto al puerto, los ferrocarriles, y allí están la Estación Central y los galpones. Desde la altura donde nos encontramos no se distinguen las calles que dividen en manzanas a este compacto colmenar con células y alveolos. Sólo las avenidas más anchas y rectas —Centenario, Ponce, Gariibaldi, Italia— semejan lustrosos canales por los que vertiginosamente entran y salen de la ciudad pequeños glóbulos, autos y más autos.

He aquí la anatomía de mi ciudad. Corresponde ahora (no se olvide que estamos en el Hospital de Clínicas) que digamos algo de la fisiología, lo que dará luz sobre algunos aspectos de la patología que a todos nos afecta.

Allá, sobre aquella estrecha punta que penetra en el mar, está la parte más importante del funcionamiento de la ciudad. En esa parte que, no obstante estar en una punta, se llama "centro", están las sedes del gobierno, los bancos, los comercios, los juzgados, los cen-

tros sociales. Realmente, es el plexo motor y sensorial de todo el departamento y, en buena parte, de todo el país. No pudiendo extenderse por los costados porque se lo impide el río, pequeña Manhattan, se ha extendido en altura, y su masa es un bloque de sólidos geométricos de desigual volumen que, no obstante, componen un conjunto de moderna belleza. Sobre el fondo uniforme del mar, su silueta dentada destaca las líneas del Municipio, el Palacio Salvo, la cúpula de la Catedral, el Banco de la República y la Aduana.

Hasta allí, hasta ese apretado colmenar de cemento —Aduana, Gobierno, Municipio, Estación, Comercios y Bancos— debe llegar diariamente —y muchos hasta dos veces en el día, y entrar y salir— buena parte de la población extendida prácticamente a todo el departamento. Por las delgadas arterias de sus calles, todo un mundo motorizado se precipita y se aprieta, se congestiona y choca. El resultado —ya patología— es que los cardiólogos y los chapistas de auto son los dos gremios actualmente con más trabajo en la ciudad de San Felipe y Santiago, donde durante su fundación sólo trabajaban los indios tapes que dejó Zabala.

Menos mal que allí está el Estadio Centenario, abierto como una inmensa boca que gritara: ¡Goooooll!

Mirando a través de este océano de azoteas, claraboyas y techos, que se extiende hasta el horizonte, un redivivo Diablo Cojuelo buscaría conocer los usos y costumbres de los nativos de la Ensenada de Montevideo. Con una curiosidad limitada sólo a la caracterología, hemos escrito ya un libro: "Montevideo y su Cerro". Lo que sigue son algunas nuevas observaciones en esta continua búsqueda de la sicología del montevidiano. Único modo de explicarnos la propia.

PARA UN ALMANAQUE FLORAL DE MONTEVIDEO

Cuando comienza el mes de julio no hay en los parques de la ciudad otras flores que las de los eucaliptos, pero tan pálidas y grises que, antes de adornar los jardines, entran en las tintorerías. De allí salen coloreadas de violeta, azul o lila, como los cabellos de algunas cabezas que no quieren mostrarse nevadas.

Es pleno invierno y el viento frío que sube del mar arranca, como un peine de plata, todas las hojas de todos los árboles. Reduce las ramas de los paraísos a esos manojos de bolitas amarillas que resumen, como los aforismos de un viejo —son también sus semillas— toda la esencia de su vida.

Y entonces, cuando todos los otros árboles duermen retirando la savia de sus ramas heladas, los aromos se van cubriendo de racimos con flores de un oro espumoso. En medio del invierno este árbol florecido en oro es el único baluarte de la alegría vegetal. A nuestro paso por la ciudad y por las quintas, entonces sin flores, los aromos iluminados de oro son la única afirmación floral y nuestros ojos miran con gratitud esta ofrenda de color en la época de la niebla, la opacidad y el sueño vegetal. Son las estaciones de servicio del sol, donde acuden las señoritas anémicas en busca de color y los poetas lánguidos a proveerse de imaginación.

Lámina de colores para este mes: la calle Pablo Prud'homme, en Carrasco, donde varias cuerdas de aromos florecidos forman un túnel de luz dorada y de un perfume amarillo, dulce, muy fino.

En agosto, primero tímidamente, luego con más valor, aparecen los manzanos, los ciruelos y los duraz-

neros en flor. Sus pequeños pétalos rompen los brotes como los polluelos el huevo, y pían en color: blancos, rosados, rojos. Más adelante, todo el ciruelo se cubrirá, como una novia, de un florido traje blanco. Las quintas parecen entonces vidrieras de florerías. Aquí y allá, los sauces —leves cortinas de hojas tiernas que un temblor anima— semejan una tenue lluvia verde. Centenares y centenares de frutales florecen a un mismo tiempo, y sus ramas tienen entonces más flores que hojas. Apresuraos a mirarlos porque esto dura pocos días. Escondido detrás de la curva del horizonte, en nuestro río, ya está Eolo hinchando sus carrillos para desatar el viento. ¡Y qué viento! Escuchad la radio:

“¡Aviso urgente a los navegantes! Corrida 120 metros boya blanca 311 canal de acceso al puerto de Montevideo. Desprendida boya blanca entrada puerto Buceo. Apagada boya blanca 377 canal Punta Indio. Falta baliza roja latitud 34°27', longitud 58°19". Y todos aquellos pétalos —blancos, rosados, rojos—, ya no están en las ramas, sino a los pies de los árboles.

Pero en la plaza Varela, en su proa frente a la avenida Brasil, hay un arbusto; sí, un arbusto. Es sólo una planta de tamaño menor que los árboles que la rodean, pero ¡qué cosa!: durante el invierno, de tan seco y delgado, parece la imagen de una célula nerviosa. Pero, finaliza agosto, y comienza a florecer. Da flores antes de dar hojas. Y se cubre totalmente de pétalos de un fuerte color borra de vino. En la verde masa del resto vegetal de la plaza, todavía opaca, este árbol con todas sus ramas florecidas en rojo es para los sentidos un heraldado que anuncia con un clarín bermellón el advenimiento de la primavera.

Lámina para este mes: las quintas de Colón, Melilla o el Camino Maldonado con hileras de frutales en flor.

En setiembre, a medida que avanza la primavera —como entran los diversos instrumentos en una sinfonía— todas las plantas y árboles se ponen a florecer. Las glicinas extienden los pianos celestes de sus flores sobre las glorietas y las pérgolas. Junto a los balcones y ventanas florecen entonces pequeñas rosas como moñitas de colores. Si en un balcón se posan entonces dos palomas y unen sus picos, se tiene una postal para enamorados. A setiembre el tumulto de la primavera lo pone casi cursi.

Y están por llegar las golondrinas. El árbol de la plaza Varela y los membrillos de jardín de toda la ciudad han encendido las luces rojas para iluminar las pistas de aterrizaje a la espera de las escuadrillas de golondrinas. Y cuando éstas lleguen, con el toque de sus picos, se abren todos los brotes y capullos y las pequeñas estrellas blancas de los jazmines y florecen los ojos y las bocas de las mujeres y hasta las solapas de los hombres. Y la prodigiosa luz primaveral le da a todas las cosas un aspecto nuevo, como de recién pintadas.

Lámina para este mes: suspendidas en el cielo de Montevideo, hay grandes y sensibles flores de colores —estrellas, luceros, barriletes— que zumban al viento. Desde tierra, unos muchachos las tienen apresadas por un largo talle, de tan fino, casi invisible, y por el cual les envían mensajes de papel. Las cometas —espejos que miran por encima del mar y de las azoteas— les responden con el zumbido de sus flecos contándoles las maravillas que ven.

LA PUGNA ENTRE MONTEVIDEO Y LA CAMPAÑA

Aquel diputado que, hace ya varios años, presentó un proyecto por el cual las ciudades debían ser edificadas en el campo, a la vez que se trasladaba el campo a la capital, no hizo sino aportar una solución a un problema que afecta desde sus comienzos a la consolidación de nuestra nacionalidad. El referido proyecto no fue comprendido, y hasta se le tomó con sorna por esos cronistas que andan a la busca de temas para sus notas humorísticas. Nadie reparó entonces en las hondas raíces sociales que inspiraban esa proposición, y que no eran otras que la de hacer cesar, por ese intercambio mutuo de ubicaciones, la permanente pugna que ha existido siempre entre la capital y el campo.

En efecto, Montevideo, desde el día de su fundación, fue para la Banda Oriental, no ya la manzana de la discordia, sino más precisamente la discordia de la pera dado que ésta es la forma que en el mapa tiene nuestro país. Antes de esa fundación, nada alteraba la paz armónica de la gran estancia. Verdes y extensas praderas naturales de jugosas gramíneas servían de pasto a equinos y vacunos, dispuestos con orden a uno y otro lado de las cuchillas como lo están en el escudo. Todo era paz, sosiego y pasturas. El armonioso canto del sabiá y el de la codorniz sencilla suplían a los vates y cantores que después vinieron. Mas, he aquí que en aquella época estaba de moda entre los virreyes y gobernadores fundar ciudades. Y al gobernador de Buenos Aires se le ocurrió hacerlo en la ensenada de Montevideo, hasta entonces tranquila como en un día de paro portuario.

Y ahí empezó la puja por el "quién manda a quién", y rara vez existió, entre montevidianos y paisanos, acuer-

do y sintonía. Montevideo fue española hasta mediados de 1814 cuando la campaña hacía ya tres años que era libre. Fue, luego, luso-brasileña durante diez años, mientras en la campaña se seguía luchando y se volvió a luchar por la autonomía. Esto explica que, lograda la independencia nacional, no fuera aceptado el nombre de Estado de Montevideo que se propuso para todo el país. Y, luego, el siglo que siguió fue una permanente lucha entre la capital con sus políticos y la campaña con sus grandes caudillos populares.

La rápida reseña que precede hace comprensibles las razones que inspiraban en su proyecto a aquel legislador: la búsqueda de la cohesión social y de la unidad nacional. Mas, quiso lograr tales anhelos de un modo inmediato y por decreto; y éste su error.

La naturaleza no da saltos, y tampoco los da la evolución sociológica, la cual implica un lento cambio de los hábitos. Y de ahí que aquellos propósitos, que fueron tomados por quimeras hace veinte años, están en vías de verse realizados por una evolución gradual e inteligente.

Primero fueron los montevidianos que abandonaron su ciudad los domingos para trasladarse al campo y dejar libre la capital, que fue ocupada durante 24 horas por los de tierra adentro. La duración de este intercambio de alojamiento se extendió luego desde el sábado a medio día hasta la noche del domingo. Más tarde, cuando las autoridades bancarias patrióticamente comprensivas, decretaron el asueto de todo el sábado, una buena parte de la población montevidiana dispuso de dos días enteros para dejar su ciudad a disposición de los paisanos y viceversa. Y por reciente disposición —que es lo que motiva estas reflexiones— la Comuna de Montevideo se asocia también a la obra de cohesión nacional, extendiendo a dos días enteros el asueto semanal de sus funcionarios. De este modo, será mayor

el intercambio campo-ciudad mediante excursiones, campamentos y fonoelectricas más prolongadas. No comprendemos cómo el concejal Prof. Pivel Devoto, que conoce tan bien nuestra historia, se opuso a esa medida que tiene tan hondas raíces nacionales.

Es cierto que, contribuyendo ya a la consolidación de dicha unidad, existe desde hace años una semana de nueve días que unos llaman Santa y otros de Turismo, y durante la cual los montevideanos van a vivir al campo y los de afuera ocupan la ciudad. Los capitalinos llevan durante esos nueve días una verdadera vida campesina: visten de gaucho, asustan a las perdices y a los carpinchos con estampidos, comen asado con o sin cuero y andan dando vueltas por la plaza de la ciudad del interior —siempre de botas y con los perros de caza— esperando que lleguen los diarios de la capital. Por su parte, los paisanos que ocupan Montevideo, para variar su género de actividad, van al Prado a ver las domas de potros o se fotografían con o sin palomas en la Plaza Libertad.

Pero, este intercambio que dura una semana, ocurre sólo una vez al año y no satisface, pues, la solución ideal, que es que unos y otros —los de adentro y los de afuera— ocupen sus mutuos alojamientos un número equivalente de días. Mas, nos vamos acercando a tal solución a pasos agigantados. Ya suman miles los montevideanos que comienzan su fin de semana el viernes por la mañana y lo terminan el lunes. La coparticipación será justa cuando los fines de semana abarquen desde el jueves al lunes.

Todavía no hemos llegado a tal desiderátum, pero no dudamos —dada la reconocida capacidad de asueto de nuestros compatriotas— que tal anhelo será logrado. Porque, como lo dice el sagaz pensador Samuel Smiles, es la perseverancia lo que transforma una idea en su realización. ¡Arriba, pues! ¡Unidos —al fin, los de la ciudad y el campo— venceremos!

¡ADIÓS, MONTEVIDEO, QUE TE QUEDAS SIN GENTE!

Se conocen en la Historia ejemplos de ciudades abandonadas. Jerusalén lo fue dos veces cuando Nabucodonosor llevó cautivos a sus habitantes para Babilonia. También lo fueron, durante la terrible peste que azoló a Europa, en 1348, las ciudades del norte de Italia, las de Francia y también Londres: los habitantes sobrevivientes huían despavoridos para las campiñas. La propia Montevideo, cuando la fiebre amarilla en 1853, que costó, entre otras vidas, las de Vilardebó y José B. Lamas, vio sus calles desiertas. Las familias se fueron para el campo, y hasta el presidente Gabriel Pereira trasladó su gobierno a una quinta de la Unión.

¿Qué le ha ocurrido ahora a Montevideo que ha sido abandonado por sus habitantes? ¿El paseante solitario puede recorrer sus calles silenciosas sin recibir un solo insulto de conductores, sin que las bocinas de los trolley-buses le hagan saltar, sin que le obliguen a comprar un solo número para una rifal? ¿Es que, acaso, un nuevo Nabucodonosor ha llevado atados, unos a los otros, a sus habitantes esclavos para un lejano reino? ¿Es que la peste o la fiebre amarilla ha corrido a las familias y nosotros, ignorantes del peligro, nos paseamos por sus calles, ahora pasto del morbo? Porque el silencio y el reposo son totales. En sitios otrora tumultuosos, como las paradas de autobuses de nuestra avenida, donde una turba multitudinaria se precipitaba en tropel al asalto de los vehículos, ahora ¡oh fábula del tiempo!, reina una desolada paz que suben a los labios los melancólicos versos de Rodrigo Caro: "Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora campos de soledad".

Sin embargo, a Fabio no le debe sorprender lo que ve porque si ha estado en Montevideo desde hace unos

días habrá escuchado en las oficinas, en los cafés, en las calles en las peluquerías, diálogos de este tenor.

—¿Encontró pasaje para Nahuel Huapi?

—No quedaban más. Pero voy a Caraguatá. Y ¿usted?

—Iré a Machu Pichu o a Barriga Negra. Depende cómo esté el cambio.

Y así en los sitios más diversos —por ómnibus, vapores, aeroplanos—, se han distribuido los montevideanos. A los Lagos del Sur o a la frontera del Norte, a las playas del Este o al litoral Oeste, a Bariloche o a Chafalote, Mendoza, Tucumán, Malvín, Córdoba, Mar del Plata, Las Toscas, la Fortaleza, la Barra de Maldonado, Laguna Negra, Blanquillo.

—Mis primas ya salieron para Mar del Plata.

—Mi hermano debe haber llegado hoy a Córdoba.

—Acampamos en carpas en la Barra de Maldonado.

—Ya tenemos el camión acomodado y salimos mañana temprano para la Fortaleza.

La cuestión es irse, partir, no quedarse estos días de ningún modo en Montevideo. Por eso, los días preliminares, en especial, sábado y domingo, las carreteras de salida recordaban a los caminos de salida de París durante el mes de junio de 1940. Vehículos de todas clases, carromatos de los más diversos. Un coludo Cadillac entre un Ford a bigote y un armastote sacado como para el corso de la locomoción. Omnibus repletos, jardineras y camiones, muchos camiones. Porque para esta desocupación de Montevideo el camión parece el vehículo predilecto.

Hemos visto cómo se trasladaban familias enteras con sus muebles y animales domésticos dentro de camiones, como si fueran mudanzas. Colchones, mesas, carpas, ropas, bancos, hasta un lavatorio con espejo, un armario, el sillón de hamaca de la abuela, el caballo de madera del nieto, el loro de la madre, los canaritos del padre, el perro del suegro, y hasta un mono, porque se precisa no tener corazón para dejar encerrado duran-

te ocho días a un ser viviente. ¡No es posible creer que dentro de un camión quepan tantas cosas! Siempre hay sitio para un mueble más.

Nosotros hemos tenido que quedarnos en Montevideo durante esta semana. Lo confesamos sabiendo la vergüenza y la humillación que eso significa. Hemos arrastrado nuestros pasos por las calles desiertas, sin encontrar a nadie con quien hablar del último campeonato sudamericano, del reciente discurso de Luis o de la partida de las hermanas Massilotti. Apenas, de tiempo en tiempo, una voz llegaba a nuestros tímpanos: la voz de las radios, transmitiendo la Vuelta Ciclista del Uruguay. ¡Los ciclistas recorriendo las hermosas colinas del país! Y nosotros mirando, otra vez, las mismas veredas que conocemos de memoria. Y así, silenciosos, con las manos en los bolsillos, nos hemos puesto a meditar sobre las razones por las que todos los montevideanos se han ido de la ciudad. Y he aquí las reflexiones de un paseante solitario.

Nadie puede concebir la enorme cantidad de descanso que es capaz de acumular un uruguayo. Somos los mayores acumuladores de descanso del mundo. Este es un título que nadie podrá sacarnos. ¡Las mejores baterías acumuladoras de descanso! Aprovechamos todas las oportunidades que se nos presentan para descansar. Muchos no hacen otra cosa desde que nacieron. Una estadística demográfica demuestra que la mayor parte de los uruguayos han nacido un sábado o en víspera de fiesta para tener así, de entrada, dos días de asueto. Cuando un compatriota recibe su nombramiento para un empleo, comienza por pedir la licencia reglamentaria de los veinte días. Todos los primeros de año, al abrir el almanaque nuevo, los empleados se fijan cómo caen las fiestas. Y, en especial, para aprovechar para sus descanso los días sandwiches, sandwiches que, a veces, son de dos y tres pisos cuando hay otros tantos

días intermediados entre un feriado y un domingo. Nada disgusta tanto a nuestra voluntad tenaz de descansar como que un feriado caiga en domingo o, como pasa este año con este 19 de abril, que ya es fiesta también. ¡Qué desgracia!

¿Es que —preguntará algún neófito recién caído de un planeta— el uruguayo trabaja tanto que necesita en forma tan grande del descanso reparador? No, inocente criatura —le contestaríamos—; si todos acabamos de salir de nuestras vacaciones; la gente recién termina su temporada de verano y carnaval que comenzó en noviembre.

—Entonces, no comprendo —volverá a decir aquella incauta voz.

—Comprenderéis —le explicaré paciente— cuando os diga que el descanso que se está tomando casi crónicamente el uruguayo no es posterior a un trabajo, sino previo a él. Estamos acumulando, y en muy altas dosis, descanso y más descanso, por toneladas, para el día que nos toque empezar a trabajar. Entonces, ese día, cuando con todas las energías tan tenazmente reservadas nos pongamos a trabajar... ¡No quiero ni pensarlo! Por otra parte, pensar es ya un trabajo. Y estamos en Turismo.

Quizá —hay tanta susceptibilidad en ciertas personas— algún compatriota que a estas horas está descansando en su carpa en las márgenes de un río, tomando mate mientras que el asado se dora, se sienta herido por nuestras reflexiones. Le pedimos excusas y creemos que sabrá disculpar este desahogo de un montevideano que ha tenido que quedarse solo! en esta ciudad deshabitada, deambulando por sus silenciosas calles archiconocidas, mientras todos los montevideanos restantes se solazan en la caza o en la pesca, suben por las cuchillas, bajan en las quebradas o “pedalean en los horizontes de la patria”, como escucho decir en estos momentos a la radio que transmite la Vuelta Ciclista.

NO EXISTE EL RÍO DE LA PLATA

Lo habíamos aprendido en los bancos escolares y lo repetíamos siempre con orgullo: el Río de la Plata, que baña nuestras costas, es el río más ancho del mundo, como el Amazonas es el río más largo y el Himalaya la montaña más alta. Y nos adherimos con fervor a tal afirmación, sin duda, intuyendo ya, con buena anticipación, que cuando, con el correr de los años, otros títulos mundiales fueron desapareciendo de nuestras vitrinas, este nuestro río seguirá procurando la única satisfacción que nos quedara. Y bien: acabamos de enterarnos que el Plata no es ni río ni es ancho. Adivinamos el colapso en que habrá caído el lector ante esta noticia que le hemos querido dar con todas las precauciones, pero que ya no podíamos demorar más.

Digamos cómo llegó hasta nosotros la cruel verdad. A los efectos de escribir algunas consideraciones sobre nuestra geografía, acumulamos sobre el escritorio monografías, estudios científicos y publicaciones referentes a nuestro río, escritas por sabios extranjeros y autores nacionales. Y bien, todos, como si se hubieran complotado contra él, humillados quizás por su magnitud, lo discuten, lo critican y ¡hasta llegan a negarlo! ¡A él, el río más ancho de América y del Mundo!

A riesgo de ser tratado de chismoso —todo historiador lo es— debo repetir lo que se está diciendo de nuestro Plata. Primero, se afirma que no es río porque no tiene las dulzuras de las aguas de un río, porque carece de un cauce propio y no tiene tampoco un verdadero “thalweg”, es decir, un canal continuo que corresponda a las mayores profundidades, como lo tienen el río Uruguay y el río Negro, por ejemplo. Tampoco es un mar —se dice— porque no tiene la salazón requie-

rida para ingresar a esa categoría y carece de la fauna de peces y mariscos que corresponde a los mares. ¿Es un golfo, entonces? No; porque es la continuación de dos grandes ríos —el Paraná y el Uruguay— que lo forman con sus aportes fluviales y hacen variables sus límites y su profundidad con sus sedimentos y su limo. ¿Estuario, entonces? ¿Anchuroso estuario, como estábamos dispuestos a transar cuando se nos negaba como río? Tampoco; los geógrafos citados afirman que el titulado Río de la Plata no tiene los caracteres geográficos típicos de los estuarios.

No es, pues, el Plata, ni río ni mar ni golfo ni estuario, que son todas las categorías acuáticas conocidas. Por lo tanto, de acuerdo con las ideas de un profesor que conocimos, el Río de la Plata no existe.

Se trataba de un profesor de Zoología que realizaba con sus alumnos una visita “práctica” al Jardín Zoológico de Villa Dolores. Mientras vieron los monos, los pájaros y los peces —semejantes a los que, disecados, estaban en las vitrinas del museo— todo iba bien. Pero, en eso, un alumno ve que, chapoteando en las aguas cenagosas de un estanque, saca el hipopótamo su cabeza deforme y somnolienta.

—¡Profesor! ¡Profesor! ¿Qué animal es éste?

El profesor, que estaba clasificando un ave, mira al hipopótamo que en esos momentos bosteza; ve que no estaba en las clasificaciones por él conocidas y que, además, no lo pide el programa, y afirma con autoridad:

—¡Ese animal no existe!

En toda pena, sin embargo, hay siempre cierto consuelo. Y éste nos es traído por una publicación titulada “El mar de Solís y su fauna de peces”, de la que es autor el sabio español Fernando del Buen. Acepta la existencia de este gran volumen de agua, y afirma que es

un mar en decadencia, resto en regresión de un pasado mar intracontinental que llegaba hasta el actual territorio del Paraguay y las cercanías de los Andes. Menos mal; somos como esas personas que en la miseria se consuelan hablando del blasón y nobleza de sus ascendientes. Pero, en verdad, ¡qué doloroso final! ¿Os representáis creyendoos, durante largo tiempo, ser todo un hombre para oír a la postre que sólo lo soís en regresión, esto es, residuo de hombre, subproducto, apenas con vestigios humanos indosificables? Y el citado sabio español, sin duda, despechado porque toda esa cantidad de agua no es —como otrora— de su nacionalidad, agrega en sus ataques contra nuestro río que este mar de bolsillo es, realmente, un gran lago litoral de aguas dulces, con límites terrestres, por una parte, y de aguas salinas atlánticas, por otra. Es decir, algo así, pero un poco más grande, que el lago del Parque Rodó.

Los uruguayos no somos de aquellos que ante una ofensa ponen la otra mejilla. Nuestra biblia criolla nos indica contestar foul por foul. Por ello, le dirigimos a este sabio una flecha cuya punta creemos que es de pedernal legítimo. Ahí va:

En la segunda parte de la obra referida y al presentar lo que titula “Contribuciones a la fauna ictiológica uruguaya”, expone una larga lista de peces nuestros, de los que describe el género, las aletas y el lugar de procedencia donde se les encuentra. Y en la página 61, en el género *Potamotrygon*, Garman, 1877, describe el *Taeniura motoro*, cuya procedencia, dice, es ¡el Mercado de Montevideo!

Comprendemos ahora las ventajas que representa la contratación de sabios extranjeros que, como el citado, descubren nuevos y excelentes pesqueros no conocidos por nuestros aficionados ictiófilos. Esperemos que, cuando el paleontólogo publique su “Contribución al estudio

de la avifauna del Uruguay", describa, como sitio abundante en perdices, las proximidades de la Estación Central del Ferrocarril.

Y nos queda ahora el consuelo de pensar si el citado autor para negar a nuestro Río no habrá empleado el mismo criterio discriminativo también en todas sus consideraciones referentes a las más alejadas eras arcaicas que nosotros —ocupados entonces en otras cosas— no pudimos controlar. La memoria de nuestro Río queda así vengada.

MONUMENTOS DE MONTEVIDEO

En Madrid, el monumento a don Ramón de Campoamor representa su maciza figura en bronce y también de bronce macizo la galera que tiene en la diestra. Detrás de él, una mujer desnuda, que representa las musas, le pone sobre la cabeza la consabida corona de laurel como si fuera una bolsa de hielo para la encendida fantasía que cantó "bodas, bautizos, entierros y viajes en expreso". El día de su inauguración, al ser descubierto el monumento, una vieja mucama que durante mucho tiempo había servido al matrimonio Campoamor, exclamó:

—Don Ramón está parecido. Pero, doña Enriqueta no era así.

Montevideo, pese a los estímulos oficiales, no ha producido todavía un vate como Campoamor. Pero, en cambio, ya tiene monumentos.

El primero que se encuentra llegando a la ciudad es la llamada estatua del emigrante. Robusto, bien nutrido, avanza hacia uno de los portones laterales de la Aduana, llevando sobre el hombro una bolsa repleta de mercaderías. Sorprende el buen estado alimenticio del recién llegado porque nadie que coma tan bien cambia de sitio. Esto nos hace sospechar que no se trata de un emigrante, cuya auténtica imagen ha sido dada acertadamente por el Vizconde de Lazcano Tegu:

*Con el paraguas al cinto
arrastrando la linyera
desembarca el emigrante
y el ojo busca la presa:
las llanuras que lo esperan.
Un pan, cebolla y tomate*

*masca su boca tremenda
y se hunde en la ciudad
y es uno más de la cuenta.*

El bronce de la dársena, más que el emigrante, lin-yera famélico y de bolsa escuálida, a juzgar por el bulto que quiere introducir en la ciudad por uno de los portones laterales de la Aduana, representa el monumento al *contrabandista*. Como ya se había hecho con el indio y el gaucho, se ha querido perpetuar en el bronce un elemento representativo de la época actual, que tanto contribuye a la economía nacional, de la que es una innegable fuerza viva.

También nos parece laudable la intención que ha inspirado el monumento al tan sufrido peatón monte-videano. Con una paciencia inacabable, espera el ómnibus en el sitio habitual de las largadas: el ángulo sur de la Plaza Independencia, junto al Teatro Solís. Todo en este monumento es natural, hasta el tamaño. Y allí está en la intemperie, sin sombrero, en una esquina inhóspita, ignorando si el ómnibus vendrá o no, si el boleto será de 10 o de 12, en una larga espera, helado como si fuera de bronce.

La ciudad ha querido perpetuar también los viejos medios de locomoción usados por los aborígenes, y así lo ha hecho ya con algunos de ellos. Ha sido una lástima, cuando hace dos años se celebró el último viaje del tranvía 35 —Aduana-Punta Carreta— no haberlo dejado allí, en el extremo de la calle Ellauri, límite de su recorrido, como monumento al Tranvía. Quizás los críticos, eternos desconformes, nos dirán que el arte es una abstracción, que es la realidad vista a través de la imaginación del artista, que el arte se expresa mediante símbolos representativos. Pero, un tranvía, es un

tranvía. Esto nadie puede ponerlo en duda. Y, además, así hubiéramos tenido el juego completo de los antiguos vehículos.

Sobre el mismo perímetro verde, José Pedro Varela y el Viejo Vizcacha se dan la espalda como si se ignoraran. No podían hacer menos. El ilustre Reformador dijo: "La ilustración del pueblo es su mayor bien, es el camino para llegar al predominio del derecho, el respeto y la libertad". ¿Cómo queréis que no esté disgustado, y no salude siquiera, al viejo ladino precursor del *acomodo* y de la muñeca, de quien dijo su biógrafo, José Hernández, que era "un viejo lleno de camándulas con más empaque que un toro" y que aconsejó a los jóvenes: "Achicate, hacete amigo del juez, pará solo donde veas perros gordos"? Pero, a fuer de veraces, debemos decir que al Viejo Vizcacha, sentado sobre una cabeza de vacuno y jugando con sus perros, parece no afectarle mucho la actitud despectiva de don José Pedro, quien, rodeado de la comisión vecinal, mira el tránsito que pasa por el Bulevar. Un placero apartador ha plantado entre ambas figuras unos arbustos para que así, al no verse, no tengan que andar haciéndose desaires.

No podía faltar en nuestra ciudad el monumento que representara a la *viveza criolla*, que tanta difusión tiene en todos los medios. En el Parque, junto al Estadio Centenario, un criollo que ha sido víctima de violento foul se arrastra para caer dentro del área penal del adversario, quien será así castigado con la pena máxima. Una ubicación inteligente lo ha colocado en la proximidad del Estadio donde todos los sábados y domingos pueden verse jugadores en la misma actitud.

Agreguemos que, como lo pueden comprobar los compatriotas que viajan por Europa, nuestro "Forward derribado" ha sido imitado en los museos europeos por "El gladiador herido", "El galo moribundo" y otras copias.

Desoyendo las instrucciones publicadas por el Instituto de Estudios Superiores referentes a las precauciones que deben tomarse en los casos de tormenta, un estanciero de apelativo don Bruno, salió a parar rodeo. Sorprendido por los truenos, no tuvo más tiempo que juntar algunos animales: vacas, caballos, ovejas, perros y unas gallinas, y ya estaba en el potrero de las casas, cuando ¡paf! el maldito rayo los fulminó a todos y los dejó a todos —cristianos y animales— tan duros y rígidos que algunos creen que es un monumento. Como era un vecino muy apreciado, se cambió el alambrado por una verja y se hizo como una plaza, a cuyo alrededor, con los años, se fueron construyendo las primeras casas de la ciudad de la que resultó así don Bruno Mauricio de Zabala realmente el fundador. Como se ve, es grande el error en que todavía insisten algunos libros extranjeros que afirman que Montevideo se edificó alrededor de una gran cancha de fútbol.

Monumentos, placas, estelas, conmemoraciones... ¡Oh, qué poco se confía en la memoria de los hombres!

EL FÚTBOL Y NUESTRO CARACTER

Un día, en los últimos años del siglo pasado, un profesor de inglés llamado William Poole y otros residentes británicos, llevaron a un campo próximo al Prado, una pelota de cuero e iniciaron así el fútbol en nuestro país, donde se desconocía por completo este deporte.

Un cuarto de siglo después, en 1924, los uruguayos en las Olimpiadas de París, se clasificaron campeones mundiales de ese juego, venciendo con facilidad a los equipos europeos y norteamericanos. ¿A qué razones se debió este triunfo tan destacado en un deporte desconocido 25 años antes? Es lo que trataremos de explicarnos.

Cuando los hechos pasan como dejamos dicho, debe pensarse que es porque el referido deporte requiere cualidades que se ajustan perfectamente al carácter de quienes tan rápidamente triunfaron en él. El fútbol, más que ninguno, es un deporte de lucha viva y, a menudo, violenta, en una puja, con frecuencia, cuerpo a cuerpo. Pujanza, brío, temeridad, reciedumbre, son cualidades que se necesitan, pero no son las únicas. Además rapidez mental, habilidad para el engaño (el dribbling, el amago, la desmarcación), cierto grado de burla (el locutor y los cronistas dicen "el delantero burló a la defensa") y desde luego la decisión de jugarse entero en una acción, aunque se salga de ella con machucones y hasta con alguna fractura.

Las cualidades del carácter nativo: coraje, empuje, brío, rapidez mental, propensión a la burla, ingenio para lo imprevisto, estaban como esperando al fútbol y, cuando éste apareció en los alrededores de la ciudad de San Felipe y Santiago, se llegó en poco tiempo a un

progreso tal que en las Olimpiadas de 1924 conquistaron con harta facilidad el laurel máximo.

Volvió a pasar —salvando la comparación— lo que trescientos años antes había ocurrido en la difusión fácil de la ganadería. Cuando junto al arroyo que desde entonces se llamó de las Vacas, en Colonia, desembarcó Hernandarias unos pocos vacunos, ya las gramíneas de las cuchillas criollas estaban como esperándolos y, en poco tiempo, la difusión fue tal que constituye todavía la principal riqueza de este país. Mister Poole reprodujo dos siglos más tarde el gesto del gobernador del Paraguay, pero esta vez con los cueros vacíos.

Asistí a un partido de fútbol. No en el Estadio, donde un numeroso público de semiprofanos desvirtúa y transforma en "teatro" lo que debe ser siempre realidad y, por ello, malos "players" en su histerismo "trabajan" para las tribunas. Id a las llamadas canchas chicas o a los matchs de la divisional B, es decir, al fútbol en su salsa, donde cada cuadro es acompañado de la barra del barrio, la que participa oralmente y con gesticulaciones en todas las incidencias, es decir, vive el partido. Este, por su parte, es rico en acciones de emoción y hasta de valor plástico.

Hace tiempo que se está a la espera del escultor nacional que haga el grupo "el entrevero" en el área, frente al goal. ¡Qué vibrantes y afanosos haces de cuerpos brillantes de sudor y de ansias! ¡Se elevan en el aire los brazos como tenazas de un golero a la espera de la pelota y, junto a ellos, cabezas desmelenadas que se alargan en una crispación de cejas, de bocas de caballos!

No es la tranquila fuente de los atletas levantando una taza en un esfuerzo común y en paso de ballet. Es la puja briosa, es la lucha de hombros, codos y espaldas,

en una mezcla antagónica de afanes y de sudores en pugna, es el *entrevero*, del cual saldrá lejos la pelota despedida por una cabeza pujante o hará impacto en la red partiendo de una frente como una idea rápida y certera.

Algún aprendiz de sociólogo ha escrito que las revoluciones propias de los partidos tradicionales terminaron cuando los partidos de fútbol dieron otra salida a las rivalidades y al espíritu de lucha que aquéllos traducían. No lo creemos; en primer término, porque en aquellas luchas había factores psicológicos y sociales, propósitos de clases e ideales de colectividades; y, en segundo término, porque el deporte supuestamente sucedido tardó mucho en difundirse en nuestra campaña, por lo menos, veinte años después de la última revolución.

Creemos, en cambio, que esa función catártica y supletoria es exacta si ella se refiere a la lucha entre los barrios. Todavía nosotros hemos asistido a las pedreas entre los barrios de la Unión y Maroñas. A su vez, los del Reducto iban con sus reservas de piedras al encuentro de los de la Aguada, que los aguardaban y no tardaban en devolverles la visita. Y bien, tales pedreas entre los barrios desaparecieron después que el fútbol dio otra salida a la rivalidad localista.

Presenciamos hace unos domingos, un match, briosamente disputado, entre un representante de Capurro y otro del Barrio Olímpico. Hubo, dentro y fuera de la cancha, escenas de emoción y pujanza de tal intensidad que llegaron a satisfacer y hasta agotar las fuerzas en pugna, al punto que finalizado el match los contendores se dieron las manos y las barras quedaron tranquilas: habían agotado todas las ganas de pelear y sus espíritus estaban, pues, propicios para la confraternidad.

Se explica, pues, el auge rápido que tuvo este recio deporte traído por los ingleses y que no conocieron —por las razones antedichas— otros deportes como el tenis, el polo, el cricket o el golf que desembarcaron al mismo tiempo que aquél. Se terminaron las peleas entre los barrios, de las cuales podía resultar con la cabeza rota un pacífico transeúnte o un vecino distraído. Actualmente, a lo sumo, arriesga sólo recibir un pelotazo. Siempre que no sepa —lo que es difícil en un uruguayo— jopearla o devolverla de sobrepique.

EL CENTAURO MODERNO

Centauro moderno, cuyo busto es el de un hombre y el cuerpo un chasis de automóvil, infatigable devorador de distancias, "hipógrifo violento, que corre parejas con el viento": así aparecía el automovilista en los albores de este siglo. Los montevideanos que, hace cincuenta años, vimos aparecer en las calles de la ciudad el "Panhard-Levassor" de don Alejandro Rossell y Rius le miramos con admiración y envidia. ¡Quién fuera también millonario! Y ante nuestros ojos sorprendidos pasaba la nueva invención. En lo alto del pescante, como de un fiacre, el chofer con una gorra de cuero semejante a la de los aviadores. Atrás, el propietario, envuelto en pieles, como en un trineo, por el frío que debían producir las grandes velocidades. Un cuplet, que se cantaba desde los escenarios, era la expresión de la admiración colectiva: "El automóvil, mamá, es una cosa tan prodigiosa!"

Toda la historia del auto, los augurios con que fue recibido y las modificaciones que produjo en la vida colectiva, desfilan reposadamente por mi memoria. Voy manejando mi Oldsmobile, y los sucesivos embotellamientos que encuentro me dan tiempo suficiente para evocar, como fotos de un viejo álbum, la evolución de los transportes durante este medio siglo.

Son las 7 de la tarde, y debo llegar desde el Hospital de Clínicas a la Plaza Libertad, trayecto que hecho por los antiguos montevideanos por el camino Aldea y la calle 18 de Julio les insumía media hora. En cambio, mediante el auto, se llega en una acelerada.

Salgo del Clínicas. Asciendo al hipógrifo violento y, convertido así en centauro moderno, me lanzo a beber vientos. No ruedo mucho, porque en el cruce de

la avenida Italia con Garibaldi encuentro tal aglomeración de autos que puedo iniciar, con todo reposo, esas divagaciones sobre el tema "el automóvil en las ciudades modernas". En esa esquina o esquinas desembocan seis calles o avenidas, algunas de doble calzada, y el nudo gordiano que allí se forma no lo corta ni Alejandro Magno. En el centro, una garita vacía semeja un púlpito abandonado por un apóstol en derrota frente al mar de motores que allí rugen como encrespadas olas.

Cuando, al fin, voy a llegar a avenida Italia y 8 de Octubre, sobrevienen nuevas dificultades. Debo doblar por Morales y entrar en 8 de Octubre, que en esos momentos —7 de la tarde— vuelca el tránsito de salida de la ciudad, autos, autobuses, cláxones, discusiones, insultos livianos, medios y pesados (¡Oh, el automóvil, mamá!). Extendiendo la sensibilidad de mi piel a toda la carrocería del auto para no ser chocado, raspado, traicionado ni avasallado, me abro paso por una ferretería variada de radiadores, ruidos de frenos y jadeos de motores, y llego a la entrada de la calle Colonia. Allí —pienso— enhebraré pronto las luces verdes y ¡listo! Pero, a la altura de la Caja de Jubilaciones, un agente corta el tránsito y lo hace seguir por Sierra. Y nadie que no haya estado puede saber lo que es Sierra a la hora citada. Muchas veces estuvimos tentados de seguir a pie, abandonando en la calle la máquina: solución individualista del problema de la locomoción, maravilla de velocidad, comodidad, tranquilidad.

Con el auto detenido entre autobuses y camiones, me parecía haber caído en un zoológico de mastodontes. Autos menores, algunos de contramano, me bloquean. Miro el velocímetro de mi coche y sus cifras 100 kilómetros, 120, 140, 180, me parecen carcajadas luminosas. Me refugio en reflexiones sociológicas.

El coche de caballos, que partía de la puerta de la casa del viajero-propietario, fue una solución indivi-

dual cómoda, pero adolecía de extrema lentitud y servía sólo para distancias reducidas. El ferrocarril, que apareció luego, era veloz, pero el viajero debía ir a estaciones colectivas situadas, a menudo, fuera de la ciudad. El automóvil, que aparece en el Siglo de la Industria, el Comercio y la Libertad, libera al individuo de las aglomeraciones colectivas y, al mismo tiempo, lo hace veloz, audaz, deportivo. Justamente, voy bajando por Sierra paso a paso, como buscando vencer un record de lentitud automovilística. Imposible doblar por Uruguay, pletórica de chatarra automotora, y debo seguir bajando hasta Cerro Largo. Pero, ¿qué hago en Cerro Largo y Sierra cuando yo iba por Colonia para la Plaza Libertad? ¿Algún día lo sabré?

El auto, pues, representa la solución ideal para el tránsito y la locomoción (sigo parado). Tan ideal, que todo el mundo quiso disfrutar a un tiempo de su libertad y su velocidad (avanzo 80 centímetros). Con el auto se parte de la misma casa del viajero (de nuevo parado) y se llega a la misma puerta de la casa, comercio u oficina donde se va (adelanto 65 centímetros). Solución ideal, pues; pero los técnicos de la velocidad no advirtieron que cuando todo el mundo tuviera auto, íbamos a encontrarnos por el exceso de vehículos en iguales condiciones (o peores) que cuando no teníamos auto.

Y así, frenando y adelantando metro a metro, buscando no ser chocado, sin bornes para tantos denuestos, haciendo sociología a falta de poder hacer otra cosa, mirando un velocímetro vano y un tablero lleno de agujas inempleadas, llegamos, después de treinta minutos, a la Plaza Libertad. Arrimo el coche a cualquier parte (con la seguridad de la multa) y bajo. Allí puedo estirar las extremidades y caminar por mis propias piernas. Al fin, liberado mi cuerpo del centauro metálico que lo encadenaba. Nunca la estatua de la Libertad me ha parecido más expresiva.

MI AMIGO MARAGATO

No sé, todavía, si el premio literario que me fue discernido ha sido para mí bien o para mi mal. Antes, yo escribía con la misma feliz irresponsabilidad que disfrutaban en su albedrío las aves del cielo, los perros vagabundos y los pintores abstractos. Después que el honor recibido me ha puesto en el "Quién es Quién" de mi ciudad, diversas circunstancias me han hecho ver que las cosas han cambiado, y no, precisamente, para mi mejor suerte.

Yo, como todo habitante metropolitano, tengo amigos de cada uno de los departamentos. Mi amigo de San José se llama Pedro de los Santos y tiene unos campos próximos al arroyo de la Virgen. Pero, más frecuentemente lo encuentro en la avenida 18 de Julio. Camina a grandes pasos y con las piernas abiertas, como si recién bajara del caballo. De toda su persona se desprende una fuerte seguridad. Es de esos hombres que se ve que no necesitan nada y que, por el contrario, están dispuestos en todo momento a dar un consejo, un suculento apretón de manos, una opinión definitiva. O, poniéndonos las dos manos sobre nuestros hombros, como si a través de sus brazos nos hiciera una transfusión de su robusta normalidad, nos dicen lo que tenemos que hacer.

Nos encontramos, recientemente, en nuestra principal avenida. Con su mirada acostumbrada a la distancia, me vio venir y me paró. Se quedó mirándome un instante y luego, sacudiendo la cabeza, como con una ligera reconvención, me dijo:

—¿Con que medio poeta? ¿No?

Comprendí que se había enterado por la prensa de lo del premio. Pedro De los Santos es de las personas que involucran en el género de "poetas" a todos aquellos que emplean buena parte de su tiempo escribiendo cosas innecesarias, así sean novelas, cuentos, artículos. Mientras todo el mundo sólo toma la pluma cuando tiene necesidad de escribir una carta, hay unos seres que se pasan horas y horas escribiendo, tachando y volviendo a escribir cosas enteramente improductivas, y ponen en esta tarea tales minuciosidad y conciencia como no lo hacen para las cosas de la vida práctica. Por otra parte, tan repetido está el dicho que asocia poetas y locos, que se nos aplica indistintamente una y otra etiquetas aun a los que no escribimos precisamente poesías. De los Santos, frente a mí, insistía:

—Ya lo sé. No lo niegue. ¡Medio poeta, el hombre!

Tal tono de reconvención tenían sus palabras que bajé los ojos buscando ser disculpado, como si fuera adepto a una toxicomanía o cualquier otro vicio. En la mirada de De los Santos, que no pude sostener, comprendí su sorpresa de que yo, a mis años, siguiera en un ejercicio inútil que sólo se explica en la adolescencia. Tal como si me hubiera sorprendido jugando al balero o remontando una cometa. Pero, para mi consuelo, pensé que —menos mal— yo era sólo medio poeta, y que la otra mitad, pues, era normal. Si fuera poeta entero, entonces ya no tenía remedio.

La amplia palma abierta de De los Santos se extendía ahora frente a mí, despidiéndose:

—No deje de mandarme su librito. A veces, me da por leer. ¡No se me olvide!

Todavía, al irse, me dio una fuerte palmada en la espalda, como si yo fuera uno de esos aparatos que se arreglan con un golpe.

Y bien: después de este encuentro, ya no soy el mismo. Antes, al escribir ponía una imagen aquí, unas reflexiones allá, como un pintor abstracto traza aquí

una raya y más allá un triángulo, y me quedaba tranquilo. Nadie me decía nada. Ahora, cuando me salen dos imágenes seguidas, me detengo aterrado. Veo delante de mí la figura maciza y firme de mi amigo De los Santos. Sus dos ojos puestos en mi fisonomía culpable. Dejando caer sobre mí todo el peso de sus palabras:

—¡Conque, ahora, poeta entero!

Y me siento perdido, irremediablemente perdido.

MONTEVIDEO SE TRANSFORMA

Don Ruperto Bermúdez es un viejo montevideano que no se entrega a los nuevos hábitos de vida que imponen el progreso y el modernismo de nuestra ciudad. Montevideo ha llegado ya al millón de habitantes, y don Ruperto viste, camina y piensa como hace treinta años en la lejana época de los tranvías con asientos desocupados, las solapas con flores, las galeras y los saludos ceremoniosos.

Circula por la avenida 18 de Julio como un sobreviviente. Cuello y puños duros. Sombrero ministro. Bastón de labrada empuñadura. Un botón de rosa en el ojal. Y un aire ausente, pues entre los miles de personas con quienes se cruza no encuentra un rostro conocido. Quizás, esa tarde, hasta empezaba ya a dudar de su existencia, cuando, al verme, su fisonomía se iluminó. Y vino a mi encuentro.

—Usted que escribe diga que en nuestra ciudad ya no se puede vivir. Vea el tránsito. ¿Dónde va ese loco a contramano? Y ese ómnibus, si no le obedecen los frenos, ¿qué disparate va a hacer? ¡Mire, mire usted mismo esa esquina!

Detenidos en la bocacalle, un gran número de vehículos, esperaban con sus motores calientes para partir a velocidad como a la largada de una carrera. Luz amarilla: ¡partieron! Algunos peatones, sorprendidos en el medio de la calzada por el cambio de luces, debieron salvarse como pudieron. Un ómnibus, que llegó atrasado a la luz verde que se le terminaba, se lanzó lo mismo y toda una familia, que iba de la mano, y que al aparecer la luz verde bajó a la calle, debió tirarse para atrás salvándose de ser aplastada colectivamente. Don Ruperto me llevó a un lado de la vereda

para no ser empujados por la multitud, y allí dio rienda suelta a sus endechas.

—¡Qué disparate! Ya no se puede vivir. En la ciudad actual el hombre salta, corre, se precipita y empuja. ¿Y para qué? A esos automovilistas que van a cien kilómetros yo les preguntaría a dónde van. ¿Usted sabe a dónde van? Pues, a tomar un café en un bar, a sentarse en un club, a meterse en un cine. O van atrasados porque se quedaron dormidos. Pero, si usted no corre, lo empujan y le gritan. Por todas partes, gentes apuradas, nerviosas, automáticas, que son movidas por luces, pitos, flechas pintadas, altavoces. Ya no hay lugar para la vida del espíritu que requiere tiempo, preparación, espacio. (Empujados por quienes pasaban estábamos ya a veinte metros de donde don Ruperto me había detenido). La otra tarde crucé una calle abstraído en mis pensamientos y un conductor me gritó: “¡Idiotal!” Esta mañana iba en un taxi que se encontró con una pareja de enamorados que, mirándose a los ojos, cruzaban lentamente. El chofer les gritó: “¡Estúpidos!” Yo no pude dejar de decirle: “Perdónelos. ¡Es el amor!” Me miró por el espejo y levantó los hombros como diciendo: “¡Hay cada uno!” —Usted ve: ya no hay sitio en nuestra ciudad para reflexionar, abstraerse ni mirar a los ojos a un ser amado. A quien lo haga, lo aplasta un auto.

Eramos de continuo empujados, traídos y llevados en la vereda por el pasaje de los peatones. Pues, las calles de Montevideo se han animado en tal forma que nuestra ciudad tiene ya el movimiento febril y moderno de las grandes capitales del mundo. Fuimos a parar a un portal. Allí, don Ruperto, como si hiciera largo tiempo que no hablaba con nadie, prosiguió:

—Usted que estudió medicina, debe saber que el cuerpo humano es endeble. Los huesos son frágiles, las carnes blandas, los nervios finos. Porque quien hizo al hombre —Dios o la Naturaleza— lo hizo para que vi-

viera en el campo, tranquilo, pescando o cazando para alimentarse. Y con ese mismo modelo de cuerpo, que es el modelo primitivo, el hombre se ha metido ahora en ciudades donde hay monstruos rodantes que lo atropellan, puertas de acero que lo aprietan, aparatos metálicos que le hieren. El progreso mecánico hubiera sido deseable si, al tiempo que un auto lleva a una persona a 120 kilómetros por carreteras angostas o gruesos ómnibus repletos se dan contra otros gruesos ómnibus repletos, el mismo progreso hubiera cambiado el material de que está hecho el cuerpo humano, haciéndolo de aluminio, acero, cemento, ¡yo que sé! Pero, así, el hombre con su primer modelo de cuerpo, metido entre monstruos rodantes que embisten de cualquier lado en cualquier momento, ¿qué quiere que no pase? En Montevideo mueren por día una, dos o más personas por accidentes en las calles. Y me lo explico.

La puerta donde estábamos refugiados para hablar se abrió, y salió por ella un tropel de jóvenes que se desparramó en la vereda y nos llevó a quince metros de donde estábamos. Recién allí, pudo don Ruperto darme la explicación:

—¿Qué medidas se toman para evitar esto? Un mal que causa centenares de muertos al año en una ciudad es ya una enfermedad aunque no tenga microbios. En la exposición municipal del Subte se ve que en Montevideo ya nadie muere de difteria o de poliomielitis. Pero, mueren centenares de personas que estaban vacunadas perfectamente contra la difteria, etc. En otros países se considera esto una enfermedad de la ciudad moderna y se toman medidas. La primera, naturalmente, el retiro de la libreta a los bárbaros sueltos, que son realmente los microbios de esta enfermedad. Y aquí, ¿qué se hace? ¿Conoce usted a alguien a quien se le haya retirado la libreta? Yo, ya en filósofo, interpreto este tránsito brutal como una fatalidad nuestra, como

lo son los temporales y las bruscas variaciones climáticas. Somos sobrevivientes, créame. Escriba, escriba esto. Hasta, si quiere, póngalo como cosa suya.

Acompañé a don Ruperto hasta la esquina. Esperé que apareciera la luz verde. Bajó a la calle. Dejó pasar a una anciana, y a una dama con paquetes, y a un matrimonio con hijos. Se dio vuelta para saludarme con afecto. Me dispuse a seguir mi camino. Escuché una frenada feroz que me erizó los cabellos y me hizo apretar los dientes. No quise mirar. No sé qué pasó, ni, aun mismo, si pasó algo. En todo caso, cumplo con la voluntad de don Ruperto: —Usted, que escribe, diga algo.

HEROES ANÓNIMOS

No me opongo al homenaje que se proyecta al agente viajero de la "Casa Pérez y Pérez - Ramos Generales", por haber acumulado mil horas de ferrocarril sin accidente alguno. Se le llama con razón "El héroe del riel", y la medalla de acero vanadiado con que se le obsequiará premia justicieramente su temple y su temeridad. Se recordará que este hombre nunca quiso tomar las píldoras de dramamina y otros poderosos sedantes que, ofrecidos por manos de las "hotesses", se acostumbra a repartir entre el pasaje al aproximarse a Mataojo, Mal Abrigo y otras estaciones proclives al descarrilamiento.

Mas, creemos que este homenaje a una vida tan arriesgada no debe hacer olvidar a otros seres que han cumplido actos de una temeridad no menor. Y está, en primera línea, Julio López, aquel joven que hace ya un mes cruzó ileso la Avenida Agraciada a las cinco de la tarde. ¡Y Julio López tiene apenas 24 años de edad!

La Avenida Agraciada desde Mercedes hasta La Paz es un autódromo donde, de un lado, el Banco de Seguros (vida, accidentes) y, del otro lado, el Automóvil Club, se disputan a toda persona (héroe, inconsciente o loco) que pretenda atravesar la calle confiando sólo en sus extremidades inferiores. Personas que han cruzado el Océano Atlántico repetidas veces afirman que más arriesgada aún es la travesía de la Avenida Agraciada, y que en ella han experimentado sudores, ahogos, palpitaciones, carne de gallina, erizamientos del cabello, que no conocieron en sus travesías marinas. Sabemos de un señor que, aún después de haber hecho el testamento, no se animó a cruzar la citada avenida.

Nos tocó presenciar la hazaña de Julito López. Fueron a despedirlo hasta el cordón de la vereda los familiares y la novia. La madre lloraba y mordía el pañuelo, las hermanas lo abrazaban, la novia quería retenerlo. El padre se mantenía serio. Se veía que no quería dejarse llevar por la emoción. Le dio un apretón de manos, y le dijo:

—Julito, tan pronto llegues envíanos un telegrama.

En la fisonomía de Julio había la misma firme decisión que debió haber en el rostro de Colón, de Lindbergh y de los compradores de terrenos en el balneario Anaconda: es decir, en todos aquellos que se lanzan a lo desconocido. Y se lanzó a la calzada...

¿Quién podría describir las vueltas y revueltas de un tonel que cae en un torrente? ¿Y quién, de un leño juguete del torbellino en una catarata? La Avenida Agraciada tiene pronunciadas pendientes (¡oh, la cuerda floja!) y los autos descendentes se dejan ir a velocidad, y los que suben también, para no perder en la subida la fuerza que traen. Además, cada cuarenta metros está cruzada por bocacalles, unas transversales, otras oblicuas, por las que desembocan, no ya doscientos potros, sino avalanchas de vehículos de 20 caballos y a menudo de 21. Agregadle los anchos ómnibus interdepartamentales, los autobuses capitalinos, motos y bicicletas, y veréis cuántas chances tiene el Automóvil Club para ganarle la disputa del peatón al Banco de Seguros. Es cierto que éste tiene allí mismo, para no perder un minuto, un modernísimo sanatorio con servicio permanente de sueros y plasmas.

Cuando Julio López colocó el pie en la calzada, la atención que debió poner en un auto, que solapadamente se deslizaba junto al cordón, no le permitió oír los gritos que le destinó un ciclista que pasó rozán-

dolo. A los dos metros, el brusco movimiento de cintura, a que fue obligado para esquivar un auto que se le apareció de golpe, resultó tan ágil y eficaz que si fuera torero hubiera puesto su nombre a una nueva forma de esquivar. De los cuatro costados surgían, amenazantes y crecientes, radiadores de toda clase. Los problemas de móviles que estudió en Secundaria eran parruchas frente a estas masas que aparecían inesperadamente de cualquier lado, y cuyo tamaño en aumento superaba la imagen del Palacio Legislativo, allá en el fondo. Una nube de gas-oil, dejada por un ómnibus de campaña, le rodeó por un instante y, perdido en la nube, tuvo que dirigirse por cerebración inconsciente. Gritos, cláxones y frenadas. Insultos de efecto retroactivo destinados a su árbol genealógico. Un motociclista sorpresivo ("Andante con moto"), irrumpiendo en su esfera visual, le precipitó el pulso, la respiración y los pasos.

Imposible sería reseñar todas las peripecias de este hombre, joven y temerario, que era juguete del tránsito como cualquier hoja caída del árbol de la ilusión (Juan de Dios Peza, "Obras Completas"). Diré que llegó. Despeinado, la ropa en desorden, ofendido pero no humillado, oliendo a gas-oil, ¡pero llegó! Le esperaba en la acera la comisión directiva de la AUPI (Asociación Uruguaya de Peatones Ilesos). La bibliotecaria recitó, naturalmente, "La Marcha Triunfal" de Rubén Darío. Como es notorio, dicha institución reúne a los montevideanos que todavía no han sido atropellados por autos; y tan benemérita y humanitaria asociación ve ralear sus filas día a día. No por las disputas y renunciaciones propias de toda institución nacional, sino por el carácter tan moderno que ha tomado nuestra ciudad y de que tanto nos enorgullecemos.

Julio recibió el diploma de miembro de la Asociación de Peatones Ilesos. Quiso agradecer a quien en nombre de todos se lo había entregado:

- “Señor Presidente...”
- “No —corrigió el otro—; vice todavía”.
- “¿Y el Presi?”
- “¡Traumatología!”

SOMOS TODAVÍA CARNÍVOROS

Le oía decir al profesor de Anatomía de nuestra Facultad de Medicina —quien ha realizado centenares de disecciones— que lo que distingue el sistema muscular de los uruguayos, comparado con el de otras nacionalidades, es el mayor desarrollo del músculo masetero, a cuyo cargo está justamente el juego mandibular; y atribuía tal hecho al mayor trabajo de nuestros maxilares por el predominio de la alimentación cárnea. Fácil es observar también cómo las bocas de los habitantes del Plata, tanto de hombres como de mujeres, son más fuertes que las de aquellos que se alimentan de otro modo. Los músculos mandibulares, que se destacan bajo la piel, le dan a la mitad inferior del rostro un aspecto potente y neto.

Por nuestra parte, en las pacientes observaciones hechas durante la estación veraniega en las playas uruguayas, habíamos visto los músculos fuertes y recios de nuestros compatriotas de uno y otro sexo, en contraste con el menor desarrollo en volumen de las mismas extremidades de los extranjeros. Todos los veranos puede verse en Punta del Este cómo las bellas vedetes europeas y norteamericanas son débiles de piernas, queremos decir —entiéndase bien— que no tienen sus extremidades inferiores la belleza fuerte y redondeada de las equivalentes nacionales.

Cuando nuestros deportistas, en especial, los futbolers, han ido al exterior, han llamado la atención la solidez y el peso de muchos players que parecían contradindicarlos para la práctica de un deporte que requiere permanente movilidad. Y hasta su aparición en los fields ha provocado sonrisas y escepticismo. En países donde no se come carne, sorprende la robustez de

jugadores como Tejera, Carballo, William Martínez. Sin embargo, estamos convencidos que ha contribuido nuestro régimen alimenticio en el mayor brío y el éxito de los equipos nacionales, sobre todo, les ha permitido ese tren final que le es característico. En rigor de verdad, a nuestro juicio, debería decirse que el resultado de la final de 1950 en Maracaná fue: Asado 2, Feijoadá 1.

En todas las ciudades y pueblos de España, uno de los platos es siempre el pescado. Lo mismo pasa en Francia y también en Italia. ¿Por qué no ocurre otro tanto en nuestro país, que tiene un extenso litoral marítimo con buena pesca? Pues, a causa de Hernandarias. Mientras exista la posibilidad de procurarse carne de vacuno, ésta tendrá la preferencia sobre el pescado. En los países citados no existe el desarrollo de la ganadería como en el nuestro. El principal enemigo del SOYP ha sido Hernando Arias de Saavedra, y no comprendemos cómo su monumento ha sido puesto tan cerca de la sede del Servicio Oceanográfico y de Pesca, al que no ha dejado desarrollar. Nuestra población —y nos parece bien— no se alimentará con pescado mientras pueda hacerlo con las sabrosas y jugosas proteínas vacunas.

¿Será siempre así? El Frigorífico Nacional, que tiene a su cargo la provisión de la carne, parece decir que no. Por su culpa, ya hemos perdido los últimos campeonatos internacionales de fútbol. Las derrotas de nuestro fútbol son realmente derrotas de nuestro Frigorífico Nacional, cuyas autoridades, ante tal fracaso, deberían renunciar si tuvieran un cabal sentido de su responsabilidad patriótica.

Y bien: ¿qué más perderemos? Si la carne sigue escaseando, luego de dejar caer de nuestras manos el

petro del balompié, todos los uruguayos perderemos fuerza, robustez, y ya no habrá muslos fuertes en los mares del sur. Las bocas tendrán la floja debilidad de quienes se alimentan a jugos; y el músculo masetero, nuestro músculo masetero, cuyo volumen nos enorgullecía y tanto contribuía en la fisonomía recia, estatuaría, casi marmórea, de los uruguayos, se reducirá a unas débiles fibras delgadas y laxas como en los chinos comedores de arroz y en los desabridos vegetarianos.

Y tal como le pasó en su turno al Dinosaurio Creato, del que sólo quedan en nuestro suelo sus restos fósiles, también esta variedad de uruguayos que todavía vemos de maxilares potentes, fuerte boca y recias extremidades, se habrá extinguido en la historia como una consecuencia, a su vez, de la mengua y desaparición de aquella especie que, junto al Arroyo de las Vacas, colocó hace trescientos años don Hernando, entonces gobernador del Paraguay.

Pero, antes de que desaparezca este tipo de compatriota, yo debo documentar su paso por estas costas platenses, de modo que queden descritas sus características, usos y costumbres para el conocimiento de los paleontólogos futuros. Por ello, trato de no incurrir en los lapsus de los historiadores que me han precedido en el estudio de este tema.

En efecto, cuando se lee en los archivos los documentos y diarios de viaje de los navegantes que pasaron por nuestras costas hace cuatro siglos —Vespucio, Solís, Gaboto, Magallanes, López de Souza, Schmidel— se lamenta que sus observaciones sean incompletas. Así, el más extenso de ellos —“Diario de navegação” (1530-1532) de Pero López de Souza— deja al lector sin saber a ciencia cierta si los charrúas eran o no eran antropófagos. Yo no quiero que sobre mis compatriotas con-

temporáneos queden esas dudas. Toda sociología es, en cierto grado, un diario de navegación, de un viaje a través de la historia. Y deseo que a mi obra sociológica no se le pueda hacer el reproche de dejar imprecisiones sobre aspectos fundamentales para el conocimiento del hombre de nuestra época, 1958. Por ello, cuando se haya extinguido hasta el recuerdo del uruguayo que comía carne, quien abra en los archivos este mi libro de navegación podrá leer en él que a mediados del siglo XX los habitantes de la Banda Oriental eran todavía carnívoros.

EL ARTE DE CONDUCIR

No puede haber mejor volante que mi amigo Domínguez. Nunca olvidaré cuando estrenó su Chevrolet convertible. Me levantó de un café de Pocitos y me condujo a la Rambla. Yo miraba maravillado el tablero lleno de agujeros, luces rojas y cuadrantes. El comprendió mi admiración, y dijo: —“¡Brutal! Lo que no es automático, es acondicionado!”

Ya en la Rambla, me advirtió: —“Agarrate bien, que te voy a hacer una demostración”. ¡120; 140, 160, 180 kilómetros por hora...! La chimenea de la calle Paraguay, cada vez más grande, se nos venía encima. Ya era gigantesca y con su enorme masa nos amenazada. Mi amigo frenó: “¿Te diste cuenta? Ibamos a 180 y frené en cinco metros.” Me ahorré entonces pagar un electrocardiograma. ¿Para qué? Si hubiera tenido algo, no ya en el corazón ni en la aorta sino en los capilares, no estaría ahora escribiendo.

Después de eso, cada vez que en una rueda se hablaba de volantes, yo decía que era amigo de Domínguez, y sabía que algo de su prestigio me tocaba.

Grande fue, pues, mi alegría cuando lo encontré con su auto en el último paro de la AMDET. Yo estaba en una esquina con ese aspecto de pan que no se vende que tiene todo peatón que espera un autobús un día de paro. Domínguez iba veloz, pero me vio, y frenó en dos metros. Dando marcha atrás, se aproximó al cordón y me dijo: —“Subí. ¿Dónde vas?” Le expliqué que al trabajo, en la Inspección de Psicópatas. —“Y, ¿qué hacés allí?”, siguió preguntándome. —“Estoy en Estadística.”

Abrió la portezuela: —“Subí lo mismo.”

Picó a 120 y casi lo roza un camión que desembocaba. Domínguez le gritó al conductor: —“¡Animall! ¿Dónde tenés los ojos?”

Tomó por el Bulevar Artigas viboreando entre autos, bicicletas y autobuses. A cada uno que pasaba le gritaba algo: —“¡Ladrón! ¡Caballo! ¡Abrite, burro! ¡No te cerrés, avestruz! ¡Más despacio, perro! ¡Apurate, tortuga!”

Dándose cuenta que yo permanecía ocioso, me dijo: —“Pero ayudame. ¿No ves que no doy a basto? Insultá de ese lado. Yo me encargo de éste.”

Y bajó él mismo el vidrio de mi derecha.

Mis insultos eran muy leves y no alcanzaban el blanco. Yo, así, en frío, casi en ayunas, al empezar el día, no tenía todavía fuerzas ni ganas para insultar. Y mis tiros se perdían por falta de dirección. Cuando yo iba a sacar la cabeza, ya el otro conductor, —advirtiéndome mis intenciones, me madrugaba: —“¿Qué querés, pájaro? —¿Qué vas a decir, gato?”

Por otra parte, cuando se va manejando es más fácil insultar. Se tiene entonces en las manos apretadas el volante, como un palo o un arma. En cambio, sin nada en la mano, sentado al lado de quien maneja, poneos a insultar y tendréis todo el aspecto de adulón del dueño del auto, que es lo que yo quería disimular.

Domínguez que, por su lado, se iba despachando a boca llena, me miró con disgusto y me dijo: —“Pero, vos ¿no sabés insultar?”

Yo entonces, a cada automovilista que pasaba cerca, le gritaba: —“¡Paranoico! ¡Esquizofrénico! ¡Epiléptico!”

Domínguez, haciendo una pausa en su agobiante tarea denostadora, me inquirió: —“¿De dónde sacaste eso?”

Yo le dije que no se me ocurrían otros insultos que

los diagnósticos de las estadísticas de mi oficina, en la Inspección de Psicópatas.

Con mirada que me humillaba, me dijo: —“Pero, no sabés insultar! ¿Dónde te criaste? ¿En un sótano? ¿Debajo de una piedra?”

Claro, que yo sé insultar. Pero en el Estadio Centenario es otra cosa. Allí hay un juez que no cobra un penal o nos anula por offside un gol, privándonos por una semana de la alegría y de poder burlarnos de nuestros amigos. Allí, sobre el cemento, los insultos salen solos. Pero, aquí, en el tránsito, yo no tenía fuerzas para agraviar a buenos padres de familia que llevaban a sus hijos a la escuela, a proveedores que hacían sus repartos, a choferes que se ganaban la vida. Obligado por mi amigo, sólo me salían unos débiles improprios, dichos sin entusiasmo ni convicción.

Mi amigo, en cambio, ¡qué gran volante!, ¡cómo se despachaba a gusto! ¡Con qué eficacia y cuánta oportunidad decía a cada uno su insulto certero! Yo, humillado por su superioridad, iba a su lado encogido, avergonzado. No me cabía otra cosa que hacer la estadística de sus insultos. Comprobé sí que ellos se referían, en especial, a la fauna y a la flora, distribuyéndose así: animales domésticos 15 por ciento, animales de tiro y labranza 32 %, animales salvajes 23 %, hortalizas 12 %, frutas 8 % y el resto, insultos varios. Estos últimos comprendían alusiones a hábitos familiares, en esta proporción: de la madre 75 %, del padre 3 %, de las hermanas 7 %, de la señora 10 %, de los hijos 5 %. El me iba diciendo:

—“El tránsito está cada vez peor. Y cuesta más manejar: se deben repetir los insultos. Vos no te das cuenta y nunca podrás manejar. No tenés condiciones.”

Llegamos. Bajé. Mi amigo arrancó a 180 insultos por hora. Casi pisa a un peatón, que, sorprendido por el pique, debió saltar: —“¡Saltá, langosta, que te piso un cuerno!”

Evidentemente, no puede haber mejor volante que Domínguez. Y a mí, pobre peatón esquizofrénico, no me queda más que admirarlo, cobijándome en la sombra de su prestigio.

VESTIMENTA Y LENGUAJE

Cuando —hará de esto unos trescientos años— el hombre viajaba en coche de posta, y cada caballero —conde, marqués o mosquetero— disponía de secretarios, escuderos y lacayos, podía llevar, sin inconvenientes, una vestimenta abundante en atuendos y ornamentos que conocerán bien los lectores de Alejandro Dumas, padre, Paul Feval, Michel Zevaco y Malet-Isaac. Altas botas dobladas a la altura del muslo, pantalones globulosos, espadas o espadines, sacones de muy anchas mangas, por las que salían puños de encajes, guantes de tamaño exagerado y un sombrero de anchas alas y plumas, muchas plumas. Los lacayos, que viajaban en el pescante, le llevaban sobre el techo del coche arcones con varios juegos de esos trajes: para comer faisanes trufados, para visitar a la señora marquesa o para jurar en voz alta: “¡Voto al Chápirol”, “¡Por Belzebú!”.

En la actualidad, el traje se ha simplificado un tanto. No puede tener la riqueza de implementos vestimentarios de otrora porque al pasajero (¡Corriéndose! ¡De a tres en el pasillo! ¡Comprimírsel!) le toca a menudo viajar en un espacio tan poco holgado que no hay sitio para el espadín ni para el sombrero con el ave muerta ni para los puños de puntillas ni los guantes orondos. Por eso, ya nadie jura: “¡Por la Reina y por Buckingham!” “¡Contra Richelieu!”. Se oyen otras expresiones.

La vida en las ciudades de nuestra época, ha obligado al hombre a modificar su traje. Una existencia más rápida, más expeditiva y casi deportiva le ha lle-

vado a vestir sin ningún ornamento que pudiera significar una traba, un obstáculo, una dificultad. En medios de transporte donde quien viaje dispone de cuatro centímetros de pasamanos y de tres centímetros de estribo para apoyar la puntera de uno de sus zapatos, cabe ir vestido lo más escuetamente posible. Se sale a la calle como se baja a una pista donde se ha de correr, caer y levantarse en el menor tiempo posible. Cuando a las 12 del día y a las 7 de la tarde, en una esquina de la avenida 18 de Julio aparece el ómnibus soñado, quien tenga el saco no abrochado, lleve portafolio o use guantes, sombrero o bastón padecerá un handicap que lo retrasará. Remedando a Breno durante el saqueo de Roma ("¡Ay, de los vencidos!"), cuando veo esas atropelladas para ocupar un sitio en un ómnibus me digo: ¡Ay, de los gordos! ¡Ay, de los no entrenados en deportes físicos! Pero también me digo: ¡Ay, de los gentiles!

Ya no hay tiempo para decir: "Usted, primero", "Pase usted, señora". No hay tiempo para ver a una anciana de pie. Quien siguiera con esas viejas y desterradas costumbres sería considerado tan cursi como si usara bigotes y patillas 900. Por tales razones, las expresiones también se han agilitado. Y aquellos caducos modismos dieciochescos han dejado el sitio a expresiones más modernas y dinámicas: "atropellá", "madrugalos", "colate". Y el tiempo que antes insumía la cortesía ha sido simplificado considerablemente por el ventajero, el aprovechado, el despierto y el avivado, que tienen más veloces y eficaces cualidades de ubicación.

Mas, a fuer de veraces debemos decir que ciertas representantes del bello sexo no se desempeñan mal en la lucha esa por abrirse paso. Escribo esta nota dolorido aún en la espalda por un agudo codazo que recibí, en las apreturas de un ómnibus, de un brazo femenino por que no me corría, como es de práctica, hasta el fondo mismo del pasillo. La mujer, después de dispu-

tarle al hombre su puesto en las carreras liberales y en las oficinas, le disputa, en pie de igualdad y sin pedir ventajas, su puesto en el ómnibus. Si todavía manos blancas no ofenden, codos agudos ya hieren. Y pienso si también estará a punto de desaparecer lo que fue, durante siglos, móvil principal de toda la cortesía, razón de la delicadeza, afincamiento de la galantería? No lo creo; mas, en todo caso, a la dama del codo debo repetirle, con algunos cambios, el madrigal de Gutierre de Cetina: "Ya que así me miráis, miradme al menos".

LOS TÓNICOS DE LA VOLUNTAD

Hasta ahora, no obstante levantarme temprano, no salía de mi domicilio, para realizar las diversas ocupaciones que constituyen mi actividad, hasta las 10 de la mañana. De este modo, sólo cumplía dos horas de labor matutina, puesto que a las doce en punto se cierran las ventanillas, se bajan las cortinas de los escritorios, y las gentes se abrochan el botón del saco para correr —como si fuera una etapa de la vuelta ciclista— al encuentro del ómnibus de las 12.01.

Mas, he aquí que llegó a mis manos la serie de los libros llamados "Los tónicos de la voluntad". Quizás algún amigo de espíritu práctico los hizo llegar a mí, porque lo juzgó necesario e impostergable. Y, realmente, ¡qué bellos libros! ¡Qué bien encuadernados! ¡Qué hermosos títulos!: "El triunfo está a tu alcance", "Quiérello y el mundo será tuyo", "Levántate y anda", "Aprenda en quince lecciones a ser el vencedor de mañana". Y en las carátulas siempre un hombre joven, las mandíbulas apretadas, el paso firme, el traje nuevo, y en los ojos la misma felicidad triunfal que debió haber en los vencedores de las olimpiadas griegas.

Y bien, tomé esos tónicos de la voluntad. Su primer efecto fue experimentar vergüenza por esas horas que había perdido quedándome en mi casa y saliendo a la calle recién a las diez de la mañana. Debí salir, por lo menos, a las ocho. Dos horas por día, suman sesenta horas en un mes, 720 horas al año. ¡Y en cuatro años, 2.880 horas, que divididas por 24 horas (que a pesar de la devaluación del peso uruguayo, sigue teniendo el día) significan 120 días! ¡Cuatro meses! Fácil me fue comprender así que yo había frustrado mi existencia, me di cuenta, recién entonces, de la causa del

complejo de minusvalía que me acompaña, me expliqué el subconsciente perezoso, el infrayó abúlico y el superyó extático. Pero, ahora las cosas van a cambiar. Samuel Smiles, Julio Payot y Orizón Marden, los luminosos autores de esos libros tónicos, me han demostrado las ventajas de lanzarme a la vida temprano, bien temprano. Así lo haré. Seré un triunfador. La vida, la verdadera vida, recién va a comenzar mañana.

Me lanzo del lecho como aconsejan esos libros diciendo: "¡Tuya es la vida!", como si dijera "¡Tuya, Héctor!". A las 8.01 estoy en la calle. Llego a las 8.20 a una oficina. "¿Está el Sr. Pérez?". "No, el Sr. Pérez no viene hasta las 9. Mejor dicho, hasta las nueve y media. Si quiere estar seguro, vuelva a las diez".

Llego temprano a una casa de familia. Después de tocar el timbre repetidas veces, y cuando creía que estarían secas las pilas, se abre una ventana y a través de la persiana una voz somnolienta y rasposa me dice: "Deje, como siempre, dos litros".

Llego al lugar donde trabajo. Los compañeros no llegarán hasta las diez, como yo mismo lo había hecho hasta ese día. Y debí quedarme sentado, hablando con la limpiadora de temas diversos, pero uniformemente vagos, hasta las diez, mejor dicho, las diez y media, cuando llegaron los compañeros, todos con aspecto bien descansado. Aspecto que yo no tenía porque me había vestido vertiginosamente bajo la influencia de Samuel Smiles que me apuraba, me había afeitado a medias ante la premura de Julio Payot, y no había tomado la cebadura de mate que me da optimismo y de la que O. Marden siempre supo prescindir.

Vagué, sin fruto alguno, dos horas por la ciudad, esperando que todos los Pérez y los Martínez llegaran a su trabajo. Cuando lo hicieron, todos ellos, como si

vito al lector a ponerse de pie y caminar reparando en sus brazos.

El hombre muy orgulloso y ufano de su verticalidad, que le permitía sacar la cabeza por encima de las otras especies, pudo miraras por arriba del hombro y hasta encerrarlas en Zoológicos para marcar sus diferencias. Más o menos como se hace con los orates: se encierra un grupo de ellos en un asilo para que todos los que quedan fuera se den la ilusión de que no lo son.

Pero he aquí que llega el siglo XX y con los progresos de la mecánica y de la electricidad y el invento de los motores a explosión, se crea esa cosa que tanto iba a transformar los hábitos de vida del hombre de nuestra época: el automóvil, cosa tan prodigiosa como se le llamó con alborozo.

Y aquí aparece de nuevo el mono que todos llevábamos bien sujeto. El hombre, para trasladarse conduciendo el auto, vuelve a emplear las extremidades superiores, las que participan, a la par que las inferiores, en la función de locomoción. Quien conduce un auto avanza moviendo las cuatro extremidades y renace en él el pitecantropus no erecto. Ello es notorio en algunos conductores de camiones que van allá arriba, en su cabina, rodeando al gran volante con sus cuatro extremidades y hasta con la cabeza, y que semejan a un orangután sobre el extremo radial de un cocotero mecánico. Mas, el simio primitivo toma el volante en todo quien maneja un auto.

Y entonces, la participación de los brazos en la locomoción trae conexas también la puesta en juego de los mecanismos arcaicos que el adulto civilizado normal había superado: gritos, rugidos, insultos, y toda una mímica de violencia, que son expresiones guturales y gesticulatorias similares a las que acompañaban la

lucha de los ejemplares zoológicos antepuando lanzados a la carrera, a la disputa del ámbito de tierra, a la puja y al choque, en una palabra: al entrevero.

Hombres, que a pie están rebosantes de cortesía, se vuelven una catapulta energúmena de palabrotas tan pronto empuñan el volante. Delicadas damas, que decorarían como bellas orquídeas ambientes tranquilos, lanzan chispas por los ojos y también iracundas expresiones verbales (o se muerden para no decirlas) cuando conducen un auto. En unos y otras, frente a una dificultad del tránsito, reaparecen las mismas pasiones selvícolas y con tal violencia que —se ve bien— los siglos sólo habían logrado acallar, pero no desterrar del repertorio de reacciones humanas.

Y no crea nadie que dejando de conducir el auto se pueda librar de esta regresión zoológica. Los pasajeros que llenan un ómnibus reeditan, ellos también, al cuadrumano lejano. Vedlos, no sólo afirmados como pueden en sus extremidades inferiores. Las dos superiores van prendidas también en aquel pasamanos y en este respaldo, en aquella barra y en este borde de ventanilla. En un ómnibus que todavía reza como una ocurrente quimera: "18 pasajeros sentados y 10 de pie", van ochenta pasajeros comprimidos, apretados, llenos los huecos de los flacos con las exuberancias de los gordos, la saliente de un codo en la entrante de un cuello, los paquetes de aquella señora en la cintura de este caballero, en un ajuste tan perfecto de convexidades y concavidades que no podría ser mejor si el ómnibus fuera sacudido (y lo es) como un tarro de yerba para aumentar su capacidad. Y bien: cada uno de esos pasajeros va colgado o agarrado como lo hacen los monos en un árbol superpoblado, con el cuerpo haciendo tal figura o doblado en tal forma que si se viera representado aislado se pondría a reír. O a llorar.

Justamente, una reciente zamba brasileña, titulada "O Macaco", se refiere a la gente que tiene que viajar en ómnibus y cuyos movimientos reproducen las actitudes simiescas a que están obligados para no caerse, y a los zarandeos de los cuerpos en las múltiples frenadas, aceleradas y balanceos. Estoy seguro que tal música se popularizará entre nosotros. En todo tiempo, reirse de lo que le está pasando ha sido para el género humano uno de sus modos de encontrar consuelo. Y también una de las formas de llorar.

ARTE Y CIENCIA DEL INSULTO

Se puede pasar toda la enseñanza primaria, secundaria y aún mismo la superior sin que al estudiante se le enseñe cómo, cuándo y dónde puede insultar. Es ésta una materia en la que se debe ser autodidacta. Ni siquiera en idioma castellano se alude a la insultología, aprovechando para ello la abundancia y la reciedumbre de los juramentos españoles. Algo se barrunta leyendo el "Quijote", pero no se considera lícito repetir en clase ni en voz alta los ejemplos de que es rico el vocabulario de Sancho y de los arrieros que pasan por el texto del libro clásico.

Me decía, lamentándose, un diplomático inglés:

—¡Qué sabrosos insultos tienen ustedes en español! Cuando se está enojado, se dice uno de ellos y uno queda aliviado como si se hubiera aflojado el cinto o como un hipertendido a quien se hiciera una sangría. En cambio, en inglés no hay insultos que satisfagan.

Estamos seguros de que esa clase de insultos —válvula de escape oportuno— es la causa de que Gran Bretaña haya tenido siempre que estar en guerra en algún punto del mundo. En cambio, si a pesar de todas sus vicisitudes, Francia sobrevive, es porque Molière y Cambrone la han dotado de una terminología adecuada para sus disgustos, sus enojos y sus contrariedades. Tales descargas verbales han permitido al pueblo galo mantener el admirable racionalismo, razón de su supervivencia.

El referido aforismo "Perro que ladra no muerde" no alude tanto al juego del "bluff" de fingido enojo que está haciendo el can, cuanto a que, satisfecha su agresividad con los ladridos, no tiene ya necesidad de

morder, lo que sólo haría un perro que no pudiera o no supiera ladrar.

Los napolitanos, que viven en torno al Vesubio, saben bien que el volcán es de temer en las épocas —como la actual— en las que no echa humo, pues sus peligrosas erupciones han resultado siempre después de un período de silencio. Como si no pudiendo el Vesubio exteriorizar su fuego mansamente por el humo, estallara un día en lava y piedra pompeyicidas.

Creemos no necesitar más razones para demostrar —si es que el lector no estuviera ya convencido— la necesidad y los beneficios de los dicterios. Veamos ahora —ya de que una ciencia se trata— la metodología con que se debe insultar.

Nos produce casi un sufrimiento físico oír cómo las gentes mezclan insultos que deben ser empleados en sitios y ocasiones distintos. Hemos oído en Punta del Este exclamar: “¡Juez del Crimen!”, expresión propia del Estadio Centenario. Y en el Palacio de Peñarol, en torno a un ring lleno de transpiración hemos escuchado las expresiones “Puente roto”, “Bala perdida”, “Impuesto a la renta”, denuestos culteranos propios de los Country Club y de los hoteles del Este.

Cuando a pie nos cruzamos con otra persona, no debemos endilgarle los improperios que usamos cuando es en auto que nos cruzamos. Este error puede ser una fuente de equívocos y de enojosos malentendidos. Y el saber insultar en el tránsito debe ser el fruto de un largo y paciente aprendizaje, puesto que son capitales las nociones de velocidad y tiempo. Antes de tiempo, el insulto es una grosería. Después de tiempo, es como telegrama traído por nuestro Telégrafo Nacional. La decisión en el instante preciso en que los autos se cruzan ¡qué maravilloso cálculo de las mutuas velocidades! Pues, es en una fracción de segundo que el insulto debe ser dicho y adecuarlo en tan breve tiempo a la persona destinataria y referirlo a familiares insufi-

cientemente conocidos. Debemos admitir para nuestro orgullo que existen en Montevideo conductores de tal acierto y precisión en esta clase de insulto al vuelo que les resultaría ociosa una beca de perfeccionamiento junto a los choferes de París. Y han tenido también que ser autodidactas porque, por una omisión o desidia municipal, a quien da examen de chofer no se le hace una sola pregunta sobre insultos, de los que va a hacer después tan gran consumo en el tránsito. En cambio, se le interroga sobre ubicación de hospitales y comisarías, lo que es innecesario, pues a tales lugares nunca se va espontáneamente, sino que siempre se es llevado.

Como es lógico comprender, no se trata de insultar por insultar. Quien así lo haga será apenas un bocasucia, pero no un científico denostador. El impropio debe ser dicho en su debida oportunidad como los “¡Oap!” en los mambos de Pérez Prado, que la gente que no sabe cree que se puede gritar en cualquier momento, siendo así que por su oportunidad, adecuación y exactitud constituye un difícil arte que muy pocos privilegiados llegan a dominar.

Capítulo especial requerirán las relaciones del insulto verbal y la agresión física. Pasar a los golpes, cuando sólo se está insultando es una salvajada que sólo se ve en América del Sur. Los europeos cultos saben que hacer eso equivaldría, en una sinfonía, a cortar el “adagio” para dar paso al “allegro” o interrumpir los fiambres para ponerse a comer los postres. O como decía, llevándose las manos al ojo amoratado, un sujeto agredido por haber insultado:

—Yo estaba enojado para insultar, pero no enojado para pelear.

Vemos, pues, qué gran vacío tiene nuestra enseñanza oficial, tan abundante en asignaturas que nadie sabe

qué utilidad tienen para la cultura. En cambio para saber decir a tiempo el dicterio exacto se necesita cultura, mucha cultura. Y ésta no se trae al nacer, aunque uno vaya a nacer a un sanatorio caro y de lujo.

Finalmente, debo aclarar una cosa. Conozco a mis compatriotas, y sé que los lectores estarán pensando que yo busco el nombramiento de catedrático de Insultología. Recurriendo a todas mis energías, debo contener aquí los insultos que, ante esa sola idea, han subido a mis labios y han bajado a mi Pelikán. Porque nada nos enoja más que el ver que otros han descubierto nuestros pensamientos.

Y, francamente, he quedado irritado. Por suerte, esta noche hay partido de fútbol en el Estadio.

ESCENARIO Y ACTORES

Referente a la idolatría de la tierra, Gabriela Mistral escribió: "La tierra fue siempre el Gran Ídolo, como que ella es la bandeja en que se asientan las demás adoraciones humanas". Y anota la escritora chilena lo poco que ha contado para los escritores sudamericanos la tierra de su propio país, no obstante ofrecerse, cada uno de ellos, vivo como un hermoso animal. Y agrega: "Mientras que el escritor europeo debe a su continente la masa fabulosa de cultura acarreada por la marea de las generaciones, el Nuevo Mundo, en cambio, ofrece la loca generosidad de la tierra. Y para extraer su riqueza debemos servirnos, ya que no de una cultura milenaria, de nuestros sentidos. Porque son asuntos de mucha monta, son grandes señores los cinco sentidos". Con ellos y con el cordaje de nuestros nervios hemos recorrido buena parte de nuestra patria, y estas páginas son el resultado de ese trajinar que ha sido, a menudo, peregrinaje.

Resulta ocioso decir que el autor de este libro no se colocó frente al escenario y a sus actores con un estado de espíritu predeterminado. Mucho menos se propuso hacer sistemáticamente humorismo. El humorismo sistemático acaba por perder su principal resorte que es lo inesperado. Por eso, son fatigantes las antologías del humor y las obras completas de un humorista. Tanto como las obras permanentemente líricas. Porque una persona normal no podría ser continuamente riente, como no puede ser sistemáticamente lírica. Nuestros nervios son el cordaje y nuestro espíritu la caja de resonancia y con ellos nos colocamos frente a cada espectáculo. El resultado ha sido diverso.

Cuando el espectáculo ha sido la salida del sol sobre el mar, la sinfonía de los bosques de pinos, los espejos luminosos de las lagunas, el aire perfumado de las quebradas en las sierras, nuestro espíritu ha llegado al éxtasis religioso. Hemos experimentado también la unción admirativa cuando hemos visto al hombre ponerse en los grandes ritmos de la naturaleza: los plantadores de bosques, los pescadores, los músicos, los grandes caminadores, algunos poetas.

En cambio, cuando hemos visto en las ciudades actuales a los hombres apretarse, enojarse y reñir, entonces sí, el humor ha subido a nuestra mente, quizá para no enojarnos y reñir nosotros también. Y hemos comprendido la razón de quien dijo que el humorismo es el alma que brilla, chisporrotea y sonríe, aun cuando llore el corazón.

No sorprende que, reflejando la vida menuda de sus coetáneos, los escritores costumbristas de todo tiempo hayan acabado por ser humoristas. Cuando en las cortes y en las ferias se han visto los espectáculos de la vanidad y de sus pompas no se ha podido dejar de sonreír. En cambio, mi espíritu se ha enternecido cuando he encontrado un farero que, después de treinta años de faena, no puede ya separarse, como un ave deslumbrada, de los grandes cristales de mil facetas. Cuando he visto a un plantador de un millón de árboles, cuando un hombre ha trocado piedra por jardines o médanos por bosques de pinos, mi espíritu se ha enternecido y he querido hablar de esas obras que el sol todos los amaneceres acaricia con sus grandes manos rosadas.

Pero, también me ha enternecido un zapato viejo. Sí, un zapato viejo. Lo he encontrado cuando voy caminando por las carreteras. He visto en él la garra con que un hombre se apoyó en la tierra. Pudo ser, quizás, el pedestal de un héroe anónimo. Dentro de él, un pie humano crispó sus dedos por la ambición, el entusiasmo o los allos por el miedo o la pena. Es un documento hu-

mano. Y ahora está allí, abandonado, como el guantelete deshecho de un luchador. Siempre he acabado por apartarlo a un lado del camino para evitar que todavía lo aplastaran las ruedas de un auto. Me ha parecido que aún conservaba algo del calor humano que lo animó. Y ha tenido para mí mayor interés que esos jardines que he encontrado por los mismos caminos y donde la naturaleza aparece domesticada en demasía con sus plantas y árboles recortados como perros de lujo tuzados arbitrariamente.

Lo que precede explica en cierto modo las variaciones de tono que habrá observado el lector de este libro. Comprenderá por qué de aquel lirismo a que los llevó la contemplación de los pueblos viejos, los grandes médanos y las serranías —esto es, los grandes escenarios naturales— se pasa a menudo a un tono menor de sorna zumbona. Es que, ahora, estamos mirando al hombre en sus idas y venidas por esos escenarios. El hombre pedante, con sus libros y sus anteojos, queriendo rectificar a la naturaleza. El hombre con sus motocicletas y sus automóviles insolentes. Con los que viene a hacer ruidos bárbaros entre los pinares o junto a los arroyos, de los que aleja al sabiá y al mirlo. Y a trocar por olor a nafta el perfume suave de los espinillos y de los arrayanes.

INDICE

Prólogo	7
---------	---

I. LAS COSTAS

Este nuestro mar	11
Contadores de patria	16
Grandeza y decadencia del Mar de Solís	20
Pináculo Detentio	24
Los nombres de nuestra geografía	28
Lobos, faros y álbumes	33
La región de los altos médanos	37
Posada en el Faro	42
La región de los espejos luminosos	46
El milagro de la Angostura	50
Las espuelas del mar	55
La Paloma, sinfonía en azul	59
El bosque de la colina de piedra	73
Meditación sobre el bosque	77
Una experiencia biológica singular	80
Historia de un amor disimulado	84
Náufragos y tesoros	87
Las islas o la disputa por los hijos	92
Divagación uruguaya	98

II. LAS CIUDADES

Rocha, una muchacha sencilla	105
San Fernando de Maldonado	109
Rapsodia de Punta del Este	115
Amanecer entre los pinos de Punta del Este	119

Diviértase con cuatro orquestas	122
Un fakir en Punta del Este	126
Santa Concepción de Minas	129
Minas y su capacidad de poesía	133
San Carlos y los carolinos	137
Guía para un itinerario nostálgico	141

III. MONTEVIDEO

La ciudad de San Felipe y Santiago	147
Para un almanaque floral de Montevideo	151
La pugna entre Montevideo y la campaña	154
¡Adiós, Montevideo, que te quedas sin gente!	157
No existe el Río de la Plata	161
Monumentos de Montevideo	165
El fútbol y nuestro carácter	169
El centauro moderno	173
Mi amigo maragato	176
Montevideo se transforma	179
Héroes anónimos	183
Somos todavía carnívoros	187
El arte de conducir	191
Vestimenta y lenguaje	195
Los tónicos de la voluntad	198
Mirando viajar	201
Arte y ciencia del insulto	205
Escenario y actores	209